
HARLEQUIN
Bianca™
4 RUSOS
EL PRECIO DEL PASADO
CAROL MARINELLI



EL PRECIO DEL PASADO

CAROL MARINELLI



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El precio del pasado, n.º 5434 - diciembre 2016
Título original: Billionaire Without a Past
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-8990-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

NIKOLAI Eristov había sobrellevado un pasado complicado, o, mejor dicho, había estado seguro de que lo había sobrellevado. Esa mañana, sin embargo, no tomó la taza de su té favorito después de que el mayordomo se la sirviera, no estaba seguro de que la mano no fuese a temblarle y había decidido hacía mucho tiempo que no permitiría que otra persona vislumbrara su debilidad. Así había llegado a sobrevivir.

Una vez servido el desayuno, el mayordomo fue a marcharse del dormitorio principal del superyate, pero Nikolai lo llamó para que volviera.

–Necesito que me hagas algo esta mañana.

–Naturalmente.

–Necesito un traje nuevo.

–Savile Row y Jermyn Street están…

–No.

El mayordomo no lo había entendido. No quería que uno de los sastres más exclusivos de Londres fuese al barco y él tampoco quería ir a verlo.

–Quiero que vayas a unos grandes almacenes y me compres un traje. Sabes mis medidas.

–Sí, pero…

Nikolai sacudió la cabeza con cierta impaciencia. No tenía por qué explicarle a su mayordomo lo que estaba pensando.

–Quiero que compres un traje gris oscuro, una camisa y una corbata que pueda ponerme en una boda religiosa. Ah, también necesitaré unos zapatos.

–¿Quiere que le compre ropa *prêt-à-porter*? –le peguntó el mayordomo para estar seguro.

Hacía bien en preguntárselo porque Nikolai era alto, de espaldas anchas y vestía con el máximo esmero. Su ropa era de los diseñadores más exclusivos, quienes estaban deseando que llevara su ropa por si lo fotografiaban con uno de sus modelos. ¿Por qué lo mandaba a unos grandes almacenes cuando su vestidor estaba lleno de lo mejor de lo mejor?

–Sí –contestó Nikolai–. Además, necesito que vayas enseguida. La boda es a las dos.

Entonces, le dijo el precio aproximado y vio que su mayordomo, que solía ser imperturbable, parpadeaba. Al fin y al cabo, la botella de champán que había retirado vacía de su mesilla esa mañana había costado muy poco menos que la cantidad que le había dicho. Además, Nikolai se gastaba miles de libras en champán y para él era un presupuesto insignificante.

–¡No me había dado cuenta de que ya había llegado ese momento, y tan pronto!

El mayordomo hizo un pequeño chiste y, como era primavera, Nikolai sonrió ligeramente.

Todos los años, durante un par de meses, Nikolai abandonaba su lujosa vida a bordo de un superyate y se subía a un rompehielos inmenso para trabajar en el Atlántico. Había vuelto hacía poco. Allí, usaba prendas gruesas y un gorro de piel con orejeras. El resto del tiempo, daba buen uso a su dinero. Era rico, había triunfado en muchas iniciativas y había estado seguro de que los fantasmas del pasado llevaban mucho tiempo enterrados. Nadie podría haber adivinado sus orígenes miserables ni el miedo y la vergüenza que lo habían despertado por la noche en un charco de sudor frío.

–¿Tengo que comprar un regalo de boda? –preguntó el mayordomo.

–No.

Nikolai no tomó la taza de té hasta que el mayordomo, bastante desconcertado, se hubo marchado para llevar a cabo sus instrucciones. Había hecho bien en esperar a que se marchara porque, efectivamente, la mano le tembló mientras pensaba en cómo afrontar ese día complicado que lo remontaba a lo que había sido su complicada vida.

En ese momento, su vida era placentera, y había luchado mucho para que lo fuese. Había peleado contra las adversidades y se había resistido a ser un dato más en las estadísticas. En vez de haber permitido que su abusador lo destrozara, había luchado no solo para sobrevivir, sino para prosperar. En vez de haber caído en la bebida o las drogas para mitigar el dolor del pasado, lo había afrontado. Había lidiado con él.

En ese momento, tenía una flota de superyates y se solicitaba que asistiese a todos los acontecimientos más exclusivos, y una fiesta en su yate era el acontecimiento más anhelado.

Lo tenía todo gracias a Yuri, quien había sido su mentor y su salvador. Cuánto necesitaba su consejo en ese momento… Yuri había sido la única persona que había conocido su pasado.

–*Beris druzhno ne budet gruzno* –le había dicho Yuri.

Era un dicho ruso que quería decir que, si se compartía una carga,

pesaba menos. Él solo le había dicho la verdad para que no avisara a las autoridades, que lo habrían devuelto a *detsky dom*, el orfanato del que se había escapado, y Yuri había tenido razón y se había sentido más ligero al compartir la carga.

Sin embargo, Yuri no estaba allí y él había tenido que encontrar la mejor manera de afrontar ese día. Quería ver la boda de su amigo, pero no quería que lo vieran a él. Si Sev lo veía, le preguntaría por qué se había escapado sin decirle nada a su amigo, y no quería hablar de eso. Había decidido que su pasado no podía salpicar a su presente. Se colaría en la boda sin que nadie se fijara en él y se marcharía como había llegado. No tenía nada que decir y no tenía que revelar ningún secreto.

Sintió cierta opresión en el pecho cuando casi pudo oír a Yuri que rebatía su manera de hacer frente al asunto. Yuri diría que, si se escondía, si se quedaba en el fondo de la iglesia, estaría tomando la solución más fácil, y eso era impropio de él.

Se levantó, cruzó la suite y miró Canary Wharf, donde había atracado la noche anterior. El cristal impedía que vieran dentro, una medida necesaria porque a la prensa le encantaría conseguir imágenes de los ricos y famosos y todo lo que pasaba dentro de su yate. Miró a las familias y parejas que sacaban fotos de la atracción que era su casa. Estaba acostumbrado. Su yate se llamaba *Svoboda*, «libertad» en ruso, y atraía a multitudes allí donde atracaba, sobre todo, cuando su coche iba dentro y la imagen de la rampa abriéndose y él saliendo conduciéndolo era impresionante. Lo habitual era que estuviese atracado en un entorno más deslumbrante, como el sur de Francia y el Golfo Pérsico. Había sido allí, navegando por el Golfo de Aqaba, cuando se enteró de lo de Sev y Naomi. Estaba en la cama, no podía dormir y pensó en despertar a la rubia que tenía al lado como solía hacerlo, pero, en vez de eso, se levantó, subió a cubierta y abrió el ordenador portátil bajo las estrellas. Como hacía muchas veces, rebuscó noticias sobre sus amigos del *detsky dom* y leyó la última noticia sobre Sev.

Se ha visto en Londres a Sevastyan Derzhavin, el experto en seguridad cibernética con residencia en Nueva York, y tenía un ojo morado y un corte bastante considerable. Lo acompañaba Naomi Johnson, su secretaria, quien llevaba un anillo de compromiso con un enorme diamante negro.

La foto que ilustraba la noticia mostraba a Sev y Naomi, que caminaban de la mano por la calle. A pesar del aspecto de su cara, Sev parecía feliz… y se merecía serlo. De niños, Sev había sido lo más

parecido a un familiar que él había tenido.

En el orfanato, habían sido cuatro chicos morenos, de piel blanca y ojos grises que habían desafiado a los cuidadores. Habían nacido sin ninguna esperanza, pero todos habían tenido sueños. Al principio, habían soñado con que una familia los eligiera. Sin embargo, nunca los eligieron y les explicaron con toda crueldad por qué. La piel blanca, que no se ponía rosa, y el pelo moreno significaba que era mucho más difícil colocarlos que si fuesen rubios con los ojos azules.

Aun así, habían soñado.

Daniil y Roman, los gemelos, estaban seguros de que llegarían a ser unos boxeadores famosos. Sev era inteligente y llegaría lejos y él, aunque no tenía ni idea de quiénes eran sus padres, estaba seguro de que su padre había sido marino. Su amor por el mar había brotado en él mucho antes de verlo.

Sin embargo, los sueños habían muerto enseguida en el *detsky dom*.

A Daniil sí lo habían elegido cuando tenía doce años y se fue con una familia inglesa. Roman, su gemelo idéntico, se había hecho más indisciplinado todavía y se lo habían llevado al ala de seguridad.

A los catorce años, Sev había empezado a destacar y lo habían llevado a una clase distinta con la esperanza de que consiguiera una beca para un colegio prestigioso. Sev y él todavía tomaban el mismo autobús y dormían en el mismo dormitorio, pero él, sin su amigo, había empezado a sacar peores notas y un profesor que él detestaba lo había tomado bajo su tutela.

–Nikolai, ¿por qué has empezado a sacar peores notas?

Él se había encogido de hombros. No le gustaba aquel profesor que siempre lo retenía, lo que significaba que perdía el autobús y tenía que volver andando.

–¿Te ayudaba Sev? –le había preguntado el profesor.

–¡*Nyet!* –él había negado con la cabeza–. ¿Puedo marcharme? Si no, perderé el autobús.

Hacía frío y nevaba y su chaquetón no era bueno.

–Tenemos que hablarlo –había replicado el profesor–. A tu amigo le perjudicaría para su solicitud de una beca que yo tuviese que escribir que te ha ayudado a copiar.

–No lo hizo.

El profesor sacó el impreso de un examen de matemáticas que él había hecho hacía unos meses y le pidió que escribiera las respuestas.

–Pudiste hacerlo hace dos meses, ¿por qué no puedes hacerlo ahora?

–No lo sé.

–Podría perjudicarle mucho a tu amigo…

Él miró los números y rezó para encontrar una respuesta. Naturalmente, Sev lo había ayudado, pero no les había parecido nada malo, solo era un amigo que ayudaba a otro amigo. Sin embargo, en ese momento, podía suponer un problema.

–¿Sevastyan te hacía los ejercicios? –le había preguntado el profesor levantando una mano.

Él creyó que estaba a punto de darle un tortazo en la cabeza, pero le puso la mano en el hombro.

–*Nyet* – había contestado él intentando quitarse la mano del hombro sin conseguirlo.

–Vamos, Nikolai –había insistido el profesor sentándose en una silla a su lado–. ¿Cómo voy a ayudaros si no me dices la verdad?

–Él no me hizo los ejercicios.

–Entonces, deberías poder hacerlos tú.

Sin embargo, no podía. Entonces, oyó un bocinazo del autobús y supo que estaba marchándose.

–Yo te llevaré en mi coche –había dicho el profesor, aunque él habría preferido ir andando–. En cuanto a Sevastyan y su ayuda…

–No copiábamos –repitió él para que su amigo no perdiera la beca–. Sev solo me enseñó…

–No pasa nada –le había interrumpido el profesor con delicadeza, y aunque él no había entendido ese tono, el corazón se le había acelerado de miedo–. Puede quedar entre nosotros, nadie tiene por qué meterse en un problema.

Él miró fijamente las cuentas y entonces notó una mano en el muslo.

–¿Verdad…? –le había preguntado el profesor.

Él no contestó.

El mayordomo volvió puntualmente y consiguió no arquear una ceja cuando vio la mesa que Nikolai había volcado al recordar lo que había pasado hacía tanto tiempo. El mayordomo se limitó a extender la ropa que había comprado y planchado.

Él fue a ducharse y decidió no afeitarse. Se puso la camisa blanca y la corbata gris metálico que había elegido su mayordomo. El traje oscuro le quedaba mucho mejor de lo que había esperado. Sentía tanta tristeza por su amigo perdido que se sentía como si estuviese vistiéndose para un entierro, pero, aun así, deseaba con todas sus fuerzas ver a Sev feliz. Se puso las gafas de sol y decidió que no se las quitaría hasta el último momento, cuando entrara en la iglesia. Quería llegar y marcharse sin que nadie se diese cuenta y, en vez de dar el

espectáculo de descargar su coche, desembarcó a pie, recorrió el muelle y paró un taxi. El conductor habló del calor que hacía para ser mayo, pero él no contestó. Cuando llegaron a la iglesia y el taxista se dio la vuelta para cobrarle, él sacudió la cabeza.

–Espere dos minutos –le pidió con un acento ruso muy fuerte.

Los dos minutos se convirtieron en diez, pero el taxista no dijo nada por la cantidad de dinero que acababan de darle. Nikolai se quedó mirando a los invitados que se amontonaban en las escaleras de la iglesia e hizo acopio de fuerzas para entrar. Había periodistas y la policía mantenía a la multitud al otro lado de la calle. Supuso que Sev ya estaba dentro porque no podía ver a su amigo entre el gentío. Sev había sido introvertido, le gustaban más los libros y los ordenadores que las personas, pero había ido mucha gente a celebrar su boda, entre otros, él.

Observó a una mujer alta y esbelta con una melena pelirroja que se bajaba de un coche de lujo. Se reía mientras charlaba y ayudaba a una mujer muy embarazada a bajarse del coche. Supo que era Libby, la esposa de Daniil, por los artículos que había leído cuando buscaba a sus amigos. Entonces, Daniil también estaría.

Las dos mujeres subieron las escaleras y entraron en la iglesia. Él oyó las campanas mientras todo el mundo empezaba a entrar.

–Dos minutos más –le repitió al taxista.

Encontrarse con su pasado estaba siendo tan complicado como se había imaginado. Sev le había preguntado por qué lloraba la noche que se escapó. Él no pudo contestarle entonces y tampoco podía hacerlo en ese momento. No quería ver la incomodidad reflejada en los ojos de nadie mientras revelaba el sórdido pasado.

Se bajó del taxi y entró en la iglesia justo cuando se acercaba el coche de la novia. Con un poco de suerte, no lo habría visto nadie. Si Yuri estuviese vivo, diría que estaba escondiéndose y que debería hacer frente a la situación, pero, en esa ocasión, no quería sabios consejos, no hacía ninguna falta hablar de su pasado y revivir el bochorno.

Capítulo 1

RACHEL, sencillamente, no lo entiendo.

Libby estaba atónita porque Rachel, después de una gira por el Pacífico Sur, había dejado la compañía de danza. Las dos mujeres habían bailado en la misma compañía y habían sido compañeras de piso hasta hacía poco. Libby también se había retirado el año anterior, justo antes de que conociera a Daniil. La verdad era que se había visto obligada a tomar esa decisión y Rachel podía recordar lo que le había costado dejar la profesión que tanto amaba. Lo habían hablado una y otra vez.

Rachel había tomado la decisión por su propia cuenta.

Eran amigas, pero muy distintas. Libby no ocultaba sus sentimientos, mientras que Rachel guardaba los suyos bajo siete llaves que había tirado y enterrado bajo una capa de cemento hacía mucho tiempo. No dejaba que nadie entrara en su corazón. Charlaba, pero casi siempre era de la otra persona. También coqueteaba y quedaba con hombres, pero siempre era con sus condiciones. Siempre.

Estaban en la suite de Rachel en un lujoso hotel y se preparaba para asistir a una boda en Londres por todo lo alto. Ella no había conocido de verdad a la feliz pareja y estaba allí, sobre todo, para ayudar a Libby porque Daniil era el padrino y a su amiga le faltaba una semana para dar a luz. Le habían dado esa impresionante suite porque Daniil era el dueño del hotel. Como estaba nerviosa por dar la noticia, aunque estaba dispuesta a estar contenta por su amiga, se había dado un largo baño de sales y con los rulos puestos. No había servido para aplacar los nervios que le oprimían el pecho todo el rato. Siempre estaba nerviosa, aunque lo disimulaba bien, pero en ese momento se sentía como si todo estuviese llegando a un punto crítico.

El baño no había obrado un milagro y ya estaba retrasándose cuando había llegado Libby. Los preparativos se quedaron en punto muerto cuando, como quien no quería la cosa, dejó caer la noticia de que no iba a volver con la compañía de danza.

–Pero ¿por qué? –le preguntó Libby.

–Todavía no estoy segura –reconoció Rachel mientras se quitaba los rulos de la melena pelirroja–. Pretendo saberlo durante unas largas y perezosas tardes y mañanas en la cama.

–No entiendo que la hayas dejado sin haber hecho planes. Creía que estabas contenta…

–Estaba contenta y todavía lo estoy –entonces, cambió de conversación cuando sacó un vestido de terciopelo naranja oscuro de la bolsa de viaje–. ¿Qué te parece?

–Es muy…

Libby no terminó la frase cuando Rachel se embutió en un vestido muy ceñido y frunció el ceño al ver el gesto de preocupación del rostro de su amiga.

–No puedes ponerte de parto hoy –le avisó Rachel.

–Lo sé. No paro de repetírmelo, pero creo que el bebé no me escucha.

–¿Crees que podrías tenerlo?

–Creo que podría tenerlo –reconoció Libby.

–¡Vaya! –exclamó Rachel con una sonrisa de oreja a oreja–. ¡Qué emocionante!

–¡No tiene nada de emocionante! –Libby suspiró–. Esta boda es muy importante para Daniil. Sev es como de la familia para él. Sev es su familia.

–Estoy segura de que no pasará nada –afirmó Rachel con la certeza de alguien que veía muchas series de médicos–. Los primeros tardan siglos y, además, no has roto aguas. ¡Imagínate que lo hagas en la iglesia!

–Eres muy tranquilizadora, Rachel –Libby sonrió–. Venga, maquíllate, tenemos que irnos.

–Lo haré en el taxi…

Entonces, Rachel se acordó de lo rica que era Libby, de que ya no estaban en los viejos tiempos. El chófer de Daniil las llevaría a la iglesia. Se puso unos zapatos de tacón de aguja, del mismo color que el vestido, tomaron el ascensor y salieron a la calle, donde las esperaba el chófer. Una vez sentada en el exclusivo coche, abrió el bolso y, acostumbrada a maquillarse en entornos mucho menos lujosos, empezó a aplicarse el maquillaje en la cara.

–Estás muy pálida –comentó Libby antes de acordarse–. ¡No hemos almorzado!

¡Habían estado demasiado ocupadas hablando!

–Tampoco he desayunado.

Rachel sacó un bombón de chocolate del fondo del bolso y siguió maquillándose. Las pecas desaparecieron gracias a un cosmético increíble que acababa de descubrir. Las largas pestañas rojizas adquirieron enseguida un sedoso color negro que le resaltaba el verde de los ojos. Se pintó los labios de color coral y se miró los dientes en el

espejo de mano. Los tenía algo salientes y con una separación en medio.

–Estoy pensando en ponerme un aparato.

–¿Por qué?

–Porque sí. Vamos, tienes que ponerme al tanto inmediatamente, me he perdido con todos esos rusos –Rachel chasqueó los dedos para que la informara–. El novio es Sev, un amigo de Daniil del orfanato, ¿no?

–Sí. Aunque me parecería más considerado no llamarlo así.

–¡Puedo tener tacto!

–Algunas veces –replicó Libby con una sonrisa.

–Háblame de la novia.

–Se llama Naomi. Era su secretaria en Nueva York, pero, en realidad, es de Londres.

–¿Qué tal es?

–La he conocido muy poco y todavía era su secretaria. Nosotros estábamos de luna de miel. Ah, también estará Anya.

–¿Anya?

–Tatiana.

Libby le dijo su nombre artístico y Rachel dejó escapar un grito de placer. Anya también había estado en el orfanato, pero como hija de la cocinera. En ese momento, era la *prima ballerina* de una compañía de danza rusa que estaba representando *El pájaro de fuego* en Londres. Rachel la había visto la última vez que la compañía pasó por allí, pero había querido volver a verla antes de que la obra dejara de representarse, la semana siguiente, aunque estaba resultándole imposible.

–¿Crees que podrá conseguirme una entrada? –preguntó Rachel–. Están todas venidas.

–Probablemente, podría, pero no creo que lo haga. Anya no es muy… simpática –le avisó Libby.

–Bueno, merecerá la pena intentarlo. ¿Qué me dices del otro?

Rachel frunció el ceño intentando acordarse del nombre. Sabía, porque Libby se lo había contado, que habían sido cuatro huérfanos, pero le costaba acordarse de los nombres.

–¿Nikolai? –preguntó por fin.

–No –contestó Libby con una mueca por la posible metedura de pata–. Nikolai es el que está muerto. Se suicidó cuando tenía catorce años. Su profesor abusaba de él.

–Ah…

Rachel se limitó a responder lacónicamente, pero vio en el espejo que parpadeaba al oír lo que le había pasado a Nikolai. Efectivamente,

había cosas que no se comentaban, sobre todo, el día de una boda y con su amiga embarazada y nerviosa. Sobre todo, nunca.

–Te refieres a Roman –siguió Libby–. Es el gemelo de Daniil. Él…

Rachel la miró cuando Libby se quedó en silencio a mitad de la frase.

–¿Estás teniendo otra? –le preguntó Rachel mientras paraban enfrente de la iglesia.

–No –Libby sacudió la cabeza–. Es posible –reconoció mientras Rachel la ayudaba a bajarse del coche–. Rachel, no permitas que haga una escena. No puedo arruinar la boda.

–No te preocupes, te taparé con mi abrigo o algo así –Rachel sonrió–. No pasará nada.

Las campanas estaban repicando y los periodistas estaban sacando fotos de los invitados mientras entraban en la magnífica iglesia antigua. Había rosas blancas por todos lados y estaban tocando el órgano. Rachel siguió a Libby hasta uno de los primeros bancos y se oía un murmullo expectante. A Rachel le encantaban las bodas y estaba segura de que esa iba a ser una buena boda. Se dio la vuelta y vio que una mujer hermosa y esbelta como un junco se sentaba en el banco de detrás de ellas y le tocaba a Libby en el hombro.

–Libby…

–Me alegro mucho de verte, Anya –Libby sonrió–. Te presento a mi amiga Rachel.

–¡Anya! –exclamó Rachel.

Supo que estaba roja. Había sido una admiradora incondicional de Tatiana desde hacía muchos años y había seguido muy de cerca su carrera.

–Creo que te he visto bailar diez veces por lo menos… –Rachel lo pensó un instante–. Doce, para ser exactos.

–Rachel no está exagerando –intervino Libby–. Iba a verte siempre que pasabas por Londres y ella no estaba bailando.

–Te vi en París cuando hacías el papel del Hada de las Lilas. Me gustaría verte otra vez en *El pájaro de fuego*…

–Termina la semana que viene –la interrumpió Anya.

–Lo sé, y no he conseguido entradas.

Rachel dejó escapar un suspiro teatral con la esperanza de que Anya acudiese al rescate de una colega.

–Están todas vendidas desde hace siglos.

Rachel, desdeñada por Anya, se dio la vuelta y miró fijamente al frente. Podía notar que Libby intentaba no reírse por la fría acogida de Anya y su tajante negativa a proporcionarle entradas.

–Te lo dije –comentó Libby.

–Efectivamente –Rachel suspiró.

Mientras esperaban a que llegara la novia, Libby intentó hablar del trabajo de Rachel, o de su falta de trabajo, mejor dicho.

–Sabes que tengo que encontrar a una profesora a tiempo parcial –comentó Libby–, pero siempre estoy ojo avizor…

–Libby –la interrumpió Rachel–. No quiero dar clases.

–Entonces, ¿qué vas a hacer?

–No estoy segura.

Su madre le había hecho la misma pregunta la noche anterior y había añadido que ya le había advertido que podría recurrir a algo. Ella no había dicho nada, pero le habían rechinado los dientes. Estaba segura de que su madre no se había referido a otra profesión. Evie Cary recurría a los hombres y todos tenían dinero, se cercioraba de que los hombres con los que salía pudieran proporcionarle el estilo de vida al que se había acostumbrado. Había tenido toda una ristra de novios y amantes. Algunos habían durado un fin de semana y otros unos meses. Solo uno duró un par de años y, qué casualidad, la había dejado dos semanas después de que ella se marchase de su casa.

Dejó de pensar en esos recuerdos sombríos e intentó centrarse en su porvenir. Ella no necesitaba recurrir a algo o a alguien, quería recurrir a su nueva vida y el dinero no era un problema acuciante a corto plazo. Había trabajado tanto que no había podido gastar mucho y quería tomarse algo de tiempo para aclarar las cosas. Miró a Libby y se preguntó si le contaba su idea o no.

–Estaba pensando en hacer un *blog*.

–¿Un *blog*? –preguntó Libby–. ¿Por qué?

–Da igual.

Los bancos siguieron llenándose, pero más los de la derecha que los de la izquierda y Rachel cayó en la cuenta de que como el novio era huérfano… Libby volvió a reírse por el gesto de abatimiento de su amiga.

–Creía que estaría lleno de rusos sexys –comentó Rachel con un suspiro.

–Bueno, siempre queda André.

–No –Rachel sacudió la cabeza cuando Libby mencionó a su… amigo íntimo y colega–. ¿No te lo había contado? Ha conocido a alguien y van en serio.

–¿De verdad?

–Sí. Van a casarse dentro de un par de semanas.

–¿Por qué no me había enterado? –preguntó Libby.

–Es muy reciente.

–Será una boda que evitarás…

Rachel no comentó nada y tampoco le dijo a Libby que no podía evitar esa boda. Miró el programa de la boda e intentó no pensar en André.

–¿Con quién va a casarse? –siguió Libby.

Ella deseó que Libby tuviese una contracción, que llegase la novia o que pasara algo para que no tuviera que contestar. No quería hablar de eso. Había algo más. La familia Cary tenía más cadáveres en sus armarios que un cementerio.

–Rachel… –insistió Libby.

Entonces, gracias a Dios, hubo un momento de agitación entre la gente y Daniil le dijo algo a Sev en ruso y en un tono de asombro. Ella creyó que la novia había llegado y se dio la vuelta.

Caray… Un hombre tan guapo como ese debería haber sabido que no podría entrar en la iglesia y pasar desapercibido. Era alto y tenía el pelo moreno, ondulado y un poco largo. Las cabezas se giraron y causó cierto revuelo solo por entrar.

–¿Quién es? –le preguntó ella a Libby con una voz que la salió ronca.

–No lo sé –contestó Libby–. Podría ser…

Libby no terminó la frase, frunció el ceño y miró al altar. Rachel hizo lo mismo.

Daniil estaba atónito y Sev, el novio, quien había estado mirando fijamente al frente, se había dado la vuelta por indicación de Daniil. Sus rostros reflejaban un asombro evidente y, rompiendo el protocolo, los dos hombres recorrieron el pasillo en dirección a ese impresionante desconocido. Todo el mundo se había levantado para verlo mejor. Rachel estaba de puntillas e intentaba entender algo.

–¿Qué está pasando?

La única persona que no estaba prestando atención era Libby.

–Estoy teniendo otra contracción –se lamentó agarrada al banco.

–Están muy distanciadas –afirmó Rachel en tono autoritario para tranquilizar a su amiga.

Libby, como todos los bailarines, se preocupaba mucho por su cuerpo y eso significaba que cada peca era cáncer, cada contracción cuando estaba embarazada era un parto… ¡Caray! Estaba empezando a ponerse nerviosa, aunque Libby no se enteraría.

–La novia acaba de llegar –comentó Rachel mientras Libby tomaba aire por el dolor.

Dio por supuesto que, con Naomi allí, la boda recuperaría su curso normal, pero no, el novio estaba presentando a ese misterioso invitado a la novia. Le pareció fascinante y una forma muy especial de empezar la boda, sobre todo, porque la novia y el novio estaban dándose un

apasionado beso, pero en el extremo equivocado de la iglesia.

–Sev está magreándose con la novia y creo…

Rachel se quedó en silencio porque Daniil había llevado a ese desconocido maravilloso a sentarse con ellas. Era tan alto y ancho que Libby tuvo que apartarse para dejarle pasar, porque ella quería quedarse en el extremo del banco por si tenía que salir corriendo. Rachel hizo lo mismo y captó el olor de su perfume con notas de madera mientras se ponía al lado de ella. Pensó que tenía que ser Roman… pero no podía serlo. Era alto y moreno, pero no se parecía a Daniil, que era gemelo idéntico de Roman. Efectivamente, no conseguía enterarse.

–Libby –dijo Daniil mientras el oficiante pedía que el novio soltase a la novia para que pudieran empezar la boda–. Te presento a Nikolai, se sentará con vosotras.

Rachel pensó que las cosas estaban embrollándose de verdad.

–No dejéis que se marche –añadió Daniil.

Rachel tuvo que contener una sonrisa. Estaría encantada de no perderlo de vista.

Todo el mundo se levantó mientras Sev y Naomi avanzaban de la mano por el pasillo. Ella frunció el ceño mientras intentaba entenderlo. Miró al hombre que tenía al lado. Tenía el pelo oscuro y ondulado y unos aterciopelados ojos grises… y no se inmutó por su curiosidad. Además, Libby volvía a tener razón, ella podía ser indiscreta algunas veces.

–Disculpe –Rachel frunció el ceño y sacudió levemente la cabeza–, pero ahora sí que estoy perpleja. ¿No es usted el muerto?

Capítulo 2

NIKOLAI no contestó. Sin embargo, que Sev hubiese creído que estaba muerto lo había alterado profundamente. Había tenido una breve conversación con su amigo de la infancia, pero había averiguado que Sev y Daniil habían pensado que se había suicidado y Sev había creído que había tenido la culpa. Él había captado el remordimiento que le había causado involuntariamente a su amigo y no estaba de humor para responder a la pregunta de Doña Curiosidad.

–Yo soy Rachel –siguió ella.

–Creo que deberíamos prestar atención a la boda –replicó Nikolai en tono tenso.

Su voz hizo que ella quisiera disculparse solo para poder oírla otra vez. Era grave y profunda y tenía un acento que hacía que se le encogieran los dedos de los pies. Miró a Libby y las dos fruncieron el ceño en un gesto de perplejidad. Tenían muchas preguntas, pero no había tiempo para contestarlas porque se habían levantado para cantar el primer himno.

–Puedes compartir el mío –se ofreció generosamente Rachel al observar que él no tenía el programa de la boda.

Nikolai pensó que era como un moscardón. Él solo había querido ver la boda y marcharse, y era lo que iba a hacer. No podía aguantar las preguntas y mucho menos contestarlas.

–¿Estás bien?

Él oyó la pregunta, pero se dio cuenta de que iba dirigida a otra persona.

–¡Será mejor que lo esté! –contestó Libby con una decisión incierta–. Rachel, no te separes de mí.

Entonces, él oyó que Rachel, la mujer que tenía al lado, se reía. Fue una reacción extraña e inesperada a una situación vertiginosa y estuvo a punto de sonreír. El perfume que llevaba olía a estar tumbada en un prado lleno de flores en verano, aunque él no lo había hecho jamás, y decidió que se parecía más a una abeja. Sin embargo, a pesar de su cercanía, no sentía la amenaza de que fuese a picarlo. Miró las manos que sujetaban el papel y le pareció algo inútil porque ninguno de los dos estaba cantando.

–¿Tiene dolores? –le preguntó Nikolai.

–Sí –contestó Rachel mientras terminaba el himno y se sentaban otra vez–, pero están muy distanciados.

Se le subió el vestido al sentarse y él pudo vislumbrar unos muslos blancos con pecas. También pudo ver su nerviosismo mientras se lo bajaba. Entonces, con otro gesto nervioso, rebuscó en el bolso, sacó unos *toffees* y le ofreció uno a Libby, que lo rechazó con la cabeza. Él miró el caramelo con un envoltorio dorado que le ofrecían.

–No estamos en el cine –comentó él.

Aun así, a pesar de las circunstancias tan tensas, estuvo tentado de sonreír otra vez. Ella era ligeramente inoportuna, pero había entablado conversación cuando muchos se habían limitado a mirarlo. Había ido a pocas bodas, su forma de vida le permitía no apegarse demasiado a los demás, pero veía que su amigo estaba enamorado de verdad y se alegraba de haber ido… aunque lo hubiesen desenmascarado.

Se levantaron para cantar otro himno.

–Este sí me lo sé –comentó Rachel antes de empezar a cantar en voz alta y desafinada.

Nikolai se fijó en que era una comadrona espantosa porque Libby tuvo otra contracción durante la segunda estrofa y Rachel no se enteró. Además, él había tomado el tiempo. Sin embargo, Rachel tenía razón, estaban muy distanciadas y a Libby le quedaba tiempo por delante. Aun así…

–Tu amiga tiene dolores.

–Lo sé –susurró Rachel mientras se sentaban y la pareja iba a la sacristía para firmar el registro–. ¿Por qué crees que estaba cantando tan alto? Estaba intentando que no se fijaran en ella.

Nikolai pensó que Rachel no tenía que cantar, aunque fuese tan mal, para captar la atención. Su mirada se habría dirigido a ella aunque se hubiese sentado al fondo de la iglesia. Se había fijado en ella cuando salía del coche, había visto esas piernas largas y blancas mientras subía a la iglesia y no le había pasado desapercibida su melena pelirroja.

Estaban tocando el arpa, muy mal, y Rachel volvió a mirar el programa de la boda para comprobar que era la prima de Naomi.

–¡Ay! –exclamó ella al oír una nota desafinada y volvió a ponerse nerviosa.

–¿Tienes más caramelos? –le preguntó él.

–Siempre.

Ella sonrió, rebuscó en el bolso y le ofreció dos. Él desenvolvió uno y se lo metió en la boca. Era crujiente por fuera, blando por dentro y delicioso.

–¿Sabes por qué me gustan? –susurró Rachel–. Se te pegan a los dientes y puedes encontrar un trozo más tarde.

Él giró la cabeza y, por primera vez, la miró a los ojos. Rachel pensó que sus ojos eran gris oscuro, casi negro, y que su mirada era penetrante, tanto que notó que se sonrojaba cuando le miró la boca.

–Estoy pensando en ponerme un aparato –comentó ella quizá porque estaban hablando de dientes o quizá por decir algo.

–No te lo pongas.

–Uno de esos invisibles.

–¿Por qué ibas a estropear una boca tan impresionante? –preguntó Nikolai.

Era una comadrona espantosa porque, si el novio y la novia no hubiesen aparecido en ese momento, habría estado tentada de tomarle la mano y salir corriendo con él. Él sí que era impresionante. Anhelaba verlo sonreír, pero él no le devolvió la sonrisa y anheló encontrar una réplica ingeniosa, pero no la encontró.

Repicaron las campanas, los recién casados recorrieron el pasillo y Nikolai dirigió su atención hacia ellos. Daniil miró a su esposa con preocupación cuando pasó a su lado.

–Estoy bien –susurró Libby.

–Es mentira –murmuró Rachel.

Entonces, todos salieron a las escaleras de la iglesia para hacerse las fotos de rigor. Nikolai supo que había llegado el momento de marcharse discretamente. Naturalmente, Sev tenía preguntas y se merecía las respuestas, pero no era el momento y, cuando el fotógrafo pidió a todo el mundo que se reuniera en las escaleras, él se retiró con la esperanza de desaparecer entre la multitud.

–¡Eh!

Él oyó los tacones que se acercaban corriendo. También supo a quién vería cuando se diera la vuelta, a la abeja zumbona.

–¡No puedes marcharte! –exclamó Rachel.

Ella no estaba pensando en Sev y los demás, estaba pensando en cómo se atrevía a coquetear de esa manera y desaparecer. Nikolai, sin embargo, tenía otras ideas.

–Puedo hacer exactamente eso –replicó él.

–Tienes que quedarte. Me han dado instrucciones y me tomo muy en serio mis obligaciones como amiga de la esposa del padrino.

A Nikolai le daban igual sus obligaciones y empezó a alejarse.

–No es justo para Sev que te marches.

Él se detuvo con los hombros rígidos.

–La boda de Sev no es el momento indicado para hablar con él.

–Pero él la disfrutará más si te quedas.

Rachel vio que se daba la vuelta lentamente. Nikolai miró al grupo de gente y comprobó que Sev, en vez de estar concentrado en la foto que estaban sacando, estaba mirándolos y se preguntaba, evidentemente, si él volvería a desaparecer.

–Muy bien. Me quedaré a la recepción, pero luego volveré.

–¿Adónde? –preguntó Rachel.

–A mi vida.

Rachel quiso saber algo más. Tenía mucho acento y supuso que no vivía en Londres.

–¿Y dónde está tu vida? –le preguntó ella mientras volvían con los demás–. ¿Dónde vives?

–No vivo mucho tiempo en ningún sitio. No me gusta apegarme a los sitios o a las personas.

Él giró levemente la cabeza y su mirada le indicó que no siguiera con esa conversación.

–Allí está Libby –comentó Rachel saludándola con la mano.

Libby estaba buscándolos.

–Por fin os encuentro –Libby sonrió–. Nikolai, Sev quiere que salgas en una foto.

Nikolai asintió con la cabeza y se dirigió hacia la iglesia. Rachel y Libby se quedaron mirando a los tres hombres situados en las escaleras de la iglesia. Les hicieron una foto con Naomi y el fotógrafo llamó a Libby para que se uniera a ellos. Rachel observó a Libby, que subía con cansancio las escaleras y que sonreía a la cámara. Luego, Libby y Naomi se retiraron e hicieron una foto de los tres hombres. Rachel miró a un lado y vio que Anya estaba muy cerca.

–Es una pena que no esté el otro –comentó Rachel–. Roman –añadió al ver que Anya fruncía el ceño.

–Si estuviese aquí, habría problemas –Anya se encogió de hombros–. Él se encargaría de ello.

–Aun así, estaría bien que Daniil pudiera encontrar a su gemelo.

–Algunas personas no quieren que las encuentren. Daniil debería aceptarlo.

–Es su gemelo idéntico –insistió Rachel.

–¿Y…? Algunas veces, hay que superar las cosas.

Anya se alejó y Rachel pensó que era increíblemente fría. Si no la hubiese visto bailar, habría pensado que no tenía sentimientos. Sin embargo, sí la había visto bailar y quería volver a verla.

Nikolai se montó en el coche con Rachel y Libby, quien le dijo dónde iba a celebrarse la recepción.

–Tu marido compró el hotel el año pasado, ¿no? –le preguntó Nikolai.

–Sí –contestó Libby con una sonrisa–. Entonces, ¿has estado siguiéndole la pista?

–Un poco –reconoció Nikolai.

Miró a Rachel y vio que estaba repintándose los labios. Además, cuando ella habló, él se alegró de que pensara en cosas más importantes que en enterarse de su vida.

–¿Crees que debería pedírselo directamente? –le preguntó Rachel a Libby–. Es posible que en la iglesia fuese demasiado sutil.

–Rachel –le contestó Libby–, no creo que nadie pueda acusarte de ser demasiado sutil –Libby le explicó la conversación a Nikolai–. Rachel está deseando ver *El pájaro de fuego*, pero las entradas están agotadas y esperaba que Anya…

–¿Anya? –la interrumpió Nikolai al reconocer el nombre.

–Creo que era la hija de la cocinera del orfanato –le confirmó Libby–. Su nombre artístico es Tatiana y es la protagonista de *El pájaro de fuego*. Estaba detrás de ti en la iglesia.

–¿Estará en la recepción? –preguntó Nikolai.

–Sí, aunque solo un rato. Tiene representación esta noche –contestó Libby.

–Voy a pedirle unas entradas para la semana que viene –dijo Rachel mientras el coche paraba delante del hotel–. Vosotros miradme.

Él, desde luego, iba a mirarla.

Dado el hotel que era, y que era propiedad de Daniil, todo fue como la seda. Hasta habían colocado a Nikolai en una mesa. Estaba sentado entre Anya y otra invitada, pero Rachel sacó un bolígrafo y, descaradamente, cambió los nombres para que quedara sentado al lado de ella.

–No puedes estar entre desconocidos.

Se sirvió champán y canapés mientras esperaban a pasar al salón de baile. Él tomó una bebida, como Rachel, pero ella volvió a hablar más con Libby que con él. A Nikolai le gustaba que ninguna de las dos mujeres intentara sonsacarle información, aunque probablemente fuese porque tenían algo más apremiante en la cabeza.

–¿Qué tal te sientes? –preguntó Rachel.

–Estoy bien –contestó Libby mientras tomaba un vaso de agua con gas de una bandeja–. No he vuelto a tener ninguna desde la iglesia.

–Seguramente solo sea un pequeño preparativo para la semana que viene –la tranquilizó Rachel.

–¿Has llamado al médico? –le preguntó Nikolai.

Rachel parpadeó ante lo que le pareció una intromisión en una conversación de mujeres.

–No creo que haga falta –Libby sonrió con cortesía y fue a dirigirse a Rachel otra vez, pero titubeó y se dirigió a Nikolai–. ¿Tú sí…?

–No va a pasarte nada por comprobarlo.

–Estoy segura de que todo irá bien –intervino Rachel.

Rachel miró a Nikolai con los ojos entrecerrados para que no preocupara a su amiga y él se limitó a encogerse de hombros.

–En cualquier caso, ya está bien de hablar de bebés –Libby quería dejar de pensar en el inminente parto–. Rachel, todavía no me has dicho con quién va a casarse André.

Entonces, por primera vez, Nikolai vio que la descarada Rachel parecía un poco incómoda, que se sonrojaba y daba un sorbo de champán antes de contestar.

–No quiero hablar de André.

–Vamos, Rachel… –insistió Libby–. Me pierdo todos los cotilleos. ¿Quién es ella?

–Alguien que conoció cuando estábamos de gira.

–No vas a ir a la boda, ¿no? Sería muy raro cuando erais…

–Libby –la cortó Rachel–. ¿No puedes dejarlo?

Él podía ver la incomodidad de Rachel, mejor dicho, podía notarla. La observó mientras prácticamente se abalanzaba sobre un camarero con la copa en alto y le pedía más champán. Le dieron una copa llena y, mientras daba un generoso sorbo, se encontró con la mirada de curiosidad de Nikolai, pero, afortunadamente, los llamaron para que fuesen a sus mesas.

El salón de baile estaba increíble.

Estaba decorado en blanco, desde las abundantes rosas hasta los impecables manteles, y era una imagen perfecta. Además, mientras se sentaban, parecía que Libby se había olvidado de lo que habían estado hablando.

–¡Anya! –Nikolai se levantó al ver que ella se acercaba y le dio un beso en la mejilla–. Me alegro de verte. Ya me han dicho que te va muy bien.

–Es verdad.

Nikolai pudo ver por el rabillo del ojo que Libby y Rachel se sonreían por la arrogancia de Anya.

Fue una comida deliciosa, al menos, para quienes la comieron. A Libby le costaba hasta beber el agua y rechazó la entrada, mientras que Anya dejó el acompañamiento y comió un trozo diminuto de cangrejo. Rachel y Nikolai se lo comieron todo.

–Es un placer no tener que preocuparme por el peso –comentó Rachel mientras les servían el solomillo Wellington.

Anya no recibió la comida con el mismo júbilo y apartó el plato.

–¿Hay algún inconveniente? –le preguntó el camarero.

–Ninguno –contestó Anya.

Nikolai charló en ruso con Anya y no se disculpó siquiera. Le gustó hablar con ella porque era tan egocéntrica que no le preguntó casi nada de él.

–Tendré que marcharme en cuanto hayan terminado los discursos –explicó Anya.

Luego, le contó cómo había llegado a lo más alto y Nikolai le hizo una pregunta.

–¿Cuánto tiempo llevas en contacto con Daniil?

–Libby y él me vieron hace unos cuantos meses en una representación. Desde entonces.

–¿Y Sev?

–La verdad es que no lo he tratado.

–¿Y Roman?

Anya se encogió de hombros.

–No me paso el tiempo libre buscando a la gente del orfanato donde trabajaba mi madre –Anya miró a Rachel, quien tenía el ceño fruncido porque hablaban en ruso y no le hacían caso–. Tienes una admiradora.

–Lo sé –reconoció Nikolai.

Lo curioso era que él también estaba convirtiéndose en un admirador de Rachel.

–¿Qué tal te ha ido? –le preguntó ella.

–Bien.

–Me alegro.

Ella era tan rusa como él. No expresaba los sentimientos y su indiferencia era tranquilizadora, aunque él sabía que, si mantenían el contacto, las preguntas acabarían saliendo. Por el momento, sin embargo, no indagaban, al menos, desde su izquierda. Rachel, a su derecha, no parecía impresionada por que estuviese dándole la espalda y hablando en ruso e intentaba intervenir en la conversación.

–Anya… –Rachel se inclinó hacia delante para hablar por encima de Nikolai–. Tengo que decir que quiero…

–Voy al cuarto de baño –la interrumpió Libby.

–¿Quieres que te acompañe? –se ofreció Rachel.

–Rachel, puedo ir sola, gracias.

Anya y Rachel se miraron.

–Entonces, ¿me has visto bailar?

Anya se dignó a dirigirse a Rachel.

–Muchas veces –contestó Rachel–. Vi *El pájaro de fuego* un par de veces antes de que fueses la protagonista y me fastidió que Libby

estuviese allí y yo me lo perdiera.

–A Vera también le fastidió –replicó Anya con una sonrisa jactanciosa.

–¿Vera?

–Atasha, la protagonista anterior.

–Yo fui a la segunda representación –comentó Rachel–. Escribí una reseña.

–¿Para quién? –le preguntó Anya.

–Para mí.

Eso no le interesaba a Anya y se dirigió a Nikolai, pero esa vez lo hizo en inglés.

–Deberías ir a verme.

Vaya, las entradas no estaban agotadas para él.

–No me interesa el ballet –replicó Nikolai.

Rachel pensó que eran muy groseros el uno con el otro.

–Deberías haber aceptado –le susurró Rachel–. ¡Podrías haberme dado la entrada!

–Las entradas –la corrigió Nikolai.

Libby volvió a su sitio y era ella la que estaba nerviosa en ese momento.

–¿Qué crees que deberías hacer, Nikolai…? – le empezó a preguntar Rachel, pero Libby la miró con los ojos entrecerrados.

–Van a empezar los discursos.

El padre de la novia fue al primero y a Rachel le pareció muy aburrido. Luego, Sev brindó por la familia y amigos ausentes y levantó la copa en dirección de Nikolai. Rachel estaba más concentrada en la respiración de Libby. Sin embargo, cuando se levantó Daniil para pronunciar su discurso como padrino, ella no se perdió ni una palabra porque habló sobre la época del orfanato donde se había criado Nikolai y ella quería saber más cosas sobre el hombre que tenía sentado al lado. La tenía fascinada. No solo porque fuese tan guapo, era más bien por el misterio que lo rodeaba y porque no había contado nada de su vida a nadie desde entonces.

–Éramos cuatro en el orfanato –explicó Daniil–. Sev estaba atento a todos nosotros. Intentaba evitar las discusiones o nos decía cuándo teníamos que ceder. También nos leía. ¿Te acuerdas, Sev? Unas veces era un libro de cocina o de jardinería que había encontrado en algún sitio. Una vez, uno de los cuidadores se olvidó un libro subido de tono…

Los invitados empezaron a reírse cuando Daniil les contó que los chicos no paraban de pedirle que lo leyera una y otra vez. Rachel miró a Nikolai, pero su expresión seguía imperturbable, incluso cuando

Daniil habló de que todos habían esperado tener una familia. Ella se preguntó si Nikolai también lo habría esperado. Sin embargo, de repente, tuvo que dejar de concentrarse en Nikolai.

–Rachel… –susurró Libby.

Ella tuvo que acordarse de por qué estaba allí, su amiga embarazada.

–¿Estás bien? –le preguntó Rachel antes de ver la mirada de Libby.

–¡No! –contestó Libby–. Sígueme dentro de un par de minutos, pero, por favor, que no se note.

–De acuerdo.

Rachel miró a Anya, pero parecía no darse cuenta de nada, estaba intentando comerse un trozo diminuto de la *mousse* de chocolate. Entonces, miró a Libby, quien intentaba marcharse con discreción, pero oyó una voz profunda y grave justo cuando iba a levantarse.

–¿Has traído guantes?

Rachel se giró hacia él con una sonrisa.

–No…

–Pero sí tienes *toffees* –comentó él.

–Eso sí –confirmó ella–. Puede morderlos.

–Será mejor que te vayas.

Rachel se levantó y se inclinó para susurrarle al oído.

–Si oyes gritos, soy yo.

Se marchó con discreción, aunque no fue nada discreta para Nikolai. Su melena pelirroja le había rozado la mejilla mientras le susurraba al oído y todavía podía oler su perfume. La observó y vio que se bajaba el vestido mientras se alejaba sobre esos tacones altísimos. Se dijo que sería un disparate tener una aventura con ella, aunque fuese de una noche. Las mujeres entraban y salían de su vida como si nada, pero Rachel estaba relacionada con las personas de su pasado y no necesitaba esa complicación.

Daniil, que había visto que su esposa se marchaba, dio por terminados los discursos y pronto empezaría el baile.

–Tengo que marcharme –le dijo Anya a Nikolai–. Puedes acompañarme afuera.

Él lo hizo y se alegró porque sabía que Sev querría hablar con él y estaba pensando en escaparse. Salieron y vieron a Rachel que sujetaba a Libby mientras Daniil hablaba por teléfono.

–Daniil está llamando al hospital –les explicó Rachel sin que nadie se lo pidiera–. Además, su chófer está en camino.

–Yo voy a llamar al mío –replicó Anya mientras sacaba su teléfono.

Rachel pensó que eran muy reservados, que la mayoría de las personas que conocía estarían tan alteradas como estaba ella. Daniil

estaba un poco pálido, pero no pasaba de ahí. Nikolai y Anya charlaban en ruso como si no hubiese una mujer muy embarazada y gimiendo al lado de ellos.

–Entonces, ¿piensas en aquellos tiempos? –le preguntó Anya.

–Hago todo lo posible para no pensar en ellos –contestó Nikolai–. ¿Por qué creyó Sev que me había muerto?

–Sacaron un cuerpo del río un par de días después de que desaparecieras. Habían encontrado tu bolsa con el barco de madera y el libro erótico…

Nikolai tragó saliva.

–Sev se quedó destrozado –reconoció Anya–. Se culpó a sí mismo.

–¿Por qué?

–Es lo que suele pasar cuando un íntimo amigo se tira a un río gélido en vez de decirte que le pasa algo.

Era una conversación dolorosa, pero no se lo parecía a alguien que lo observaba desde fuera. Rachel no podía creerse que Anya y Nikolai estuviesen charlando tranquilamente mientras Libby volvía a quejarse.

–Tienes unos amigos muy raros –comentó Rachel mientras le acariciaba la espalda a Libby.

–Lo sé.

Superada la contracción, Rachel y Libby se sonrieron mientras llegaba el coche de Anya y se despedía con la mano.

–Espero que todo vaya bien, Libby –dijo Anya mientras el chófer le abría la puerta.

Libby asintió con la cabeza, pero, cuando Anya se montó en el coche, su gesto se crispó, algo muy impropio de Libby, sobre todo, por lo que dijo después.

–Perra despiadada.

–¡Dios mío! –exclamó Rachel–. Vas a tenerlo ahora, ¿verdad? En una de las series que veo empiezan despotricando y… No acabó la frase cuando vio que Daniil hacía señas a su chófer, que estaba parado en un semáforo, para que se diese prisa. También vio que Nikolai volvía a entrar en el hotel.

–¡Nikolai! –le llamó ella–. Ven aquí.

Él se acercó.

–¿Cómo puedes marcharte? –le preguntó ella.

–Estoy seguro de que Libby prefiere…

–No se trata de lo que ella pueda preferir –le interrumpió Rachel–. Yo podría necesitar ayuda.

–¿Tienes que empujar? –le preguntó él a Libby sin inmutarse.

–No.

–Entonces, tienes mucho tiempo hasta que nazca el bebé –afirmó

Nikolai.

Se quedó tan tranquilo, como si estuviese un poco aburrido, hasta que llegó el chófer de Daniil.

–¿A qué distancia está el hospital? –preguntó él.

– A cinco minutos –contestó Libby–. ¡Sin tráfico!

Las calles estaban atascadas.

–Todo irá bien –aseguró Nikolai.

Daniil parecía pensar lo mismo y sacudió la cabeza cuando Rachel se ofreció a acompañarlos.

–No hace falta.

–¿Y si lo tiene por el camino? –preguntó Rachel molesta por el rechazo.

–¿Cuántos bebés has traído al mundo, Rachel? –le preguntó Daniil.

–Bueno… ninguno.

–¿Y tú, Nikolai?

–Dos –contestó él, que tuvo que contener una sonrisa por el gesto de fastidio de Rachel–. ¿Quieres que os acompañe?

–¡No! –gritó Libby.

–Me avisarás cuando lo haya tenido –le ordenó Rachel–. Me da igual la hora que sea.

–Claro.

Daniil le hizo un gesto con la cabeza antes de montarse en el coche con su esposa y miró a Nikolai mientras se alejaban.

–Le has quitado hierro a todo, ¿verdad? –le preguntó Rachel.

Entonces, recibió su sonrisa, su sonrisa de oreja a oreja. Fue como un maremoto inesperado. Era absolutamente bello y su sonrisa la recibió, por primera vez, en su espacio. Se quedó allí, a última hora de la tarde en medio de una calle bulliciosa, como si por fin estuviera a solas con él, y le devolvió la sonrisa.

–¿Cómo has podido traer dos bebés al mundo? –le preguntó Rachel acercándose un poco–. ¿Eres médico?

–No.

–¿Enfermero?

–¡No!

–Entonces, ¿cómo…?

–He trabajado en barcos. La madre del primer bebé era una polizón y no suelen avisar de que están embarazadas ni llevan un seguro sanitario.

–Dios mío… –efectivamente, estaba totalmente fascinada, pero quería saber más cosas–. ¡Cuéntamelo!

–La madre y su hijo están bien.

–¿Y la otra? ¿También era una polizón?

–No. Era una colega, pero no sabía que estaba embarazada, el bebé era diminuto.

–¿Sobrevivió?

–Sí.

Rachel quiso chasquear los dedos para que siguiera, pero él no le contó nada más. Nikolai podía notar su curiosidad y su impaciencia y volvió a dirigirle una sonrisa. Su boca era como un imán porque bastaba con que moviera un poco los labios para que ella se acercara más a él.

–Voy a averiguarlo –le advirtió ella.

–No –replicó él–. No vas a averiguar nada.

–Soy muy perseverante. No tienes más que verme.

–Estoy viéndote.

Era alta. Eso había sido un impedimento en su profesión, pero era un placer en ese momento porque, con tacones, estaba casi a la misma altura que sus ojos. Nikolai no se movió, y eran pocos los hombres que no se sentían algo intimidados cuando se ponía seductora. Él no se sentía intimidado ni mucho menos.

–Creo que ya habrá empezado la música –comentó ella.

–Seguramente –replicó él, aunque no se movió de donde estaba.

–¿Y no vas a sacarme a bailar?

Era una ligona y muy buena, pero se dio cuenta enseguida de que Nikolai de daba cien vueltas. Había esperado que él se encogiese de hombros, dijera que quizá o, incluso, que aceptara sacarla a bailar. Él, sin embargo, le contestó con una verdad.

–No tengo que sacarte –él le tomó las manos, las puso alrededor de su cuello y la agarró de las caderas–. ¿Verdad?

Estaban en la calle, junto a la alfombra roja que llevaba al hotel, y ella se contoneaba al ritmo de una música inexistente mientras él estaba quieto. Intentó acercarse más, pero él la sujetó para impedírselo y ella solo pudo mirarlo a los ojos. Él también la miró y ella no había conocido a nadie que mirara así. No era ni incómodo ni invasivo, sus ojos se contaban secretos.

La mirada de él le expresaba su deseo y la de ella le decía a Nikolai que podía besarla en ese momento… por favor.

Sin embargo, no la besó. Sus ojos le indicaron que tendría que esperar para conocer ese placer.

Ella acercó un poco la boca, pero él echó la cabeza hacia atrás. Notaba la calidez de sus manos a través del vestido, pero no era nada en comparación con lo que sentía entre las piernas. Quizá fuese preferible que no la besara porque, si su boca rozaba la de ella, podría arder en llamas.

–Deberíamos entrar –dijo él.

–¿Por qué? –preguntó Rachel, que prefería seguir fuera con él–. Ya no tengo que estar pendiente de ningún bebé.

–Tenemos que hablar.

–Creía que no querías hablar.

Normalmente, no quería. Sus labios estaban casi tocándose, pero él no quería solo sentir una boca, quería oír sus palabras.

–Quiero hablar de… quiero saber con quién va a casarse ese tal André.

Ella sonrió porque, él, aunque aparentaba indiferencia, había estado prestando atención.

–Eso no es justo –replicó ella–. ¿Por qué iba a hablarte de mí cuando no sé nada de ti?

–No soy justo –ella notó que se le aceleraba el corazón cuando la miró a los ojos y le expresó que él imponía sus propias reglas–. Vamos adentro.

–Va a haber mucho ruido ahí dentro –ella quería encontrar un sitio donde sentarse con él en vez de volver con ese gentío–. No es lo mejor para charlar.

–Nos apañaremos. Solo tenemos que acercarnos.

Capítulo 3

NIKOLAI la tomó de la mano y volvieron dentro del hotel. Les abrieron las puertas mientras entraban en el salón de baile. Efectivamente, había empezado la música y aunque existía el anhelo del contacto físico, también existía la necesidad de estar cerca en otro nivel.

Él no estaba acostumbrado a tener que saber algo de alguien. Normalmente, prefería un intercambio mínimo de información, pero la verdad era que Rachel lo intrigaba tanto como él le fascinaba a ella.

Rachel, mientras él la llevaba a un rincón oscuro, se preguntó por qué estaba pensando en contarle algo que intentaba no contarle ni a su mejor amiga. Quizá fuese porque él, al contrario que Libby, había captado que el asunto de la boda de André la incomodaba. No se lo reprochaba lo más mínimo a su amiga, quien, naturalmente, había estado pensando en otra cosa. Aun así, podía imaginarse su reacción cuando se enterara de que André iba a casarse con Shona.

No quería ni ver el desagrado de Libby. ¿Pasaría lo mismo con Nikolai? No lo sabía, pero sí le gustaría tener el punto de vista de otra persona.

Él llamó a un camarero y le pidió café, que les sirvieron con un trozo de tarta nupcial. A ella le gustó que él no le metiera prisa para hablar y, en vez de eso, la observó mientras retiraba el glaseado de la tarta para apartar el mazapán.

–¿No te gusta? –le preguntó Nikolai.

–No.

Ella, mientras él tomaba la masa amarillenta con los dedos, se preguntó si podría cambiar de opinión solo para que le llevara el mazapán a la boca. Era asombrosamente atractivo, y no solo por su belleza, sino por sus movimientos comedidos y por cómo levantaba la mirada para mirarla a los ojos. Nikolai le preguntó por ella en vez de preguntarle por André.

–¿Eres bailarina profesional?

–Sí –contestó ella–. Bueno, la verdad es que acabo de dejar la compañía. Los bailarines envejecemos muy mal…

–¿Cuántos años tienes?

–Diecinueve –ella se preguntó si él habría captado la broma, y la

sonrisa que esbozó le indicó que la había captado–. Tengo treinta y dos. ¿Y tú?

–Treinta y uno.

–Y no estás muerto.

–No.

–Me alegro mucho.

–Yo también –reconoció Nikolai con una sonrisa irónica.

–¿Te mantendrás en contacto con ellos? –le preguntó Rachel–. Ahora que…

–No lo creo –la interrumpió Nikolai–. Estoy aquí solo para pasar esta noche.

Ella quiso protestar, pero no era quién y, en realidad, sentía cierto alivio al saber que él habría desaparecido al día siguiente. Podría contarle su verdad sin tener que volver a verlo.

–Entonces, ¿por qué no estás deseosa de esa boda a la que vas a asistir?

Rachel tuvo que hacer una pausa. Su inglés, aunque era excelente, tenía algunos errores sintácticos y un acento mucho más fuerte que el de Sev y Daniil.

–No hace falta que me lo digas –añadió Nikolai al creer que su silencio era por incomodidad.

Sin embargo, Rachel sacudió la cabeza.

–No, no –ella sí quería decírselo–. Es un poco… desagradable.

–Adelante.

–El novio es un exnovio mío.

–De acuerdo.

–Y la novia es mi prima.

Ella esperó que él arqueara las cejas o que diera algún indicio de que le parecía de mal gusto, pero se limitó a mirarla impasible y eso le permitió seguir.

–Rompimos hace dos años y ellos se conocieron hace un par de meses. Mi tía Mary y mi prima Shona fueron a ver una representación en Singapur. Luego, fueron al camerino y los presenté.

–Entiendo.

–No –replicó Rachel–, no lo entiendes. Él es bailarín… salimos juntos de gira. Acabamos de volver de una gira muy larga por el Pacífico Sur…

–¿Todavía sientes algo por él?

–La verdad es que no –contestó Rachel–, pero de vez en cuando… –ella se encogió de hombros y él entendió que todavía se acostaban juntos–. Cuando estamos de gira y esas cosas.

Ella no sabía cómo explicarle lo que se sentía al ser una

desconocida en una ciudad distinta una y otra vez, que las horas que pasaba bailando y actuando significaban que estaba despierta mientras el resto del mundo estaba dormido.

–Es una soledad muy rara.

–Me lo imagino.

Le estimulaba que la entendiera sin juzgarla.

–Naturalmente, ya no lo haremos –le aclaró ella precipitadamente.

Él vio que se sonrojaba y supuso que había algo más que no estaba contándole, pero no insistió y le hizo otra pregunta.

–¿Sabe tu prima que habéis sido amantes?

–Sabe que salimos juntos. No me pareció necesario contarle mi vida sexual durante las presentaciones –Rachel resopló con tensión–. No me sale. Es posible que él tenga debilidad por las zanahorias desvaídas.

–No lo entiendo –replicó él frunciendo el ceño.

–Por las pelirrojas de piel muy blanca –le aclaró ella.

Él asintió con la cabeza al entenderlo y, por algún motivo, ella sonrió.

–De repente, yo tengo debilidad por las pelirrojas de piel muy blanca –comentó Nikolai.

–Entonces, ¡deberías conocer a mi prima!

Los dos sonrieron. Era inusitado que pudiera bromear con algo tan delicado para ella.

–¿Por qué rompisteis? –le preguntó él.

Ella dejó de sonreír y entrecerró los ojos como si pensara si debía decírselo.

–Me engañó.

–¿Y qué excusa te dio él para haberlo hecho?

–Al parecer, soy fría.

–Yo discreparía.

–No soy muy cariñosa.

–Yo tampoco.

Ella volvió a sonreír porque él restaba importancia a sus defectos y le contó algo más.

–Él dijo que no íbamos a llegar a ninguna parte, que yo no quería irme a vivir con él, y era verdad. Dejé claro que no quería sentar la cabeza o tener hijos y esas cosas.

Rachel no le explicó el motivo.

–Yo diría que eso es sinceridad.

A ella le gustó que él no le pidiera que justificase sus motivos y siguió contándole más cosas.

–Bueno, dijo que yo solo quería sexo con él y que se sentía

utilizado.

–Pobrecito…

Él también sonrió, pero sus bocas estaban tan cerca que ella notó un cosquilleo en los labios.

–Toda la situación, la idea de asistir a su boda, me parece incómoda.

–No tiene por qué serlo. Sencillamente, no vayas.

–Se espera que vaya. Si no voy, se convertirá en un problema.

–Pero ya es un problema para ti.

Él lo dijo en un tono sereno, pero la alteró un poco porque, efectivamente, era un problema para ella, pero ¿cómo podía evitarlo? ¿Cómo podía negarse a su familia? ¿Cómo podía organizar un jaleo?

–¿Dimitiste por él?

–No dimití –replicó ella–. Tenía que renovar el contrato y quizá hubiese podido prorrogarlo un año o dos… –entonces, decidió ser sincera–. Sí, fue parte del motivo. Bailar era siempre como una vía de escape…

–¿De qué?

Decidió no contestar. Era fácil hablar con Nikolai, pero ella había aprendido que no debía decir ciertas cosas, aunque lo había intentado algunas veces…

–No me gusta, mamá. Él…

–Él te paga las lecciones de danza –la había interrumpido Evie cuando ella le había pedido que interviniera.

Su madre se había negado a hacerle caso. Bailar había sido una vía de escape, una forma de escapar de su familia, un billete al paraíso… y ella había pagado el precio con creces.

Nikolai no insistió. No porque no le interesase la respuesta, sino porque podía ver por el rabillo del ojo que Sev estaba acercándose. Estuvo tentado de evitarlo, pero se levantó y estrechó la mano de su amigo de la infancia.

–¿Puede saberse…? –dijo Sev en ruso.

–Me alegro de verte –contestó Nikolai en inglés para dejar claro que no iban a tener una conversación privada en ese momento.

–¿Qué tal… has estado? –le preguntó Sev.

–Estoy bien. Además, esta noche no tienes que ocuparte de mí. Ya se están ocupando muy bien…

Nikolai señaló a Rachel.

–¿Cuándo podremos hablar? –le preguntó Sev.

–Ya estamos haciéndolo.

Ella intentaba no escuchar, pero oyó la respuesta evasiva de Nikolai. Él no decía nada de sí mismo, ni siquiera a su amigo de la

infancia. En realidad, daba la impresión de que podía marcharse en cualquier momento. Rachel se dio cuenta de que ya lo había hecho, de que había intentado desaparecer entre la multitud después de la boda. La intrigaba muchísimo y, cuando la madre de la novia llamó a Sev para presentarle a un familiar, ella casi pudo sentir el suspiro de alivio de Nikolai.

–Tienes que seguir –le dijo Nikolai a Sev–. Esta noche estás muy solicitado.

–Hablaremos más tarde –replicó Sev.

Nikolai no dijo nada, asintió levemente con la cabeza y volvió a sentarse al lado de Rachel.

–¿Estabais muy unidos? –le preguntó ella.

–Sí.

–Pero ya no lo estáis.

–No lo he visto desde hace mucho tiempo.

–¿Qué haces? –le preguntó Rachel–. De trabajo.

–Yo…

Ella le había hablado de sí misma. No dijo nada de la flota de yates y barcos que tenía, no dijo nada de los lujosos bares de vodka que tenía por todo el mundo con su nombre, pero sí dejó que entreviera un poco su vida.

–Trabajo en un rompehielos un par de meses al año.

–¿En un rompehielos?

–Son barcos muy grandes que rompen el hielo y despejan las rutas comerciales después del invierno.

–¿Es solitario?

–En absoluto –contestó Nikolai sacudiendo la cabeza.

–¿Y qué haces el resto del año?

–Hago lo que me apetece.

Eso no era verdad del todo. Su imperio naval y todos sus intereses empresariales le ocupaban casi todo el tiempo, pero lo que había dicho tampoco era mentira porque le apetecía trabajar mucho todos y cada uno de los días, estuviera donde estuviese.

–Es mi sueño…

Rachel suspiró y Nikolai frunció el ceño.

–¿Te gustaría trabajar en un rompehielos?

–¡No! –ella se rio, pero se puso seria enseguida–. Me gustaría trabajar mucho parte del tiempo y hacer lo que me apetece el resto. Estoy pensando…

Rachel se calló. No le había contado a nadie sus planes, ni siquiera a Libby, quien había insistido machaconamente para que se los contara.

–¿Qué estás pensando?

Nikolai vio que ella entrecerraba sus penetrantes ojos verdes como si estuviese pensando si contestar o no. Rachel se recordó que él habría desaparecido al día siguiente. Le gustaba el punto de vista de él y sus reacciones moderadas y contó, por primera vez en su vida, sus planes a otra persona, aunque no estaban muy definidos.

–No quiero atarme. Ya sé que he viajado mucho y todas esas cosas, pero he estado muy entregada a la danza… –era difícil explicarlo–. Es lo único que he querido hacer desde que tenía cinco años. Ahora, me gusta la idea de hacer otras cosas…

–¿Por ejemplo?

–Me gusta escribir sobre la danza –reconoció ella poniéndose roja como un tomate, aunque Nikolai no se inmutó y siguió escuchándola–. Me gusta comprobar que la misma representación cambia todas las noches, las distintas interpretaciones. He ahorrado mucho y me pregunto si podría vagar, viajar y ver mucho ballet.

–¿Sin tener que bailar?

–Sí.

–Podrías publicar tus críticas.

Él captó que ella susurraba algo como si ese fuese su sueño, pero ella solo podía ver los inconvenientes.

–Es lo que me gustaría hacer, pero ¿quién iba a leerlas?

–Anya las leería –contestó Nikolai con una sonrisa de satisfacción.

–He creado un blog –reconoció ella–. Todavía no he hecho nada con él, pero había pensado que la gente podría suscribirse algún día o que, si hubiese enlaces… Seguramente, es una idea absurda.

–No tiene nada de absurda –replicó Nikolai–. Tú conoces el ballet mejor que la mayoría de los críticos –él lo pensó un rato–. Hoy en día, hay muchas formas de ganarse la vida. Hasta hace muy poco, nadie habría soñado con el éxito de Sev en seguridad cibernética. Quizá pudieras hablar con él, quizá pudiera darte algunas ideas.

Rachel se rio solo de pensarlo.

–Creo que él se dedica a la pesca de altura y yo no soy ni un renacuajo…

–Sev sabe cómo se hacen estas cosas. Estoy seguro de que te ayudaría.

–¿Se lo pedirías?

–Es la noche de su boda.

–No en este momento –replicó Rachel–. En otro momento.

–Creo que tienes que hablar con Libby sobre eso.

Él estaba diciéndole otra vez que no iba a quedarse cerca.

–Tengo que pensarlo. No tengo prisa –comentó Rachel.

–Algunas veces, es mejor darse prisa. Si no, podemos encontrarnos en el mismo sitio convencidos de que no tenemos más remedio que quedarnos donde estamos.

–Supongo.

Rachel miró a Sev e intentó imaginarse que le pedía a Libby que intercediera para que él hablara con ella. En realidad, intentó imaginarse que le pedía a alguien que la ayudara. Era muy independiente en todo lo que hacía y se había acostumbrado a no depender de nadie, había comprobado lo doloroso que era que la defraudaran.

–Vamos –dijo Nikolai mientras se levantaba.

Efectivamente, él no tenía que preguntarle nada para sacarla a bailar. Le tomó la mano y ella sintió la calidez de sus dedos mientras la llevaba a la pista de baile. Una vez allí, le rodeó el cuello con las manos y él la agarró de la cintura, pero la estrechó contra sí en vez de mantenerla a cierta distancia. Su cuerpo era fuerte y musculoso y no estaba acostumbrada a que la abrazaran así, porque ella no tenía que hacer nada. Tenía su mentón en la mejilla y acercó la boca a su oreja.

–¿Puedes oírme? –le preguntó él.

–No.

Rachel mintió porque su voz grave le hacía cosquillas en la oreja y su aliento era cálido, pero él sonrió y la abrazó con más fuerza.

–¿Puedes oírme ahora?

–Un poco.

Nikolai la estrechó un poco más contra sí mismo. Rachel pensó que era delicioso bailar con él. Tenía una presencia serena, la abrazaba con cierta seguridad en sí mismo y no hacía falta que hablasen, se limitaban a moverse y a sentir que se despertaba el deseo con la certeza de que esa noche acabarían en la cama. Pensó que era Rachel la mala, aunque no se sentía mala entre sus brazos. Siempre había sido fiel a André, aunque su relación había sido esporádica. No se le daban bien las relaciones, pero el final de esa le había dolido. Mejor dicho, la noticia de su matrimonio le había dado pánico, el mundo de la danza y su familia estaban a punto de colisionar.

La danza era su vía de escape, era donde podía ser provocativa y sexy sin que la juzgaran. Así se sentía en brazos de Nikolai, sin que la juzgaran. Su colonia parecía hecha pensando en ella, su olor complejo hacía que quisiera poner la cara en su cuello y acariciarle la oreja con la boca.

–Bailas bien –comentó ella apartando la cara.

–Es imposible no hacerlo con una buena pareja.

Efectivamente, estaban hablando de lo que se avecinaba. Bailaron

y para él era un refugio. Podía notar que Sev lo miraba de vez en cuando. Evidentemente, quería tener una conversación, pero esa noche no iba a ser posible.

–Ya sabes que no puedo perderte de vista –comentó Rachel con una sonrisa.

–Eso he oído.

Nunca había sido tan delicioso bailar con alguien. Se movía con ella y los labios anhelaban encontrarse. Era como si solo estuviesen ellos dos y, entonces, sintió la absoluta necesidad de que fuese así.

–¿Dónde vas a pasar la noche? –le preguntó Rachel.

–Todavía no he reservado en ningún sitio.

Había pensado en llevarla a su yate, pero eso significaría darle toda una información sobre él que no quería darle.

–Entonces, es una suerte que tenga una suite –comentó ella.

Nikolai pensó que era atrevida y eso le gustaba. No se hacía la remilgada ni se andaba con artimañas.

–Deseo tu boca.

Él ya no tenía palabras y quería paladearla.

–Lo sé –reconoció Rachel.

Sin embargo, no podían besarse allí porque los dos sabían que no podrían parar. Ella acercó la boca a su oreja y le dijo el número de su habitación. Lo dijo sin poder respirar porque sus manos fueron subiendo por su cuerpo y se detuvieron justo debajo de donde ella quería que se posaran. Sus pechos anhelaban que los acariciara, las palmas de sus manos eran cálidas y tenían una mezcla embriagadora de firmeza y delicadeza.

–Ve –le dijo él.

Ella, sin embargo, no fue porque su boca encontró la de ella y la besó con un beso leve y prolongado. El potente sabor hizo que se pasara la lengua por los labios cuando él retiró la boca.

–Ve –repitió él al sentir que a ella le abrasaba el cuerpo.

Él la observó mientras se alejaba y se bajaba el vestido por los muslos. Ella abrió el bolso y comprobó el teléfono. Él observó que la melena le caía hacia delante y, entonces, ella lo miró como si quisiera cerciorarse de que iba a seguirla. Se miraron a los ojos mientras ella volvía a alejarse y él, después de un momento prudencial, se marcharía también.

Había visto a su amigo casarse, había ido a la recepción y ya podía marcharse. Sin embargo, el novio no opinaba lo mismo y lo alcanzó cuando se dirigía hacia la puerta.

–¿Te marchas? –le preguntó Sev.

–Sí –contestó Nikolai–. Me alegro de haberte visto otra vez y de

saber que eres feliz.

–Nikolai, ¿cuándo podremos hablar? Mañana por la mañana me voy de luna de miel, pero…

–Mañana o pasado mañana me voy al extranjero.

Nikolai esperó que eso zanjara el asunto. No podía soportar la idea de un interrogatorio, pero, al parecer, Sev no estaba dispuesto a perder a su amigo otra vez.

–Entonces, retrasaré la luna de miel y nos veremos mañana.

–No puedes hacerle eso a la novia.

Sin embargo, Nikolai se puso rígido cuando Sev hizo un gesto a Naomi para que se acercara.

–Naomi, Nikolai tiene que marcharse al extranjero hoy o mañana.

–Entonces, podemos posponer la luna de miel. Tenéis que deciros muchas cosas. Sé lo importante que es –añadió Naomi sonriendo a Nikolai.

Él no le devolvió la sonrisa.

–Nikolai –intervino Sev–, no te he buscado porque creía que estabas muerto. Si lo hubiese sabido…

–¿Cuándo volvéis de la luna de miel? –le interrumpió Nikolai.

Él no quería estropear la noche, no quería hablar de aquellos tiempos con Naomi delante.

–Dentro de dos semanas –contestó Sev.

–Me quedaré hasta entonces.

–¿De verdad?

Nikolai asintió con la cabeza y Sev le estrechó la mano.

–Estará bien que nos pongamos al día –comentó Sev.

Nikolai lo dudaba. En ese momento, Sev podía mirarlo a los ojos sin bochorno ni titubeos. No creía que fuese a pasar lo mismo cuando Sev averiguara más cosas de su pasado. Sin embargo, le dio su palabra de que no desaparecería. Incluso, le dio el número de su móvil.

–Se lo daré a Daniil –dijo Sev.

Estaban en contacto otra vez.

Nikolai les dio la enhorabuena otra vez y salió del salón de baile. Miró el ascensor y decidió no subir a la suite de Rachel. Todo estaba encajando y empezaba a oprimirlo. Sintió la tentación de marcharse sin más. Incluso, pensó en tirar el teléfono al Támesis para cortar cualquier contacto y que no supieran lo que había pasado.

Sin embargo, mientras salía del hotel y recorría la alfombra roja, se acordó de haber estado allí con Rachel bailando al ritmo de una música inexistente. Se pasó la lengua por los labios, se acordó del sabor de sus labios y de su pintalabios y pensó en su sonrisa y en el hueco que tenía entre los dientes. Su presencia había conseguido que

un día muy complicado se hubiese convertido en un día muy agradable desde que compartió con ella el programa de la boda hasta que se empeñó en que la acompañara a la recepción y cambió los sitios de la mesa. Pensó en que estaría esperándolo y en su deseo y no pensó en las consecuencias. Solo pensó en Rachel mientras entraba otra vez en el hotel.

Capítulo 4

ESTABA tardando un siglo.

Encendió todas las luces y tenía motivos, le aterraba la oscuridad, aunque nadie lo sabía. Dejaría la puerta del dormitorio abierta, si él apagaba la luz de la mesilla, quizá no se levantara para apagar la luz de la sala. No podía dormir y le obligaría a quedarse despierta. No era de extrañar que sus relaciones no duraran, pero tampoco había tenido la bastante confianza con nadie como para decirle que le daba miedo la oscuridad, y mucho menos todo lo demás que le había pasado en la vida. Ni siquiera a Libby.

Oyó pasos en el pasillo y no esperó a que llamara a la puerta. La abrió con una sonrisa y sintió un alivio de vértigo cuando él entró.

A él le gustó que no le ofreciera una bebida ni entablara una conversación trivial, que se limitara a rodearle el cuello con las manos.

–Has sido una sorpresa muy inesperada.

–Tú también –reconoció él.

Era verdad. Si hubiese sabido que iban a reconocerlo y que todo el mundo iba a fijarse en él, no habría ido. En cuanto a quedarse a la recepción, no se le habría pasado por la cabeza de no haber sido por Rachel. El día no había salido como lo había planeado, ni muchísimo menos, pero había salido mejor gracias a que había tenido a Rachel cerca.

En ese momento, ella le deshizo el nudo de la corbata y él notó que se deslizaba alrededor de su cuello mientras se la quitaba. Él le miró la boca y se la besó como había querido besarla en la pista de baile. Le tomó la boca con la lengua ardiente y avasalladora, fue un beso que hizo que ella gimiera en su boca y que se estrechara contra él. Bajó las manos por su vestido de terciopelo hasta que encontró el trasero terso y le clavó los dedos.

Ella notaba la presión de sus manos y anheló que la levantara. Nikolai pensó que ella besaba con las entrañas, como hacía él normalmente.

Había visto durante toda la tarde y la noche que ella se bajaba el vestido y, en ese momento, él se lo levantó. Ella se estrechó más contra él y gimió en su boca. Él le bajó las bragas y ella se las quitó

antes de introducir una mano en su chaqueta.

Directo al sexo. Eso era lo que a él le gustaba normalmente, pero, aun así, quería deleitarse más con esa boca, quería ver y sentir el cuerpo que lo había tenido en ascuas toda la tarde. Por eso, en vez de besarla con más ardor, en vez de quitarle el vestido o levantarla, se quitó la chaqueta y la besó más despacio. Le rodeó las mejillas con las manos y le tomó la boca una y otra vez con leves mordiscos sensuales, le pasaba la lengua y luego apartaba los labios para acariciarle la cara. Era el beso más íntimo que ella se había dado con nadie y él se negaba a darse prisa.

La besó en la mejilla y empezó a bajar la boca por el cuello, donde siguió con la misma provocación; sentía la humedad de su lengua y él apartaba la boca para pasar a otro trozo de piel. Rachel pensó que ya deberían haber terminado casi, que debería tener las piernas alrededor de él con la espalda contra la pared. Él, sin embargo, exigía algo más y ella, por un momento, sucumbió. Echó la cabeza hacia atrás, solo para que pudiera llegar mejor a su boca, y él le introdujo una mano entre el pelo. Ella cerró los ojos y él le pasó la lengua por ese punto palpitante del cuello. Luego, apartó la cabeza y la miró a los ojos sin dejar de sujetarle la cabeza con la mano. Ella estuvo a punto de doblarse por la mitad por el deseo que vio en su mirada. Él retiró la mano y la cabeza se le cayó un poco hacia atrás, pero él, sin decir nada, la llevó de la sala al dormitorio.

Le temblaban las piernas, se sentía como si fuese la primera vez que se ponía tacones. Tenía la boca y el cuello húmedos. Fue a desvestirse, pero él no le dejó y la besó mientras la tumbaba en la cama. Sin embargo, Rachel siempre hacía las cosas a su manera. Le espantaba la idea de tener a un hombre encima, así que salió de debajo de él y se arrodilló. Nikolai se apoyó en las almohadas sin prisa. Ella fue a desvestirse, pero él la detuvo con tres palabras.

–Yo te desvestiré.

Rachel no estaba acostumbrada a esa demora y se quedó un poco titubeante mientras él se quitaba la camisa y le mostraba el torso. Luego, se quitó los zapatos y los calcetines y ella se quedó sin aliento cuando se desabrochó el cinturón y se bajó la cremallera… y nada más.

–Ven –dijo él mientras se sentaba.

Ella supo por su mirada que la besaría otra vez… y quería que la besara otra vez. Se sentó en sus rodillas con la cabeza por encima de la de él. Él le levantó el vestido y la colocó de tal manera que podía notar su erección en el sexo desnudo. Volvió a besarle y lamerle el cuello, pero esa vez era ella quien le sujetaba la cabeza con las manos

entre su tupido pelo y se dejaba llevar por el placer mientras su sexo anhelaba que lo colmaran.

Nikolai se incorporó un poco hasta que apoyó la cabeza en el cabecero con las almohadas debajo de los hombros. Entonces, ella quiso más besos lentos y su boca los buscó. Él le devolvió los besos sin prisa mientras ella movía el cuerpo provocativamente encima del de él. Le tomó la lengua, se la succionó y le acarició el exterior de los muslos mientras la besaba profundamente. En ese momento, tenía que paladearlo, y no solo su boca. Nikolai tenía la camisa abierta y le acarició con calma el pecho y los brazos. Se deleitó con el contacto de su piel y la paladeó. Era salada, deliciosa, lo complació despacio, le daba leves mordiscos y le succionaba los pezones. Él gimió cuando empezó a bajar y ella supo que estaba haciendo un esfuerzo para ser paciente. Su erección era enorme y le bajó lentamente las prendas inferiores. Era dura y cálida y casi no podía abarcarla.

Él fue a apartarle la mano porque no soportaba que lo tocaran así… normalmente. Sin embargo, observó esa mano blanca que había sujetado el programa de la boda, los dedos finos, las uñas de color coral… farfulló algo en ruso, pero no era una orden para que parara.

Observó que se le humedecían las manos mientras lo arrastraba hacia el clímax. Ella podía notar sus ojos clavados en la mano y los dos observaban lo que hacía. Entonces, se paró, se pasó la lengua por los labios y fue a bajar la cabeza. Quería paladearlo, pero también era lo bastante egoísta como para querer tenerlo dentro y cambió de opinión.

–Provocadora…

–¿De verdad?

Ella sonrió y él hizo lo mismo. Ninguno de los dos solía sonreír en esa situación, pero esa noche sonrieron.

Ella fue a desvestirse otra vez, quería estar desnuda con él, pero él sacudió la cabeza y repitió lo que le había dicho antes.

–Yo te desvestiré.

–Entonces, desvísteme.

Ella lo dijo como una súplica, pero él no hizo caso y ella se mordió el labio inferior mientras él se ponía un preservativo.

–Ven aquí.

La colocó encima de él, pero incluso en ese momento lo hizo sin prisa. Él vio el ardor de su sexo. Ardía con un brillo más deslumbrante que su pelo y ella se estremeció cuando la acarició e introdujo los dedos. Entonces, la bajó y ella dejó escapar un gemido mientras iba llenándola. La abrazó y siguió besándola cuando empezó a moverse.

La deslumbraba con sus gemidos de placer en vez de exigirle que

fuese más despacio, cuando, entre beso y beso, bajaba la cabeza para mirar y dejaba escapar otro gemido. Ella se incorporó, apoyó las manos en su pecho y se movió más deprisa. Ella siempre llevaba las riendas en la cama. Sin embargo, no era un «pobre tipo» que no podía sobrellevar eso. Ella lo utilizaba y él se dejaba, pero podía ser paciente cuando lo permitía.

Rachel decidió que él era apasionante. Miró abajo, pero no a sus ojos. Le encantaba ver su torso y sus manos que le agarraban el trasero, pero no la dirigían. Ella sabía que él estaba mirando, cerró los ojos, separó los labios y supo, por los sonidos que hacía, que él estaba a punto de llegar al clímax. Entonces, tomó el control y le movió el trasero a un ritmo más lento mientras se besaban. Los muslos empezaron a temblarle, sintió esa descarga eléctrica en la espina dorsal que ya conocía muy bien y llegó al clímax con un sollozo.

Nikolai sintió que sus músculos más íntimos se contraían alrededor de él y que ella se estremecía. La movió más despacio todavía sobre su miembro hasta que se apaciguó.

Ella, sin respiración, se arrodilló, apoyó la frente en la frente de él y esperó la punzada de remordimiento. Tardó un momento en darse cuenta de que él no había llegado al clímax. Lo miró un instante a los ojos y sintió un ligero arrebato de pánico cuando él le quitó el vestido por encima de la cabeza y se encontró a oscuras.

Seguía reponiéndose del orgasmo mientras él le quitaba el sujetador y le daba la vuelta para ponerla de espaldas. Sin embargo, se resistió cuando él fue a colocarse encima. Nikolai captó la ligera oposición y se tumbó a su lado. Ella no lo miró, se quedó mirando al techo. Notaba que él estaba excitado y que planeaba cómo tomarla. Ella no quería seguir, aunque el cuerpo le palpitaba solo de pensarlo. Nikolai se pasó sus piernas por encima de los muslos, entró y la tomó con él de costado. Nunca lo había hecho así. Estaba de espaldas, pero no estaba debajo de él, estaba expuesta a sus manos. Una mano le acariciaba los pechos y el abdomen mientras la tomaba y la otra estaba en el cuello, entre el pelo, mientras le besaba la oreja. Empezó a arquearse, pero la mano que tenía en el abdomen la bajaba mientras entraba en ella. Era una maravilla que la tomara sin aplastarla, que la besara y acariciara tan implacablemente. Un dedo le tanteó el clítoris y Nikolai se movió más deprisa. Dijo algo en ruso, aceleró el ritmo y ella se estremeció de pies a cabeza. Una mano le separó más los muslos para entrar en ella más profundamente, pero la boca, a un lado de su cuello, era delicada y sensual.

–Esto… –empezó a decir ella, aunque no tenía sentido.

Se arqueaba y sentía esa deliciosa plenitud dentro de ella. Volvió a

gritar ante la proximidad del clímax, pero esa vez le llegaba de muy adentro. Era tan profundo que bajó la mano para protegerse de la embestida, pero Nikolai no le dio respiro y acometió una y otra vez con la cabeza contra la de ella, con la mano sobre la de ella, hasta que se quedaron tumbados con la respiración entrecortada. Sin embargo, lo que más la desconcertó fue que la besó mientras descendía de una altura donde no había estado nunca. Ella captó un cariño que no había sentido nunca y, por un instante, vislumbró algo más; una pareja en la cama, saciados, con la respiración entrecortada y sin vergüenza.

Entonces, sintió un poco de frío y Nikolai los tapó con la sábana. Luego, llegó la parte que ella temía. Nikolai apagó la luz de su mesilla y se estiró por encima de ella para apagar la otra.

–Déjala encendida –dijo Rachel.

–Da demasiada luz.

Su réplica no fue desdeñosa, fue natural, normal y adulta. Apagó la lámpara y la habitación quedó a oscuras, menos por la luz que llegaba de la sala.

Ella no sabía cómo contarle que le aterraba la oscuridad. Eso solo llevaría a más preguntas y ¿cómo iba a decirle que no se atrevía a quedarse dormida con un hombre al lado? Notaba que la acariciaba con delicadeza, pero, si hacía lo mismo cuando estaba dormida, podría despertarse sobresaltada y dando gritos. Sin embargo, lo más raro de todo era que, por primera vez en su vida, le parecía que casi podía contárselo. Era una persona muy serena y segura de sí misma y, además, ella sabía algo de su pasado. Aun así, esa noche no se trataba de eso. Él ya le había dicho que pronto seguiría su camino. Era más fácil fingir que estaba dormida y pasar así la noche. Podía notar que Nikolai estaba despierto a su lado.

Se habían quedado saciados y agotados y ella tenía que hacer un esfuerzo para no cerrar los ojos y dejarse llevar por el sueño que la arrastraba.

Él notaba que ella estaba despierta, se levantó y fue a la sala. Estaba a punto de apagar la luz cuando vio su chaqueta tirada en el suelo. La etiqueta de los grandes almacenes parecía burlarse de él y se acordó de los planes que había hecho para pasar desapercibido en la boda. Sin embargo, había prometido a Sev que se quedaría hasta que volviera de la luna de miel. Sabía que empezarían las preguntas y que la verdad se sabría pronto. El pasado lo había alcanzado y él quería que volviera a donde tenía que estar.

Entonces, cayó en la cuenta de otra cosa; ella también lo sabría. Esa tarde y esa noche habían sido increíbles y todo se estropearía cuando ella descubriera la verdad. Jamás había tenido que pasar por

algo así; una amante que lo supiera… y menuda amante. Bastante doloroso sería contárselo a sus amigos, ver la repugnancia reflejada en sus ojos y tener que contestar a preguntas complicadas, pero Rachel…

Yuri diría que estaba eludiendo, ocultando las cosas y que Nikolai no era así. Sin embargo, a las cuatro de la mañana, fue al dormitorio, recogió la ropa del suelo y se vistió.

–Rachel…

No lo dijo en el tono templado que solía emplear y tuvo que aclararse la garganta, pero estaba seguro de que ella estaba fingiendo que estaba dormida. No repitió su nombre, se limitó a recoger sus cosas y se marchó. Una vez fuera, estuvo tentado de llamar a la puerta para decirle… ¿qué? ¿Que se había blindado para que no pudiera acceder a él o…? No, prefería que pensara que era un malnacido a que supiera la verdad. Salió a las calles de Londres. Había creído que ya había dejado atrás su pasado hacía mucho tiempo. Sin embargo, al parecer, se había equivocado.

Capítulo 5

RACHEL oyó que se marchaba y cerraba la puerta, se puso de lado y encendió la lámpara de la mesilla.

¡Malnacido!

Se tumbó de espaldas y se dijo que no debería haber esperado nada más de él. Al fin y al cabo, solo había sido sexo. Aun así, cuando la agarró de las caderas para bajar el ritmo, cuando se miraron a los ojos en silencio, ella había sentido una conexión. Había sido la primera vez que, casi, había confiado su cuerpo a otro. Se había entregado a él y había vislumbrado lo que se sentía al dejarse llevar, al relajarse entre los brazos de otro.

En ese momento, se sentía vacía y avergonzada de sí misma.

Intentó no torturarse, se dijo que no había estado con nadie durante años, aparte de André, pero la desaparición silenciosa de Nikolai degradaba lo que había pasado.

Se durmió intranquila hasta que oyó un pitido del teléfono, se despertó y leyó el mensaje: *¡Una niña!*

También había una foto y miró la carita roja que asomaba entre una manta blanca.

¡Es preciosa! ¡Enhorabuena! ¿Tiene nombre?

Rachel escribió el mensaje y esperó la contestación.

Todavía no.

Mientras escribía otro mensaje para decirle que iría esa tarde, en horario de visitas, se dio cuenta de que estaba llorando. Se dijo a sí misma que eran lágrimas de felicidad, pero no era lo que sentía. Estaba feliz por su amiga y porque el bebé había llegado bien, pero estar sola en esa enorme cama y echar de menos a un hombre al que acababa de conocer ilustraba el embrollo que era su vida. Era un embrollo descomunal y no podía eludirlo.

Acababa de dejar su carrera profesional sin pensar gran cosa en su porvenir y había tenido una aventura de una noche con un hombre que, literalmente, iba y venía.

Una vez fue a ver a un psicólogo para intentar aclarar su sombrío pasado y no le gustó lo que oyó, que las mujeres con historias parecidas a la suya solían reaccionar de dos maneras, o desconfiaban de los hombres o eran promiscuas. Esa mañana se sentía como si

hubiese conseguido las dos cosas.

Por eso, en vez de aprovechar la posibilidad de dejar tarde la habitación y quedarse desayunando en la cama, se metió la melena dentro de una gorra. Seguía derramando las lágrimas que había empezado a derramar. Hacía muchísimo tiempo que no lloraba y siempre lo había hecho en privado. Ni siquiera dejó de llorar mientras se vestía y hacía la bolsa de viaje. Entonces, mientras repasaba la habitación por última vez, vio sus gafas de sol debajo de la silla donde había dejado su chaqueta. Eran una bendición porque podría cubrirse los ojos mientras pasaba por recepción para dejar la habitación, pero las lágrimas seguían cayendo por debajo de ellas.

¡Maldito Nikolai!

¿Por qué había tenido que besarla de esa manera? ¿Por qué había tenido que mirarla a los ojos y pedirle más de lo que solía dar? Entró en el metro para volver a casa y pensó que era como si hubiesen quitado el tapón de sus sentimientos. Era como si esa noche se hubiesen desbordado todos los sentimientos que había ocultado cuidadosamente. Además, no era solo él, se dijo mientras entraba en su casa. Era su carrera profesional, la boda de su prima y la maternidad de Libby, algo que nunca conocería ella. Si no podía mantener una relación, menos podría criar a un hijo. Además, ¿acaso no eran los hijos quienes tenían miedo de la oscuridad? No eran sus madres.

Su casa no fue mucho consuelo. En una época, había soñado con los domingos indolentes, cuando no tenía ensayos o clases. Había sido el día en que su cuerpo podía reponerse de los rigores de la semana, un día en que podía quedarse en la cama y recuperar algo de sueño.

Ese domingo, sin embargo, lo pasó intentando aliviar los párpados hinchados con bolsas de té y, más tarde, preparándose para ir a visitar a Libby. Tenía que prepararse para ser la Rachel chispeante de siempre.

Se tapó las pecas con ese cosmético increíble, aunque no le sirvió de gran cosa con la punta de la nariz roja. Hizo lo que pudo para aclararse los ojos irritados y se aplicó una dosis doble de pintalabios de color coral. Su puso su vestido favorito, uno verde y cruzado, y unos zapatos de tacón para darse seguridad en sí misma. Se miró al espejo, forzó una sonrisa y vio la espantosa separación de los dientes. Al día siguiente pediría una cita para hacerse un aparato. Entonces, se acordó de que Nikolai le había dicho que por qué iba a estropear una boca tan impresionante. También se acordó del largo y lento coqueteo, de lo fácil que había sido hablar con él, que ella le había contado su idea del blog y que él, en vez de reírse, le había dado más ideas.

Deseó, deseó con toda su alma, que él no hubiese sido tan bueno.

Pasó por la tienda de regalos del hospital y compró un ramo de flores muy grande y un globo rosa. Esa semana compraría un buen regalo para el bebé, pero, en ese momento, recorrió los pasillos del hospital privado hacia el ala de maternidad. Se quedó rígida cuando vio a André hablando con la recepcionista. Él se dio la vuelta, la vio acercarse y sacudió la cabeza.

–Libby no recibe visitas.

–¿Cómo? –exclamó Rachel–. ¿Pasa algo?

–Creo que todo está bien –contestó la recepcionista–. Es que tengo instrucciones de que no la molesten.

Rachel se quedó pensando en si debería explicarle que eran amigas íntimas, pero no estaba segura de que fuese a servir de algo. Entonces, miró hacia el pasillo, vio a algunos de sus compañeros acercándose y entendió que estuviesen prohibidas las visitas. ¡Pobre Libby! Era domingo y todos los bailarines que conocía irían a visitarla.

–¿Podría entregarle esto? –le pidió Rachel dándole el ramo de flores.

–Claro.

Se dio la vuelta para marcharse, pero André la llamó.

–¡Rachel, espera!

Ella deseó poder llevar puesto un cartel de *No molestar*, pero se detuvo, evitó poner los hombros rígidos y esbozó una sonrisa forzada antes de darse la vuelta.

–Acabo de oír la noticia de que has dejado la compañía –André se acercó a ella–. Estoy atónito, todos lo estamos. No diste ningún indicio…

–¿Cuándo podría haberlo dado, André? –preguntó ella–. ¿Durante una de nuestras conversaciones profundas y sinceras? Ah, es verdad, no tuvimos ninguna.

–Estás molesta por Shona…

–No.

Sí lo estaba, pero no por los motivos que él se imaginaba. André había mezclado sus mundos y ella detestaba que lo hubiese hecho.

–Lo estás –insistió él–. Nunca me imaginé que fueses celosa…

–No soy celosa, André –replicó ella en tono tajante–, pero… ¿mi prima? ¿No te parece un poco excesivo?

–¡Por el amor de Dios! Estás siendo absurda.

Ella no pensaba quedarse a discutirlo, pero la verdad era que le espantaba la idea de que fuese a casarse con su prima. Tendría que verlo, a su examante, en cada reunión familiar, en cada boda o en cada bautizo. Le enfurecía que a él no le pareciera un problema. Le

enfurecía tanto que se marchó y lo dejó para que se reuniera con el resto de la compañía, de la que había sido su compañía. Ya no formaba parte de ese mundo, ya se lo había contado a Libby, ya era algo sabido y ella empezaba a asimilar que su carrera en el mundo de la danza, tal y como lo había conocido, había terminado.

Además, como no era el mejor de los domingos, por el pasillo se acercaba el error de la noche anterior, Nikolai. ¿Podía saberse qué hacía allí? Era la última persona que había esperado ver después de cómo había querido desaparecer de la boda.

Desgraciadamente para ella, estaba impresionante. Si el día anterior había estado bello, en ese momento estaba imponente. Llevaba unos pantalones de lino negros y una camisa ceñida, podría haber estado paseando por una calle de Milán. No se había afeitado y tenía un aspecto atractivamente sombrío, y también llevaba flores.

–Rachel –dijo él cuando ella pasó a su lado.

Había visto que ella hablaba con un hombre muy guapo y que se marchaba precipitadamente con un bufido. Era André. Lo sabía, sabía que habían sido amantes. Habían estado más cerca de lo que habrían estado unos amigos, su lenguaje corporal le había indicado que se conocían sexualmente y no le había sentado nada bien. No estaba acostumbrado a sentir celos, pero los había sentido cuando dobló la esquina y los vio. Sabía que no era quién para sentir celos, pero, aun así, la agarró del codo cuando pasó a su lado y dijo su nombre.

–¿Qué? –preguntó ella mientras se daba la vuelta.

Él vio sus ojos irritados y sus labios hinchados y, si bien no sabía si él era el causante de que hubiese llorado, sí sabía que su desaparición había sido muy desconsiderada.

–En cuanto a anoche…

–Perdiste la ocasión de tener una conversación hacia las cuatro de la madrugada –le interrumpió ella en tono cortante.

–Mira…

–No quiero mirar –volvió a interrumpirle ella.

No quería analizar la noche anterior y el llanto de esa mañana, no quería recordar la felicidad cálida de sus brazos y el frío gélido de esa mañana. Miró las flores que llevaba.

–No hacía falta… –comentó ella en tono sarcástico.

–No creo que el rosa sea tu color favorito –replicó él–. En realidad, no creo que te gusten las flores.

Ella estuvo a punto de sonreír a regañadientes porque tenía razón, pero consiguió evitarlo.

–Son para Libby –añadió él.

–Pues Libby no recibe visitas.

–Perfecto.

Su réplica la desconcertó, pero no pensaba quedarse para averiguar lo que había querido decir. Cuando Nikolai fue a entregarle las flores a la recepcionista, ella se dirigió al ascensor. Apretó el botón una y otra vez y rezó para que se diera prisa, pero ese no era su día de suerte.

El día fue de mal en peor porque André primero y Nikolai después llegaron y se quedaron uno a cada lado de ella, quien tuvo que montarse en el ascensor con los dos.

–Me han contado que el sábado por la tarde vais a ir a tomar unas copas –comentó André.

Él, naturalmente, no conocía al otro hombre que estaba en el ascensor, pero ella lo conocía demasiado.

–No –Rachel sacudió la cabeza–. No puedo este sábado y lo hemos dejado para el sábado siguiente.

Ella había cambiado la fiesta de despedida intencionadamente porque ese domingo era la boda y esperaba que André no pudiera ir.

–Rachel… –dijo André cuando se abrieron las puertas del ascensor–. Vamos a tomar algo y a hablar…

–No puede –intervino Nikolai.

André frunció el ceño y Rachel se puso más tensa cuando Nikolai siguió.

–Rachel y yo nos vamos.

Capítulo 6

NO hacía falta que hicieras eso.

André se había marchado refunfuñando y ella se había quedado en la recepción del hospital con el hombre que la había abandonado sin contemplaciones esa madrugada.

–Que hiciera, ¿qué? –preguntó Nikolai.

–Inventarte excusas por mí.

–No me he inventado ninguna excusa –replicó él–. Vamos a marcharnos juntos.

–Ni hablar.

Rachel sacudió la cabeza con rabia y empezó a alejarse.

–No salgas corriendo.

Ella se dio media vuelta y lo miró fijamente.

–Yo podría haber dicho lo mismo anoche.

Él sonrió por su réplica cortante y, para ella, el efecto fue tan deslumbrante como lo había sido la noche anterior. Sabía que era algo muy excepcional porque no lo había visto sonreír ni siquiera con sus amigos. Casi la desarmaba, pero no del todo.

–Venga… –él había visto un resquicio diminuto en su coraza e intentó aprovecharlo–. Quiero disculparme por lo que hice esta madrugada.

Eso sofocó un instante el fuego de su rabia, pero se reavivó enseguida.

–Si no nos hubiésemos encontrado por casualidad, tú no habrías…

–Rachel –él la interrumpió sin inmutarse–. Es verdad que no me conoces muy bien, pero creo que hasta tú sabes que no acostumbro a visitar en el hospital a una mujer que no conozco a las pocas horas de que haya dado a luz. Si he venido, ha sido solo porque iba a pedirles a Libby y Daniil que me dieran tu número de teléfono, y me ha parecido mejor hacerlo cara a cara.

–No te creo.

–Eso es asunto tuyo –replicó Nikolai encogiéndose de hombros.

–¿Y qué ibas a hacer si Libby te lo hubiese dado?

–Lo mismo que estoy haciendo ahora; pedirte que salieras a cenar conmigo para explicarte lo que he hecho. Entonces –insistió Nikolai–, ¿vamos a comer algo?

–Son las cuatro –le recordó Rachel.

–Bueno, yo tengo hambre.

Ella también, aunque no solo de comida.

–De acuerdo.

Eso iba contra todas las normas que se había impuesto a sí misma. Normalmente, se marcharía para que él tuviera que ser más perseverante, pero sabía muy bien, y muy dolorosamente, que Nikolai estaba en la cuenta atrás, que se marcharía muy pronto. Quería conocerlo mejor y le había sorprendido que se hubiese disculpado sin reparos por su comportamiento.

Nikolai se había sentido fatal todo el día y eso era algo que no solía pasarle. El día anterior había sido complicado y ese estaba siendo igual.

–Podemos dar un paseo o tomar un taxi –comentó Nikolai–. Está cerca.

–¿El qué?

–El sitio adonde quiero llevarte, un bar que conozco.

Lo que no le dijo fue que el piano bar ruso era uno de los que tenía por todo el mundo. En cambio, le miró las piernas blancas y los tacones y tomó una decisión.

–¡Taxi!

Paró un taxi, se montaron y Nikolai le dio la dirección al taxista. Luego, observó el rostro tenso de Rachel, que miraba por la ventanilla.

–Doy por supuesto que el hombre del ascensor era tu ex.

–¿Importa algo?

Después de lo que le había hecho Nikolai, no tenía que darle ninguna explicación.

A Nikolai le importaba. A simple vista, había decidido que André no le gustaba. No era solo la punzada de celos que había sentido al ver a Rachel hablando con él en el pasillo, no le gustaba un hombre que le proponía a su ex tomar algo dos semanas antes de casarse. Rachel tenía algo que le preocupaba… mejor dicho, tenía algo vulnerable, a pesar de su aparente seguridad en sí misma, y estaba seguro de que un hombre como André podría aprovecharse de eso.

Sonó su teléfono y Rachel, al ver que era Libby, contestó.

–Acabo de recibir tus flores. ¿Por qué no has dado tu nombre? Estás en la lista de personas que pueden visitarme.

–André estaba a mi lado –contestó Rachel–. Además, luego llegó otra media docena de personas. Duerme un poco, ya te veré cuando estés en casa.

–Nikolai también vino a visitarme y también dejó unas flores –comentó Libby–. Me siento fatal por abandonarlo anoche…

–Creo que no podías hacer otra cosa –Rachel miró a Nikolai–. Estoy segura de que lo pasó bien.

Hablaron un rato y Rachel decidió no decirle que estaba en un taxi con él.

–¿Qué tal está? –le preguntó él cuando cortó la llamada.

–Un poco… sensible –contestó Rachel–. Incluso, le preocupaba haberte abandonado anoche.

–Soy huérfano. Estoy acostumbrado.

Ella sonrió por su humor negro e irónico y sintió tanta curiosidad que, por un momento, se olvidó de lo enfadada que estaba.

–¿Sabes quiénes eran tus padres?

A Nikolai le sorprendió una pregunta tan directa, o quizá no, al fin y al cabo, era Rachel… Él contestó negando con la cabeza.

–¿No sabes nada en absoluto? –preguntó ella.

–No –él la miró a los ojos y decidió zanjar la conversación–. Me dejaron en una caja dentro de la iglesia.

Eso debería haber zanjado la conversación, pero Rachel volvió al ataque.

–¿Qué tiempo tenías?

–Un día o así.

Él miró por la ventanilla, le espantaba lo incómodo que se sentía por tener que reconocer eso, pero, al menos, la había callado. ¿Qué podía decir alguien a eso?

–Fue un detalle por parte de ella –comentó Rachel sacándolo de su ensimismamiento.

Él frunció el ceño y giró la cabeza para mirarla.

–¿Un detalle?

–Que tu madre te dejara donde sabía que te encontrarían.

Él volvió a mirar por la ventanilla, pero eso no impidió que ella siguiese hablando.

–Pobre…

–No necesito tu compasión.

–Me refería a tu madre.

Ella le dio una patadita y él la miró. Estaba sonriendo, con esa separación entre los dientes, porque la había entendido mal, y él estuvo a punto de sonreír también.

–¿Por qué piensas eso? –le preguntó Nikolai.

–Bueno, por lo que parece, Libby está pasándolo mal y tiene a Daniil y las enfermeras… No puedo ni imaginarme la sensación de que no tienes más remedio que entregar a tu hijo.

Él nunca lo había pensado desde ese punto de vista, nunca se había imaginado que podría haber sido doloroso para su madre.

–¿Quieres tener hijos? –le preguntó Nikolai.

–¡No! –contestó ella–. Soy demasiado egoísta.

Sin embargo, Nikolai pensó que no era egoísta. Era muy, muy considerada porque, a su manera, con esa franqueza, había conseguido que él viera las cosas desde otro punto de vista y no era nada irreflexiva, era directa, pero considerada.

–En cualquier caso, no te hablo.

Rachel se acordó de que debería estar enfadada con él y volvió a ponerse de morros, pero el taxi estaba parándose y se bajaron enseguida. Era una calle tranquila y ella no vio ningún restaurante, al principio.

–Por aquí.

A Rachel le pareció que era un sitio adonde nadie iría si no sabía que estaba allí. Bajaron unas escaleras para llegar a un sótano y les abrieron la puerta.

Nikolai habló en ruso con el *maître* y le dijo que no quería que hicieran nada especial para su invitada y él. Estaban acostumbrados a sus peticiones, pero entonces, mientras los acompañaban por el bar, cayó en la cuenta de que Rachel, al contrario que las mujeres con las que salía, no sabía nada de lo rico que era. Se había vestido mal para la boda y había usado taxis, en vez de su coche con chófer, para que sus amigos no se imaginaran su vida, para ocultar un poco su identidad, pero cada vez era más innecesario. Pronto hablaría con Sev y se sabría todo. Había decidido afrontar la situación y prefería que Rachel lo supiera todo dicho por él y no por otra persona. Además, si ella tenía preguntas, haría lo posible para contestárselas.

La luz del bar era tenue, las mesas tenían velas y se oía un piano de fondo. Todo era un poco desconcertante, no había relojes y no se sabía si era mediodía o medianoche.

–¡Caray! –exclamó Rachel mientras se sentaban en unos asientos bajos de terciopelo.

Ya se había acostumbrado a la penumbra y podía ver el entorno. La clientela iba elegantemente vestida y todo tenía un aire de opulencia y decadencia.

–Entonces, aquí es donde la gente más exclusiva se mete los domingos.

–Efectivamente –contestó Nikolai mientras les daban las cartas.

Rachel la ojeó y sacudió la cabeza.

–No tengo ni idea de lo que quiero –reconoció ella–. Todo me parece… –lo pensó un momento– desconocido.

–Entonces, pediré yo –se ofreció él.

–Sí, por favor.

Él había pensado que ella se resistiría, pero estaba emocionada y se dejó caer sobre el respaldo del sofá mientras él hablaba en ruso con el camarero.

–¿Qué voy a comer?

–Lo sabrás enseguida.

–Así que… querías disculparte –dijo ella yendo al grano.

–¿Te importaría que comiéramos antes?

Llevaron dos vasos pequeños y una botella y Nikolai los sirvió. Le pareció casi impúdico estar bebiendo vodka helado, que le quemaba la lengua, a esa hora de la tarde.

–¿A qué te sabe?

–Jengibre, zanahoria… –Rachel se pasó la lengua por los labios para volver a paladearlo–. Es increíble.

–Es mi favorito –comentó él–. Ya lo era antes de que viera tu pelo.

Rachel dejó el vaso y lo miró con los ojos entrecerrados.

–Nikolai, no intentes coquetear –le advirtió ella–. Sigo enfadada contigo.

–Ya lo sé, y me ocuparé de eso enseguida, pero antes vamos a comer.

Le sirvió más vodka y él habló mientras les servían la comida que iban a compartir. Le costaba recordar que estaba enfadada mientras saboreaba una exquisitez detrás de otra. *Pirozhkis* diminutos que, como le explicó Nikolai, eran pasteles rellenos con deliciosos ingredientes, como setas silvestres y carnes ahumadas. También había pequeños *blinis* con caviar encima, que era lo que más le gustaba. Además, no tenían cuatro granos, estaban rebosantes y cerró los ojos de placer mientras el caviar explotaba en su boca. Entonces, sorprendió a Nikolai mirándola.

–Si estás intentando congraciarte conmigo mediante la comida, estás haciéndolo muy bien.

–¿Te gusta el caviar? –le preguntó él.

–Me encanta –reconoció ella–. Podría comerlo de desayuno todos los días.

Además, no solo el caviar era maravilloso. ¿Quién habría dicho que la col podía ser apasionante? Esa era una col roja con salsa de jengibre que acompañaba perfectamente a la bebida que habían elegido. Rachel notó que se sonrojaba.

–Es impresionante –comentó ella.

–Como tú.

Ella dejó escapar una risa irónica y recordó por qué estaban allí.

–No tan impresionante… –replicó ella mirándolo con rabia.

–Di lo que estés pensando.

–¡Que eres un malnacido!

–Lo soy muchas veces –reconoció él sin reparos–, pero no en este caso.

–Vaya, siento discrepar.

Rachel resopló con fastidio. Si bien era un alivio hablar de los asuntos pendientes, seguía siendo complicado hablar de eso, era complicado reconocer lo dolida que estaba porque eso significaría que él le gustaba, y no estaba dispuesta a reconocerlo.

–Me arrepiento de haber desaparecido como lo he hecho –se disculpó él–. Normalmente, no les doy muchas vueltas a los errores. Sin embargo, me he pasado todo el día dándoselas. No te mereces que me marchara de esa manera.

–Hiciste que me sintiera degradada. No esperaba que me pidieras de rodillas verme otra vez, no soy tan ingenua, pero largarte sin más…

Entonces, dejó de hablar. Podía notar que estaba elevando la voz y que la rabia estaba adueñándose de ella. Además, supo por qué había derramado tantas lágrimas. Su manera de abandonarla le había despertado un recuerdo sentimental, uno en el que no quería ahondar.

–Intenté decirte que iba a marcharme, pero estabas haciendo todo lo posible para fingir que estabas dormida.

Él fue demasiado directo incluso para Rachel; había ciertas cosas que no se decían, algunas cosas que se pasaban por alto. Aunque, al parecer, no para Nikolai.

–Después te quedaste desasosegada –siguió él–, y yo también. No sé por qué te quedaste tú así, solo puedo hablar de mí mismo –Rachel se incorporó un poco y movió el vaso mientras él seguía hablando–. No tenía intención de volver a entrar en contacto con mis amigos. Ayer, había pensado ir solo a la iglesia. Quería ver a Sev casándose, pero no quería tener la conversación que tendría que tener si me veían. Si nos contamos nuestras vidas, habrá preguntas…

–Claro que habrá preguntas. Quieren saber qué ha sido de ti durante todos estos años.

Nikolai se quedó un momento en silencio y se rellenó el vaso. No le importaba que sus amigos le preguntaran sobre los años que no se habían visto, le preocupaba que le preguntaran por qué se había marchado del orfanato. Intentó encontrar la mejor manera de explicar las cosas mientras seguía hablando.

–Por el momento, tampoco podemos contarnos nada; Sev está de luna de miel y Daniil está muy ocupado con el bebé…

Vio que ella fruncía ligeramente el ceño.

–¿Quieres recuperar el contacto? –le preguntó Rachel.

–En parte, sí –reconoció Nikolai antes de tomar aliento–. También

creo que se lo debo a Sev. Yo no sabía, hasta ayer, que él creía que me había suicidado. Sev querrá saber por qué me escapé.

Ella dio un sorbo de vodka, pero no pudo tragarlo cuando él siguió hablando.

–Un profesor… abusaba de mí.

Rachel consiguió tragar el líquido y notó que le abrasaba el pecho, pero no por el vodka. Podía notar que él la miraba fijamente, pero no podía mirarlo a los ojos. No se sentía tan incómoda por lo que le había pasado a Nikolai, sino por lo que le había pasado a ella.

Él había hecho algo al respecto. El hombre que tenía delante había tenido las agallas de escaparse, mientras que ella se había quedado tumbada y había fingido que estaba dormida. A pesar de la gente que había alrededor, y de que Nikolai estaba enfrente, le pareció que estaba reviviéndolo; el ruido del novio de su madre que abría la puerta… Él había despertado un recuerdo emocional esa mañana al dejarla sola en la oscuridad y cerrar la puerta, al utilizarla y desecharla. No, era algo de lo que no hablaría jamás. Aunque le gustaría ser tan sincera como él, poder decir la verdad, decirle que lo entendía.

–Abusaba sexualmente –le aclaró Nikolai.

Ella notó unas gotas de sudor en el labio superior. Había demasiada gente alrededor para hablar de eso.

–No hace falta que… me cuentes… eso.

Ella lo dijo con la voz entrecortada y un destello en los ojos. No quería que siguiera con ese tema, un tema que se arrepentía de haber sacado. ¿Le decía que, además, ya lo sabía, que sus amigos ya lo habían averiguado? No, no era quién. Por su parte, no podía imaginarse nada peor que los demás lo supieran. Sería como si leyeran su diario en voz alta.

–Solo estoy diciéndote por qué me escapé.

–Lo entiendo.

–Además, no quería que te lo contara otra persona…

–Lo entiendo, ¿de acuerdo?

Volvió el camarero con la carta de postres y Rachel, en vez de mirarlo a él, la leyó. Intentó volver a ser natural, a ponerse la máscara otra vez, pero era como si se le hubiese caído al suelo. Entonces, se acordó de algo.

–Te olvidaste esto.

Ella rebuscó en el bolso, sacó las gafas de sol y las dejó encima de la mesa.

–Gracias.

Él podía notar que estaba incómoda. Pudo advertir su desconcierto

cuando se llevó una mano al pelo y giró un rizo.

–El helado de regaliz tiene buena pinta –comentó ella mientras veía su mirada sombría.

–¿En serio? –preguntó él con frialdad.

–La verdad es que no tengo nada de hambre, creo que voy a saltarme el postre.

Preferiría estar en cualquier sitio menos en ese teniendo esa conversación, y fue a sacar la cartera del bolso.

–No te preocupes –dijo Nikolai.

–Déjame que al menos pague la mitad.

–No hace falta.

Ella, sin embargo, vio que él no sacaba la cartera ni pedía la cuenta. Cuando se levantó, se sintió algo mareada y buscó al camarero para pagar.

–La cuenta…

–No te preocupes –repitió él–. Este sitio es mío.

Había dejado de disimular y también había terminado con Rachel. Se había preparado para que le hiciera preguntas incómodas y bochornosas, pero le dolía que lo hubiese desdeñado, que se hubiese limitado a leer la carta de postres. Le dolía de verdad.

Un momento después, estaban en la calle y ella parpadeaba por la luz.

–Nikolai…

Había llevado fatal esa situación. Seguía roja, su corazón seguía acelerado por ese breve regreso a su adolescencia.

–¿Podríamos…?

Ella volvió a intentarlo, pero sabía que era demasiado tarde para volver a encauzar las cosas. Nikolai ya había parado un taxi y no era para compartirlo. Él le abrió la puerta y le dio unos billetes al taxista.

–Puedo pagarme el taxi.

–Yo te he traído aquí y yo te devuelvo a tu casa –replicó él.

Capítulo 7

HABÍA sido atrozmente insensible. Nikolai le había contado algo increíblemente doloroso, y no sabía que ella ya lo sabía. Además, ¡ella había propuesto que tomaran un helado!

Jamás se había sentido tan egoísta. Él le había abierto su alma y ella le había cerrado la suya. Quería disculparse, pero no sabía cómo.

El miércoles, por fin, llamó a Libby. Naturalmente, la llamó para interesarse por el bebé y por ella, pero, cuando oyó el contestador automático por segunda vez, en vez de dejar un mensaje volvió a llamarla al día siguiente… y al siguiente.

–Perdona, Rachel –Libby parecía cansada–. He querido llamarte, pero, cada vez que iba a hacerlo, ¡ella se despertaba!

–No te preocupes. ¿Qué tal está?

–Estupenda, absorbente, da mucho trabajo. Según Daniil, es evidente que ha salido a mí.

–¿Todavía no tiene nombre?

–Casi –contestó Libby–. Te lo diremos el sábado.

–¿El sábado?

–Quiero que la conozcas y, además, tengo que pedirte algo. Dos cosas, para ser exactos.

–¿Qué? –preguntó Rachel con el ceño fruncido.

–¿Podemos hablar el sábado? –contestó Libby con el llanto del bebé de fondo.

–Claro. ¿Quiénes vamos a estar?

–Nosotras dos. Bueno, Anya dijo que a lo mejor se pasaba. Les habíamos pedido a ella y a Nikolai…

Rachel no dijo nada, pero notó que agarraba el teléfono con fuerza.

–No ha vuelto a dar señales de vida –siguió Libby–. Creo que se iba al extranjero después de la boda, y parece que eso ha hecho. Daniil le ha mandado algunos mensajes, pero no ha contestado.

–Ah…

–Creo que Daniil tiene que aceptar que no quiere estar en contacto.

–Supongo.

–En cualquier caso… –el llanto del bebé era cada vez más fuerte–. Tengo que dejarte.

–Claro.

Rachel se quedó sentada un buen rato. Se sentía culpable, en parte, de la repentina desaparición de Nikolai. Él, efectivamente, había dicho que iba a marcharse, pero ella estaba segura, casi segura, de que, si hubiese encajado mejor su confesión, él podría haberse quedado para hablar con sus amigos. Con toda certeza, él tenía que haber pensado que la reacción de ellos sería tan tensa y fría como había sido la de ella.

–Maldita sea –susurró.

Tenía que olvidarse del orgullo, el sábado pediría su número de teléfono. Se lo pediría a Daniil por muy incómodo que fuese. En ese momento, lo más importante era que se disculpase.

Cuando llegó al lujoso ático de Libby y Daniil, estaba impaciente por ver al bebé, pero también estaba nerviosa por la idea de pedir el número de teléfono de Nikolai.

Sin embargo, ¡había más motivos para que estuviese nerviosa!

Cuando Daniil la acompañó al enorme salón, no dirigió la mirada a Libby, quien tenía un bebé diminuto en brazos, sino que la dirigió a Nikolai y le sonrió con nerviosismo.

–Hola.

Él no sonrió y se limitó a saludarla con un gesto de la cabeza. Anya también estaba y su saludo tampoco fue especialmente efusivo. Rachel se acercó a Libby, le dio un beso en la mejilla y le entregó el regalo.

–¡Te lo cambio!

Libby levantó al bebé para que Rachel lo tomara en brazos. Era tan diminuta y ligera que estuvo a punto de llorar. Se sentó y miró a la niña.

–Es preciosa –comentó Rachel acariciándole la mejilla–. No voy a querer soltarla.

–Pues no la sueltes –Libby suspiró con cansancio–. Se pone a llorar en cuanto la dejas.

–¿Acaso no nos pasa a todos? –preguntó Rachel en tono conmovido.

Había estado emocionada por Libby, pero al ver a su hija, al tenerla en brazos, al sentir lo maravilloso que era que esa persona diminuta estuviese allí, se hallaba tan fascinada que se había olvidado de Nikolai por un momento.

–¡Oh, Rachel…! –exclamó Libby mientras abría el regalo, una pequeña manta de cachemir rosa pálido–. Es impresionante.

–Quería que le bordaran el nombre, ¡pero todavía no lo sé!

–Nadia –dijo Daniil–. Significa «esperanza».

Nikolai observaba. Intentaba no hacerlo, pero Rachel seguía fascinándolo. Había visto que Anya miraba con frialdad al bebé, pero Rachel se había emocionado casi hasta el llanto solo de verlo.

–Ahora que estáis todos aquí, puedo pedíroslo –intervino Libby–. Rachel, queremos que seas la madrina.

–¿Yo?

–Ya sé que es un poco precipitado, pero queremos que todo el mundo esté aquí. Anya se marchará pronto a París y, si no me equivoco, Nikolai se marchará cuando Sev y Naomi hayan vuelto…

–Sí, me marcharé este lunes no, al siguiente –confirmó Nikolai.

–Muy bien –siguió Libby–. Lo hemos organizado para el domingo siguiente.

Rachel notó que se le encogía el corazón.

–Yo no puedo ese domingo, tengo una boda.

–Puedes saltarte la boda de André –Libby sorteó ese obstáculo sin problemas–. Rachel, tú misma dijiste que no querías ir.

–No se trata de eso…

Nikolai vio que Rachel se quedaba pálida y que miraba al bebé en vez de a su amiga.

–Es la boda de mi prima Shona.

–¿Shona también va a casarse?

Nikolai, que no sentía casi nada por nadie y que no estaba especialmente enamorado de Rachel después de su reacción, sintió cierta lástima por ella. Él podía notar su desasosiego, pero Libby, que estaba intentando juntar las piezas del rompecabezas, no podía.

–Quieres decir que André y Shona…

Libby se quedó boquiabierta, pero volvió a cerrar la boca inmediatamente e hizo una mueca como si hubiese mordido un limón.

–¿No fue a verte a Singapur? –siguió Libby.

–Allí se conocieron –contestó Rachel, aunque siguió sin levantar la mirada.

Libby, con su cerebro de mosquito, se fue de la lengua cuando no solía hacerlo, al menos, si había alguien delante.

–Pero tú y él seguíais…

–¡Libby! –la interrumpió Rachel mirándola por fin.

Entonces, Libby captó su angustia.

–Lo siento, Rachel.

Era bochornoso, pero lo único que podía hacer era reconocer la cruda realidad.

–No supe que estaban viéndose hasta hace un par de semanas, cuando mi madre me dijo que iban a casarse –reconoció Rachel sin poder mirar a Nikolai–. Lo siento, Libby, pero no voy a poder ir al

bautizo.

Anya rompió la tensa pausa.

–Si no tienes a quién pedírselo, yo puedo ser la madrina.

Libby abrió la boca y volvió a cerrarla y Nikolai pudo ver que hasta la ruborizada Rachel contenía una sonrisa por el ofrecimiento de Anya. Sin embargo, como era buena amiga de Libby, aunque seguramente estuviese enfadada, Rachel acudió a su rescate.

–Hablaré con mi madre sobre la boda. Veré si puedo arreglarlo de alguna manera.

–Bueno, mi oferta sigue en pie por si me necesitas –intervino Anya levantándose–. Ahora, tengo que marcharme. Ya está anocheciendo y tengo que prepararme –Anya miró a Nikolai–. Ya es demasiado tarde para las entradas. Tendrás que ir a París para verme actuar.

Anya casi ni miró a Rachel, ni a Libby y el bebé, mientras Daniil la acompañaba.

Libby se metió con Nikolai para romper el tenso silencio.

–¿Anya estaba intentando ligar contigo?

–No –contestó Nikolai sacudiendo la cabeza–. Es su arrogancia. Ya era así de pequeña; ¡da por supuesto que todos queremos verla actuar!

–Yo quiero –dijo Rachel con un suspiro.

Intentó dejar a un lado la angustia de antes, pero lo que Rachel quería de verdad era irse a su casa.

–No vas a hablar con tu madre, ¿verdad? –le preguntó Libby cuando Daniil regresó y volvieron a hablar del bautizo.

–No. Lo dije para darte tiempo y que pudieras encontrar a alguien que no sea Anya.

–Pero quiero que estés allí.

–Lo sé –Rachel suspiró porque también quería estar allí–. Mi madre y mi tía están muy unidas. Shona y yo jugábamos siempre juntas cuando éramos pequeñas. Estaría muy mal que no fuese a la boda.

Independientemente de lo que le costase, pensó Nikolai.

–¿No puedes hacer las dos cosas? –preguntó Nikolai, aunque sorprendido por estar involucrándose.

–El bautizo es a las once –comentó Libby.

–La boda es a la una y está a kilómetros de distancia… – Rachel sacudió la cabeza e intentó cambiar de conversación–. Tenías que pedirme dos cosas –le recordó a su amiga.

–Es verdad. Tengo una profesora que me sustituye, pero la semana que viene tiene que ir a un funeral en España. Rachel, ya sé que no quieres dar clases, pero…

–No te preocupes –Rachel asintió con la cabeza–. No pasa nada por una semana.

–¿Estás segura? Si no, siempre puedo pedírselo a Maria.

–Lo haré, pero, de verdad, ahora tengo que irme…

Todo el mundo sabía que estaba mintiendo, que solo quería marcharse.

–Claro.

Libby recuperó a la pequeña Nadia mientras Rachel se despedía de Daniil y le hacía un gesto con la cabeza a Nikolai. Una vez en la puerta, Libby estuvo a punto de echarse a llorar mientras se disculpaba por lo que había dicho sobre André.

–No es para tanto –la tranquilizó Rachel.

–Claro que lo es. No estaba pensando, aunque eso no sirve de excusa. Te he abochornado.

–Solo has dicho la verdad.

Rachel suspiró, le dio un beso a su amiga y se marchó. Libby cerró los ojos antes de volver al salón.

–Vaya, me he lucido.

–No le pasará nada –comentó Daniil–. Aunque vamos a tener que pensar en otra persona.

–Intentaré volver a hablar con ella –Libby sacudió la cabeza–. Aunque no creo que sirva de nada. Rachel es muy susceptible con todo lo relacionado con su familia y, sencillamente, no habla de ello. No sé por qué. ¿Por qué no puede negarle algo a su madre por una vez?

Nikolai también quiso saberlo, pero no dijo nada mientras Libby miraba a su hija.

–Voy a darle el pecho a Nadia.

Libby se marchó y, por primera vez en muchos años, Daniil y él se quedaron solos.

–¿Qué tal te ha ido todo? –preguntó Nikolai–. ¿Qué tal te fue con la familia de adopción?

–Mal –reconoció Daniil–, pero las cosas me van muy bien ahora. Tengo a Libby y a Nadia y vuelvo a estar en contacto con Sev.

–Pero él vivirá en Nueva York.

–Vamos a ir a pasar Fin de Año.

–Unas vacaciones juntos…

Nikolai lo dijo en un tono un poco hiriente, pero Daniil no se ofendió. Era un recurso para sobrevivir que habían aprendido todos de pequeños. Miraban con desprecio a quienes dependían de los demás o se apegaban demasiado a ellos.

–Está bien estar con los amigos. Ahora que has vuelto, cuéntame…

–No te olvides de Anya –le interrumpió Nikolai para intentar eludir

las preguntas.

–Lo intentamos –replicó Daniil, y los dos sonrieron.

–No ha cambiado.

–Creo que hubo algo entre Roman y ella después de que yo me marchara. ¿Viste algo?

Nikolai rememoró los dos años que había pasado en el orfanato después de que Daniil se hubiese marchado.

–Roman acabó en la zona de seguridad después de que te marcharas y no lo vi mucho. En cuanto a Anya, volvía cuando tenía vacaciones, practicaba los pasos de baile y ayudaba a su madre… –Nikolai sacudió la cabeza–. Yo me marché cuando tenía catorce años, es posible que tuviesen algo después.

Había sacado el tema de su marcha y se levantó para admirar la impresionante vista de Londres que se extendía ante él.

–La vista es preciosa.

La de él cambiaba constantemente, Nikolai estaba moviéndose todo el rato. Le encantaba su vida y le parecía raro estar en un hogar hablando con Daniil. Podía oír al bebé y, aun así, le parecía apacible.

–Entonces, ¿no has sabido nada de Roman? –preguntó Nikolai.

–No. No puedo encontrarlo. El año pasado volví a Rusia para intentar encajar las cosas. Había vuelto varias veces y nunca había llegado a nada. Esa vez, sin embargo… ¿Te acuerdas de Sergio, el encargado de mantenimiento, el hombre que nos enseñaba a Roman y a mí a boxear?

–Claro que me acuerdo de Sergio –contestó Nikolai–. Era un buen hombre.

–Murió hace unos años.

Nikolai no se inmutó, no dijo ni expresó nada. Esos hombres estaban acostumbrados a las pérdidas y el dolor y nunca lo manifestaban.

Daniil le dijo a Nikolai que tenía algo para él, se marchó y volvió enseguida con una foto.

–Es una copia, quédatela.

Eran los cuatro cuando eran unos muchachos. Nikolai se acordaba de que le pidieron a Sergio que les sacara una foto a los cuatro. Era la única foto que tenía de su infancia y le resultó doloroso recordar aquella época. Entonces habían estado unidos, habían sido felices, aunque los demás no lo creyesen. Los niños con casa decían que no tenían nada, pero se tenían los unos a los otros. Las cosas no empezaron a ir mal hasta que los obligaron a separarse por la adopción de Daniil.

Nikolai no dijo nada, miró fugazmente la foto y se la guardó en el

bolsillo interior de la chaqueta mientras Daniil seguía hablando.

–La última vez que volví, hablé con la viuda de Sergio. Me contó que Roman se había desenfrenado después de que yo me marchase, pero que creía que había entrado en el ejército. No he vuelto a saber nada desde entonces. Busqué a Sev e intenté averiguar algo más de lo que te había pasado. Ella me habló de la carta y me dijo que te habías suicidado… que habían encontrado tu cuerpo en el río…

Nikolai se sintió como si estuviese en su yate en medio de un temporal. Era como si todo diese vueltas y él tuviese que mantener el gesto impasible.

–Te habló de la carta…

Nikolai notó que se le había acelerado el corazón. Él, antes de escaparse, había escrito una carta en la que, con mucha rabia, explicaba los abusos. Luego, la metió por debajo de la puerta del despacho con la esperanza de que así pudiera evitar que le pasara lo mismo a otro niño. Debieron de pensar que era la nota de un suicida.

Podía recordar muchos detalles de aquel momento. Había presenciado una pelea y que empujaban a un joven al río. Había soltado la bolsa con la intención de lanzarse al agua, pero nada de eso tenía importancia en ese momento, solo le importaba una cosa.

–¿Te contó lo que decía la carta?

–¿Lo de los abusos? –preguntó Daniil–. Sí. También me contó que expulsaron al profesor.

Nikolai se dio cuenta de que Daniil lo sabía. Su amigo ya lo sabía y, aun así, lo miraba a los ojos.

–¿Lo sabe Sev?

–Claro. Hemos intentado atar cabos.

–¿También lo sabe Libby?

Daniil asintió con la cabeza.

–¿Qué sabe Libby? –preguntó Libby.

Nikolai la miró mientras entraba por la puerta.

–Estábamos hablando de por qué se escapó Nikolai.

–Espero que arda en el infierno por lo que te hizo –comentó Libby mientras se sentaba sin más.

Ella también lo sabía. Había estado aterrado de tener que decirlo y resultaba que ya lo sabían. Pero si Libby lo sabía…

–¿Lo sabe alguien más? –preguntó Nikolai.

–Claro que no –contestó Daniil.

Sin embargo, Nikolai estaba mirando a Libby, que se puso roja.

–He podido decirle algo a Rachel… –realmente, no era el mejor día de Libby–. Éramos compañeras de piso entonces. Estaba emocionada cuando Daniil y Sev volvieron a entrar en contacto…

–No pasa nada –dijo Nikolai.

Sin embargo, aunque ellos siguieron con la conversación, él estaba dándole vueltas a la cabeza. Rachel había sabido el asunto del abuso desde el principio. Se acordó de cómo se volvió hacia él el día de la boda y de su saludo sin morderse la lengua «¿No es usted el muerto?». Lo había sabido cuando bailaron, cuando charlaron y cuando hicieron el amor. Lo había sabido desde el principio y había sido igual de extrovertida y efusiva.

Entonces, ¿por qué se había sentido incómoda con la conversación, por qué se había angustiado y había hecho todo lo posible por cambiar de tema? Rachel había estado a punto de salir corriendo cuando mencionó el abuso sexual. Era como se había sentido él cuando Yuri había sacado el tema, era como se había sentido él ese mismo día cuando creyó que tendría que hablar de eso con Daniil.

Se acordó de lo que dijo ella y del brillo de sus ojos y, en ese momento, comprendió la rabia de su mirada cuando le dijo «Lo entiendo, ¿de acuerdo?». Libby, con quien ella hablaba mucho, acababa de reconocer que Rachel era muy susceptible en lo relativo a su familia, pero ni siquiera Libby sabía el motivo. Él creía que sí lo sabía. Rachel lo entendía, desde luego. Estaba seguro de que Rachel había pasado por lo mismo.

Capítulo 8

RACHEL, una vez en casa, quería hacerse un ovillo y morirse de vergüenza. Se tumbó en la cama y se acurrucó. No solo no se había disculpado con Nikolai, sino que, gracias a Libby, él había averiguado que se había acostado con André hasta hacía poco. Prefería no imaginarse el concepto que tendría Nikolai de ella.

Se dio un baño con la esperanza de relajarse, pero eso había dejado de dar resultado hacía años. Se quitó el gorro de baño y se puso el albornoz. Una vez en el pasillo, oyó que llamaban a la puerta y, aunque pensó en no contestar, sabía que la habían visto a través del cristal. Pensó que podría ser su madre y dejó escapar un suspiro de cansancio.

Sin embargo, era Nikolai.

–Libby se olvidó de darte las llaves de la escuela de danza y yo le dije que no me importaba traértelas –él se las entregó–. También hay un horario de clases.

Ella no quería ni oír hablar de llaves y horarios.

–Lo siento –ella soltó las palabras que había estado conteniendo toda la semana–. Fui una majadera cuando me contaste…

–No pasa nada.

–Sí pasa. Iba a pedirle a Daniil tu número de teléfono, pero estabas allí.

Él le concedió la sonrisa que ella había llegado a creer que no volvería a ver jamás, pero no pudo devolvérsela.

–Estoy muy abochornada –reconoció Rachel.

–¿Por qué?

–Porque… –ella miró por encima del hombro de Nikolai como si Dios pudiese estar detrás de él para juzgarla–. Ya lo sabes.

–¿Estás abochornada por el atractivo André? –él se rio y ella asintió con la cabeza–. Él es el fraude, Rachel, no tienes que abochornarte de nada. ¿No vas a dejarme entrar?

–Ah…

Estaba asombrada de que él estuviese en su puerta, y mucho más de que quisiera entrar, claro. Se apartó y le pareció que él estaba fuera de lugar en su pequeño recibidor, pero que también era muy bonito.

–¿Querías mi número de teléfono? –le preguntó él para que

quedara claro.

–Sí –Rachel asintió con la cabeza–. Solo para disculparme.

–Entonces, ¿no esperabas que volviera a pedirte que salieras conmigo?

–No –ella negó con la cabeza–. Creía que te marchabas al extranjero.

–¿Estás segura de que no querías que te pidiera que salieras conmigo?

–Muy segura. En cualquier caso, te marchas este lunes no, al siguiente.

–Creía que no te gustaban las relaciones profundas.

–No me gustan –reconoció ella.

–¿Y si te dijera que tengo entradas para *El pájaro de fuego*?

–¿Lo dices en serio?

–Siempre soy serio.

Aunque no tanto cuando estaba con ella.

–¿Cuánto?

Nikolai no contestó.

Después de marcharse de casa de Daniil, había pensado en volver a su yate, cambiarse y salir. Se había sentido más ligero. Que sus amigos ya lo supieran le había quitado un peso de encima y estaba deseando que Sev y Naomi volvieran de la luna de miel para ponerse al día con sus amigos.

Londres estaba precioso. Hacía buen tiempo, las faldas eran cortas y las piernas, largas. Además, había llegado el momento de quemar la ciudad. Tenía algunos amigos en Londres. Quizá pudieran ir por el yate para pasar la noche como a él le gustaba, de forma desenfrenada. No había tenido una fiesta desde que estaba allí y eso era algo inusitado para él. Había estado demasiado ocupado pensando en Rachel.

Entonces, había pensado en ella mientras iba conduciendo y esa noche desenfrenada había dejado de apetecerle. Quería que ella también conociera el alivio de que otra persona lo supiera. Era algo que no podía describir bien, pero cuando se lo había contado a Yuri, el mundo no solo había seguido girando, había girado más resplandeciente. Además, ese día, con la revelación de Daniil, con la aceptación de un amigo que lo sabía, había resplandecido más todavía.

Aunque iba a quedarse poco tiempo allí, quería que Rachel conociera esa sensación y había hecho una llamada para conseguir las entradas más solicitadas de la noche londinense.

Rachel no podía creérselo.

–¿Te las ha proporcionado Anya?

–No. No le pido nada a Anya.

–¿Por qué?

–No lo haría jamás, sencillamente. Así somos con los niños con casa.

–¿Los niños con casa?

–Los que tienen padres –le explicó Nikolai–. Bueno, ¿quieres venir al ballet o no?

–Quiero –contestó Rachel con una sonrisa.

–Entonces, tenemos que marcharnos.

–¿Ya? –le entró pánico al darse cuenta de la hora que era y de que seguía con el albornoz puesto–. Tengo que vestirme.

–Entonces, vístete, pero… –él la agarró de la cintura con una mano cuando fue a darse la vuelta–. Me gusta esto…

Le tomó la cara con la otra mano y le pasó el pulgar por la mejilla.

–¿Qué?

–Las cosas marrones.

–Se llaman pecas, Nikolai –entonces, se ruborizó al darse cuenta de que no estaba maquillada–. Además, ellas no van a ir al ballet.

–Es una pena.

–Tú llama un taxi mientras me cambio.

Rachel fue a su dormitorio y abrió el vestidor. Tenía mucho donde elegir. Le encantaba el color y destacar, pero esa noche prefería algo distinto y eligió un sencillo vestido negro. Abrió el cajón, sacó algo discreto, unas bragas de encaje de color crema y un sujetador a juego, y se quitó el albornoz.

–Tienes que darte prisa –le avisó él desde el otro lado de la puerta mientras se ponía la ropa interior.

–Es lo que hago.

Ella intentó que no se notase la ansiedad en su voz y también hizo un esfuerzo para no decirle que entrara. Le desconcertaba que estuviese en su casa, le daba vértigo que hubiese conseguido entradas para *El pájaro de fuego* y también notaba perfectamente el deseo. Efectivamente, no quería una relación profunda, pero anhelaba pasar cada instante con él.

Se sentó ante el tocador, tomó su cosmético mágico y, entonces, pensó en lo que él había dicho. Nunca salía sin maquillaje, pero esa noche saldría sin ese cosmético. Se coloreó un poco las mejillas, se pintó los ojos y se recogió el pelo con unas horquillas. Se puso unos zapatos color carne y salió. Él la miró detenidamente y ella sintió un cosquilleo en la piel. Nunca se había vestido de una forma tan discreta desde que lo conoció y, aun así, la desnudó con la mirada.

–Vámonos –dijo él.

–¿Ya ha llegado el taxi? –preguntó ella mientras guardaba el pintalabios y las llaves en el bolso y se perfumaba.

–Mi chófer está esperándonos.

–¿Tu chófer?

–Bueno, el de la empresa que utilizo cuando estoy en Londres.

Rachel, mientras se montaba en un coche muy lujoso, pensó que no sabía nada de él y le hizo una pregunta.

–¿Dónde estás cuando no estás en Londres?

–Por aquí y por allá.

–Pero ¿dónde está tu… base?

Él no contestó, pero ella no se ofendió. Al fin y al cabo, había infinidad de preguntas que ella tampoco contestaba.

–No puedo creerme que vayamos a ver a Anya en la última representación que hace en Londres –estaba apasionada y era contagioso–. ¿Has estado alguna vez en el ballet?

–Nunca –reconoció él.

–Va a gustarte.

–¿Escribirás algo?

–Sí –Rachel asintió con la cabeza–. Es más, siempre lo escribo en cuanto llego a casa, mientras lo tengo fresco en la cabeza.

Entonces, él tomó la decisión. Esa noche, le enseñaría su base, como la había llamado Rachel. Esa noche, la invitaría a su casa.

El coche se paró delante del teatro y les abrieron la puerta. Él observó que Rachel se pasaba las manos por los muslos después de bajarse, como hacía siempre. Estaba empezando a conocerla, para bien, y eso era algo que solía evitar.

Llegaban tarde. La campanilla ya había pedido al público que ocupara sus asientos y los llevaron apresuradamente.

–¿Cómo has conseguido las entradas? –le preguntó Rachel mientras entraban en el rebosante teatro.

Todavía no podía creérselo. Ella, con todos sus contactos en el mundo de la danza, no había conseguido entradas para esa noche. Entonces, cuando el acomodador los llevó a sus localidades y se sentó al lado de una duquesa, miró perpleja al hombre que tenía al lado. Ella sabía que eran los asientos que se reservaba el teatro por si alguien de la realeza, un dignatario o un multimillonario que estaba de paso decidía de repente, a las seis de la tarde, que quería ver la obra que se representaba. Eran los asientos en los que, cuando estaba actuando, sabía que podría ver a una princesa.

–Nikolai… –susurró ella–. ¿De dónde has sacado las entradas?

–No hagas preguntas –contestó él mientras se apagaban las luces–.

Limítate a disfrutar.

Y disfrutó. Anya, Tatiana, como se llamaba esa noche, estuvo impresionante. Su cuerpo espigado era perfecto para el papel y cuando ejecutó una serie de *fouettés*, fue como ver una espiral de líquido dorado. Ya la había visto bailar muchas veces, pero esa noche estuvo… eléctrica, como una pluma llevada por la brisa. Sabía que esa noche Anya estaba entregando todo lo que tenía y que el público estaba viendo cómo les ofrecía su corazón.

Normalmente, el descanso se recibía con agrado, pero esa noche el público estaba deseando volver a sus asientos. Ella estaba ansiosa, quería que la representación empezara otra vez, pero, aun así, estar hablando con Nikolai, que le contaba la infancia de Anya, estar con él sin más, era una felicidad incomparable.

–Solía practicar en la cocina –le explicó él, que también estaba impresionado–. Su madre era la cocinera del orfanato y, cuando Anya iba allí para pasar las vacaciones, no descansaba, practicaba todo el rato.

–Es deslumbrante –comentó Rachel.

–¿No tienes envidia?

–No –Rachel sacudió la cabeza–. Me encanta verla, como a cualquier bailarín o bailarina de su categoría, pero sé que jamás habría podido bailar como Anya.

–¿Por qué?

–Por mi estatura. Me perjudicaba, en las clases del *pas a deux*, nadie quería poner en peligro las espaldas de los muchachos…

–Eres diminuta.

–No en comparación –replicó ella–. Siempre acepté que no sería solista. Libby sí podría envidiarla –añadió Rachel sin malicia, constatando solo una realidad–. Ella siempre quiso ser la…*prima ballerina*.

–¿Cuál era tu papel favorito?

–Todos. Nunca llegué a ser Odette, pero sí fui una de las princesas cisne durante un par de temporadas. El vestuario era precioso –Rachel suspiró al acordarse–. Era un remolino de plumas blancas y yo me sentía en la gloria. Entonces, volví a ser uno de los cisnes normales, ¡un cisne feliz! Me encantaba tener la posibilidad de bailar. Todo el mundo tiene distintas formas de estimularse y de intentar llegar a ser la *prima ballerina*. Libby tenía….

–¿Cuál era tu estímulo? –le preguntó él.

Rachel lo pensó un instante antes de contestar.

–La vía de escape –reconoció ella–. Me encantaba la vía de escape que me proporcionaba la danza.

–¿Y sin ella? –preguntó Nikolai mientras sonaba la campanilla para que volvieran a sus asientos.

Ellos no le hicieron caso durante un momento. Rachel estaba absorta, estaba pensando qué haría sin la vía de escape que le había proporcionado el mundo de la danza. La danza la había guiado desde que tenía cinco años y, en ese momento, tenía que guiarse a sí misma. ¿Qué haría sin esa vía de escape?

–Tengo derecho a permanecer en silencio –contestó ella con una sonrisa que no llegó a sus serios ojos verdes.

–Lo tienes.

Era un consuelo. Él no la presionaba, no exigía que le mostrara sus rincones más sombríos. En cambio, le tomó una mano, volvieron a sus asientos y ella volvió a enfrascarse en otro mundo, aunque no del todo. Podía notarlo al lado de ella, podía notar la calidez de su muslo y de su mano, que ella agarró durante una parte apasionante de la representación. Él también se la agarró con fuerza y ella sintió que algo le atenazaba las entrañas.

–No quiero que termine –comentó ella cuando terminó.

Él le soltó la mano y todo el público se levantó entre vítores mientras el telón subía y bajaba. La ovación era ensordecedora y Tatiana hacía reverencias y recogía algunas de las flores que le lanzaban. Entonces, en una pausa de los aplausos, Tatiana se quedó quieta y levantó la mirada. Fue la única vez en toda la noche que pareció quedarse petrificada, pero se repuso enseguida, hizo una reverencia más y desapareció.

–¿Quieres ir a verla? –le preguntó Nikolai.

Ella sabía que, dados los asientos que ocupaban, eso no sería ningún problema.

–No –había pasado la tarde y la noche con él y rodeados de otras personas y lo que quería de verdad era estar a solas con él–. Quiero estar contigo.

Lo tenía justo detrás mientras se abrían paso entre la multitud y podía sentir sus ojos clavados en ella. Entonces, él volvió a tomarle la mano. ¿Cómo podía ser tan excitante ir de la mano?

Salieron a la calle, donde les esperaba el chófer, aunque ella habría preferido un beso… y él.

Sin embargo, se montaron en el coche y se sentaron separados porque era más prudente, aunque su cálida mano seguía agarrando la de ella.

–¿Adónde vamos? –preguntó Rachel mientras el coche avanzaba entre el tráfico hacia la Isle of Dogs, en vez de ir hacia la casa de ella.

Se preguntó si habría reservado una habitación en un hotel y sintió

una punzada de pánico ante la idea de pasar otra noche despierta y de la batalla consiguiente por la mañana. Se sentía más segura en su piso, podía dejar encendida la luz del recibidor…

–Nikolai, tengo que volver a casa, tengo que escribir mi…

–Quiero llevarte a mi casa –la interrumpió él.

Se bajaron del coche y ella vio un grupo de personas que sacaba fotos de un yate que estaba impresionantemente iluminado.

–Al parecer, los rusos andan por aquí…

Ella empezó a hacer un chiste, pero se calló cuando se dio cuenta de que él no estaba llevándola a un hotel o a un pequeño apartamento. Efectivamente, los rusos andaban por allí y la casa de Nikolai era un superyate.

Subieron la rampa enmoquetada y unos tripulantes estaban esperándolos para recibirlos. Era como un hotel de lujo flotante con cuatro alturas. Recorrieron la cubierta principal y llegaron al salón. Aceptó la bebida que le ofreció un mayordomo, quien le dijo a Nikolai que les servirían la cena enseguida y desapareció.

–¿Cómo ha conseguido esto un huérfano? –preguntó Rachel con su indiscreción característica–. Me refiero a los asientos reservados y a un superyate.

Nikolai sonrió y sacudió la cabeza.

–No pienso decírtelo.

–Me lo dirás. Recuerda que soy perseverante.

Sin embargo, a él no iba a persuadirlo.

–Enséñamelo –le pidió Rachel–. ¿Qué hay encima?

Subieron a la cubierta superior, donde estaban los camarotes de los invitados, una sala de cine, un bar y un salón de baile.

–Me imagino que habrás dado más de una fiesta.

–Muchas –reconoció él.

Y muchas mujeres, dio por supuesto ella.

–¿No te preocupa?

–¿El qué?

–Que la gente solo te quiera por… –Rachel se encogió de hombros–. Bueno, por todo esto.

–¿Por qué iba a preocuparme? Me viene bien. No quiero que nadie se quede cerca mucho tiempo…

Había un comedor impresionante al aire libre con estufas y, a pesar del fresco y de llevar los brazos destapados, ella tenía calor.

–Podemos cenar aquí si lo prefieres.

A ella le pareció raro. Subieron a la última cubierta, donde había un solárium con un jacuzzi, un gimnasio y un cuarto de masajes, todo dispuesto y esperando a que lo usaran a su antojo.

Era precioso, lo era de verdad, pero también era como estar toda la vida de gira… una especie de soledad extraña.

–¿Tienes un capitán? –preguntó ella.

–Yo soy el capitán.

–Me refiero a uno de verdad.

–Yo soy el capitán de verdad –él sonrió ante la leve turbación de ella–. He gobernado barcos mucho más grandes que este. Aquí tengo un contramaestre, un par de ingenieros…

–¿Y un cocinero?

–Un cocinero jefe y un ayudante –contestó Nikolai.

Rachel pensó que ese era su mundo propio.

–¿Dónde está la sala de control? –preguntó ella.

–Te llevaré al puesto de mando.

Volvieron a la cubierta principal. A él le gustaban sus preguntas y que se sentara en uno de los asientos de cuero mientras miraba todos los mandos e indicadores. Quería que lo viera en todo su esplendor, a la luz del día y navegando, y le hizo una oferta.

–Si quieres, podríamos salir a navegar unos días. Volveremos a tiempo para el bautizo.

–No puedo ir al bautizo –le recordó ella.

–Bueno, pues a la boda a la que tienes que asistir. ¿Qué te parece?

–No creo…

Ella se rio solo de pensarlo, pero luego se quedó en silencio. Era la mejor oferta que le habían hecho en su vida. Había viajado mucho gracias a su profesión, pero la idea de pasar una semana navegando y rodeada de todo tipo de lujos era muy tentadora. Además, la idea de pasar más tiempo con él debería ser definitiva, pero eso implicaría compartir una cama. Desde luego, podía pasar una noche fuera de vez en cuando, pero no una semana entera. Por eso no podía mantener una relación sentimental.

Le desgarraba negarse, pero lo hizo.

–Tengo que hacer muchas cosas esta semana –siguió ella–. Le prometí a Libby que la ayudaría.

Los dos sabían que Libby podía encontrar a otra persona, pero Nikolai decidió no insistir… por el momento. Se dirigieron hacia el salón principal.

–¿Qué hay ahí arriba? –preguntó ella cuando pasaron al lado de una escalera.

–Te lo enseñaré más tarde –contestó Nikolai.

–Vaya, es la escalera al cielo, ¿no? –comentó ella mientras iba a subirla.

–Más tarde.

Ella desobedeció al capitán, subió y abrió la puerta. Efectivamente, era el cielo. Las luces eran como estrellas encima de la cama enorme y las paredes eran de cristal. Jamás había visto un dormitorio tan maravilloso. Él la siguió y miró la vista que estaba viendo ella.

–Cuando estás en el mar, y está tranquilo, te sientes como si estuvieses flotando en el agua.

Ella quería comprobarlo y él lo sabía. La rodeó con los brazos y se quedó detrás de ella, que podía notar su cuerpo fibroso y la fuerza de sus brazos, y quiso algo más. Él bajó la cabeza, le dio un beso en la oreja y le habló.

–Ven a navegar conmigo.

Sin embargo, a ella no le daba miedo solo la oscuridad, era la idea de apegarse a él y que él se marchara.

–No puedo.

Él estaba besándole la mejilla y ella quería darse la vuelta para buscar su boca. Se apoyó en él y notó la erección en el trasero. Entonces, él bajó las manos a su abdomen y la estrechó más todavía contra él. Sin dejar de besarle la mejilla y la oreja, sus diestras manos subieron hasta los pechos. Le encantaba el contacto firme y minucioso a través del vestido. Estiró el cuello para que sus bocas pudieran encontrarse y él le levantó el vestido e introdujo una mano debajo de las bragas. Casi no podía besarlo del placer que sentía y se arqueó para sentirlo más adentro. Quería inclinarse hacia delante, apoyarse en el ventanal y que la tomase por detrás. Se bajó las bragas, pero Nikolai le dio la vuelta. Fue a besarlo en la boca, pero él habló.

–¿Por qué te niegas cuando los dos sabemos que quieres? –preguntó él.

–Quiero…

Rachel dejó las bragas en el suelo y besó sus labios apretados.

–Rachel…

Ella pensó que él también era perseverante. ¿Cómo podía intentar mantener una conversación cuando estaba así de excitado?

–No quiero hablar.

Acabaría esa conversación a su manera y fue a bajarle la cremallera. Ella siempre llevaba las riendas en la cama, pero no esa noche. Él le apartó la mano.

–Túmbate en la cama –le ordenó él con voz grave.

La besó apasionadamente y la empujó con el pecho hasta la cama. Ella supo que la tumbaría y le costaba respirar al ver la sombra del deseo en sus ojos, sabía que iba a tomarla sin consideraciones. Ella también lo deseaba sin reparos, estaba derretida entre las piernas, pero los recuerdos le daban vueltas en la cabeza.

–No, la cama no…

Nikolai se detuvo, podía ver el destello de miedo de sus ojos y no lo entendió por un instante. Entonces, se acordó del pequeño desencuentro que ocurrió la última vez que estuvieron en la cama y entendió que no quisiera estar debajo de él.

Rachel se dio cuenta de que había provocado al tigre sin decirle sus reglas. Estaba a punto de gritar, estaba a punto de arruinar esa noche perfecta con un grito de miedo que él no se merecía.

Entonces, el grito se extinguió en su garganta y se quedó boquiabierta cuando él la levantó con destreza y ella lo rodeó con las piernas. El alivio le brotó de la boca mientras la besaba como no la habían besado jamás. Entró y ella le tomó la cara entre las manos mientras dejaba que la moviera. Tenía las manos en su trasero y la movía al ritmo de ellos, porque eran uno.

A Nikolai le encantaba la agilidad de Rachel, la flexibilidad de sus muslos, que se abrían fácilmente para él, y cómo lo recibía. Le dijo en ruso que algún día la tomaría lenta y prolongadamente y ella le respondió con el cuerpo, se cruzó los tobillos por detrás de él. Rachel dejó de besarlo, él la agarró de la cintura y ella se arqueó hacia atrás a medida que aumentaban el ritmo. Él quería tenerla desnuda y ella también quería quitarse la ropa para mostrar su piel ardiente.

Rachel notó que Nikolai se ponía tenso incluso antes de que dejara escapar un grito, lo oyó y correspondió con un sollozo. Nikolai explotó dentro de ella, que lo recibió con unas profundas palpitaciones de anhelo. Él la besó y ella supo que lo anhelaría siempre. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar mientras él volvía a dejarla en el suelo con delicadeza. La desvistió lentamente, la tumbó en la cama y se tumbó con ella.

–¿Quieres cenar?

Rachel se rio por la tentadora propuesta, pero cenaron langosta y champán en la cama.

–¿Dónde está mi caviar? –preguntó ella en tono lastimero mientras fingía buscarlo–. El servicio es espantoso.

Entonces, oyó algo que no había oído hasta ese momento. La risa profunda y natural de Nikolai. Era tan deslumbrante como un relámpago y, sin embargo, tuvo ganas de llorar porque el trueno llegaba después del relámpago y ella no quería contar el tiempo que pasaba hasta que llegara, hasta que él se marchara.

Se llevaron las bandejas y se quedaron solos con la noche. Nikolai se dio la vuelta para pulsar un interruptor y ella miró el techo mientras se apagaban las estrellas. Era una oscuridad distinta a la que estaba acostumbrada. La luna se reflejaba en el agua y hacía sombras

en el techo, pero eso no la tranquilizaba y, además, se sentía desorientada con el leve balanceo del yate.

Él le pasó un brazo por encima del de ella y notó su tensión.

–¿Te pasa algo?

–Yo… –Rachel buscó una excusa–. No he escrito la reseña sobre el ballet. Debería esbozar algunas cosas…

–¿Por qué no la escribes entera ahora? –le propuso Nikolai–. Utiliza mi ordenador.

–¿De verdad?

–Claro.

Él no tenía que encender las luces y ella lo oyó cruzar la habitación y volver a la cama con su ordenador portátil. Se lo entregó, ella lo encendió y se quedó pensando en *El pájaro de fuego* iluminada por el resplandor de la pantalla. Tenía mucho que escribir, tenía que expresar muchas cosas antes de que las olvidara. Intentó transmitir la actuación de Tatiana, la magia de su ligereza, que había girado como si fuese líquido dorado, que había parecido que, esa noche, el príncipe la había amado más todavía y que Tatiana se había entregado plenamente.

Volvió a leerlo y los párpados empezaron a caérsele. Era agradable trabajar con Nikolai dormido al lado… era, incluso, relajante. Demasiado relajante, porque un rato después oyó que el ordenador chocaba contra el suelo y se dio cuenta de que se había quedado dormida.

–Déjalo… –susurró Nikolai cuando fue a recogerlo.

Lo dijo con amabilidad, eran las cuatro de la madrugada, pero, sin el resplandor del ordenador, volvía a estar a oscuras y con el brazo de él por encima. Si hubiese dejado el ordenador abierto, habría algo de luz.

Nikolai le puso la mano en el abdomen y ella lo miró. Se resistía a quedarse dormida, aunque le gustaría dejarse llevar y soñar para escapar de la oscuridad, pero sabía que, si él bajaba la mano, si la tocaba cuando estaba dormida, podría gritar. Tenía que quedarse despierta, pero le aterraba quedarse despierta en su yate y en la quietud de la noche. Las vistas panorámicas significaban que la oscuridad también era panorámica, que las sombras se balanceaban al compás del agua. Sintió náuseas.

¿Cómo podía levantarse y explicarle a un hombre que estaba aterrada por la oscuridad? Quizá él hubiese notado su pánico porque se acercó un poco más a ella, quien notó su incipiente erección en el

muslo. Pronto la desearía otra vez. ¿Cómo podía explicarle a un hombre con el que acababa de hacer el amor apasionadamente que, en la oscuridad, una simple caricia podría hacer que gritara? Decidió que no podía, que, sencillamente, no podía.

Se zafó de su abrazo, se levantó de la cama en silencio e intentó encontrar su ropa. El yate se inclinó un poco, o quizá fuese su estómago, pero se encontró de rodillas palpando en la oscuridad para encontrar el vestido. El pánico empezaba a adueñarse de ella y solo quería vestirse y marcharse a casa. Encontró el vestido y un zapato cuando oyó la voz de Nikolai.

–¿Qué haces?

–He pensado que podría marcharme a casa…

–¿A casa?

–Tú te marchaste –le recordó ella.

–Ya hemos hablado de eso y sabes el motivo.

El tono tranquilo de su voz solo consiguió que sintiese más pánico.

–Quiero irme a casa.

–Es noche cerrada.

–¡Ya lo sé!

Era el momento que menos le gustaba del mundo.

–Rachel…

Él empezó a decir algo, pero el rugido del pánico le impidió oírlo.

–Nikolai –ella se levantó con el vestido en una mano y soltó la verdad que nunca había dicho–. ¡Tengo miedo de la oscuridad!

Capítulo 9

LAS estrellas volvieron a brillar, la luz inundó la habitación y ella volvió a respirar.

Nikolai pensó que siempre tenía la piel blanca, pero que nunca había estado tan pálida. El pánico que veía reflejado en sus ojos le recordó a él mismo cuando, hacía años, se despertaba aterrado por los recuerdos.

–Vuelve a la cama.

–No puedo.

–Dejaré encendidas las luces.

–No quiero quedarme dormida.

–¿Tienes pesadillas?

Estuvo a punto de mentirle, de asentir con la cabeza, pero nunca le había mentido y le dijo una verdad a medias.

–No me gusta compartir una cama –ella sabía que eso no tenía sentido–. No me gusta dormir con alguien.

–No tenemos que dormir.

Él vio que ella cerraba los ojos mientras daba por supuesto que él volvía a la carga, pero no estaba proponiéndole que volviera a la cama para un maratón sexual.

–Si vuelves a la cama, te contaré cómo un huérfano como yo ha conseguido todo esto…

Él hizo que sonriera. En medio del pánico, la provocaba con sus propias palabras y la alejaba del miedo.

–Dijiste que no me lo contarías nunca.

–Incumpliré mi regla por ti.

Y siempre había sido una regla para él. Nunca llegaba tan lejos con nadie como para tener esa conversación. Sin embargo, los tiempos estaban cambiando y pronto les contaría su historia a sus amigos. Quería que Rachel la oyera primero.

–Vamos…

Él le tendió la mano y ella la tomó y volvió a la cama. Había agua con gas muy fría al lado de la cama y él le sirvió un vaso. Dio un sorbo y se sintió un poco mejor, sobre todo, por el tono tranquilizador de su voz grave.

Él no le preguntó nada más y ella lo agradeció. En cambio, le habló

de sí mismo.

–Tenía catorce años cuando me escapé. Tomé el transiberiano hasta Vladivostok. Era una liebre…

Ella frunció el ceño.

–Un polizón –le explicó él.

–Pero está lejísimos. ¿Cómo es posible que no te encontraran?

–Los pasajeros me ayudaron. Me escondían cuando llegaban los inspectores y me daban comida. Suele pasar en esos trenes. Acabaron encontrándome y me bajaron. Esperé dos días hasta el tren siguiente y llegué a Vladivostok, el puerto más grande de Rusia. Siempre había sido mi sueño. Pasé días observando los barcos y elegí uno en el que me embarcaría.

–¿Como polizón?

–Sí.

A ella se le puso la carne de gallina solo de pensarlo, dejó el vaso de agua y se puso de lado para mirar su maravillosa boca y escuchar sus palabras.

–Bueno, elegí el barco y me escondí en la bodega. Tenía algunos víveres, pero, cuando se acabaron, me escabullía por la noche para buscar comida. Estuvieron a punto de encontrarme cuando descargaron en Japón, pero conseguí esconderme en una tubería mientras cargaban más mercancía. Después de que el capitán revisara el barco, zarpamos otra vez y salí. Todo iba bien hasta que llegamos al Mar de China, donde había piratas…

Rachel abrió los ojos como platos.

–Es algo corriente. Esperan a que bajes la velocidad para entrar en un canal y se acercan en lanchas rápidas. Iban armados.

–¿Qué querían llevarse? ¿La carga?

–No. Esos querían dinero y joyas. Querían que abrieran la caja de seguridad y llevarse todo el dinero de las nóminas. Robaron a la tripulación y les dispararon. Cuando salí, el capitán, Yuri, estaba vivo, pero malherido.

–¿Le sorprendió verte?

–Un buen capitán no se sorprende por nada. Sin embargo, se enfadó. Luego me enteré de que se preciaba de revisar bien el barco antes de zarpar. Los polizones son un problema enorme.

–Como la mujer a la que ayudaste a dar a luz.

–Sí. Eso fue años después, pero los problemas son los mismos. Si los encuentran, tienen que repatriarlos y el barco paga los costes. En cualquier caso, aunque Yuri se enfadó, pudo ponerme a trabajar. Solo habían sobrevivido algunos tripulantes y yo podía ayudar. A sus órdenes, pudimos volver con el barco a Vladivostok. Yo estaba

aterrado de que fuese a entregarme, pero nos hicimos amigos durante el trayecto y, una vez allí, me ofreció parte de la carga, un montón de pantalones vaqueros, que recuperaría con el seguro. Podría haberme forrado.

Rachel sacudió la cabeza para indicarle que no lo entendía y él se lo explicó un poco mejor.

–Podría haber conseguido una fortuna en el mercado negro, pero, en vez de eso, le pedí que me enseñara todo lo que sabía sobre la navegación.

–¿Te lo enseñó?

–Todo. Fui marinero durante un par de años, pero él tenía un contacto y me fui al norte para trabajar en un rompehielos. Fue una temporada fantástica. Pagaban bien y me aclaré las ideas. Son unos barcos tan potentes que navegan sobre el hielo y lo aplastan. Es impresionante, pero no son estables fuera del hielo, por la quilla…

–Quiero montar en un rompehielos.

–Te…– él hizo una pausa y sonrió al pensarlo–. La potencia, el tamaño, la velocidad… Algunas veces miras atrás, al camino que has abierto y, aunque estás en el más grande y potente de los barcos, te sientes diminuto. Todavía me encanta el tiempo que paso en ellos.

–¿Es solitario?

–No. Hay películas, comes con la tripulación… Es una vida distinta. Además, si quieres, puedes estar solo. En cualquier caso, después de pasar un tiempo en el rompehielos, volví a Vladivostok y me encontré otra vez con Yuri.

–¿Cuánto años tenías entonces?

–Veinte.

Ella no podía creerse todo lo que había hecho siendo tan joven.

–Entonces, empezó el trabajo de verdad. Empecé a estudiar. Tenías que pasar un año en el mar para subir de categoría. Yuri me lo enseñó todo. Aprendí derecho marítimo, nóminas, aduanas, el cuaderno de bitácora, los trámites y la pesadilla que son los polizones. Llegué a contramaestre y necesitaba más tiempo de navegación y hacer unas prácticas para aspirar a ser capitán. Lo hice y acababa de recibir el título de capitán cuando Yuri me dijo que estaba muriéndose y que quería hacer un último viaje.

–¿No tenía familia?

–Era viudo y no había tenido hijos. Decía que yo era como un hijo para él y yo lo consideraba mi familia. Adopté su apellido cuando cumplí dieciocho años.

Había tenido razón al sentirse fascinada por él, podría escucharlo toda la vida.

–Bebimos y hablamos mucho durante ese último viaje y me enseñó algunas cosas más de la vida. Murió donde quería morir y lo enterré en el mar.

–No…

–Era lo que él quería. Era un buen hombre. Echó de menos a su esposa hasta el día que murió. Cuando falleció, descubrí que el contacto que había tenido en el rompehielos era en realidad uno de sus empleados. Era el propietario de dos rompehielos y del buque mercante en el que murió. Tenía millones y todo pasó a ser mío.

Rachel lo miró fijamente.

–Me lo dio todo.

–Te quería como a un hijo –comentó ella–. ¿Te alegras de no haberte quedado con los pantalones vaqueros?

Nikolai sonrió por la reacción de ella.

–Creo que no te das cuenta del dinero que podría haber ganado con ellos.

–Pero tú querías trabajar en un barco.

–Es lo único que he querido hacer desde que tengo uso de razón. Siempre pensé que mi padre tenía que haber sido marino. Nací queriendo navegar.

–Ahora son superyates.

–Sobre todo, pero también trabajo en un rompehielos dos meses al año. Hubo que desguazar el buque mercante. Fue muy doloroso, era un barco precioso… Entonces fue cuando me pasé a los superyates. Tengo tres. Vivo en uno y alquilo los otros dos.

–¿Todavía echas de menos a Yuri?

–Mucho. Era la única persona a la que le había contado lo que me pasó en el orfanato.

Ella parpadeó y él la observó.

–No quería contarlo, pero me aterraba la idea de que pudieran devolverme allí. Le conté que los otros chicos me maltrataban, pero él supo que era algo más. Me dijo: *«Beris druzhno ne budet gruzno»*. Si compartes la carga, pesa menos.

–¿Tenía razón?

–Sí. Yo tenía mucha rabia acumulada y estaba desorientado. La carga era muy pesada y él era muy equilibrado y seguro de sí mismo.

Ella estuvo a punto de contárselo, casi sintió que podía contárselo, pero sentía una vergüenza más profunda, que podía haber disfrutado, que algunas veces había tenido un orgasmo. No, había cosas que no podría decir nunca.

Él vio que ella se debatía por dentro y que abría la boca y volvía a cerrarla. También se acordó de lo difícil que había sido para él

contárselo a otra persona y no la agobiaría. Estaba empezando a amanecer y sabía cuándo dejar las cosas como estaban.

–Duérmete –dijo Nikolai–. Yo tengo que trabajar un poco.

Él se marchó y ella se quedó tumbada en su cama, pero tardó mucho en dormirse. Ocho noches más, ocho veces más que se dormiría, y luego él desaparecería.

Capítulo 10

LA felicidad de su propia cama no era tan maravillosa en ese momento. El domingo por la noche, después de un día delicioso, la habían llevado a su casa. Estaba intentando tomárselo con calma, intentaba aferrarse a un corazón que siempre había tenido acorazado. Decidió que sería él quien la llamara, pero ¿cuándo? Además, ¿por qué iba a querer ella implicarse más cuando la realidad era que él iba a marcharse enseguida?

El lunes, a las diez, llamaron a la puerta y le entusiasmó ver un ramo de flores enorme. Dio unos pasos de baile después de cerrar la puerta, abrió el sobre con emoción y se le cayó el alma a los pies. Era de la compañía de danza y era un detalle precioso, pero quería que las hubiese mandado él.

Pasó toda la tarde haciendo de profesora de baile suplente y justo cuando se derrumbó en un sofá, justo cuando había conseguido pasar sesenta segundos sin pensar en él, sonó el teléfono.

–¿Qué tal ha ido todo?

Ella sonrió por su voz y por esa falta de preámbulos.

–¿La verdad? –preguntó ella.

–Siempre.

–Me ha espantado –reconoció ella–. No soy una profesora nada natural. Primero tuve una clase de niños pequeños y era casi imposible que se concentrasen un minuto siquiera. Luego, tuve una clase de edad madura y creo que les exigí demasiado…

Él se rio y fue como terciopelo en su oído. Entonces, se quedó en silencio.

–¿Qué has hecho tú? –le preguntó ella.

–He trabajado un poco, he pensado un poco…

–¿Qué estás haciendo ahora?

–¿Por qué?

Él no podía ver la sonrisa de ella, pero sabía que estaba esperando que él propusiera algo.

–Estaba preguntándomelo –contestó Rachel.

–Estoy viendo la puesta de sol. Necesito tu dirección de correo electrónico para que pueda mandarte lo que escribiste.

Ella se la dio e intentó charlar un rato más, pero eso se le daba

muy mal a Nikolai. Ya tenía su dirección de correo electrónico y asunto resuelto. Ella quería que la invitara, pero se negaba a decirlo.

–¿Están llamando a tu puerta? –preguntó Nikolai.

–Sí.

–Entonces, te dejo que abras.

Él cortó la llamada y ella decidió que era el que estaba llamando a la puerta, que era un juego. Encantada, se levantó de un salto del sofá, pero no se encontró con Nikolai, sino con un hombre que le llevaba un paquete. No tenía ni idea de qué era y, además, tampoco encontró una nota cuando lo abrió, solo vio una lata… ¡una lata inmensa de caviar y una cuchara de nácar!

Incumplió todas las reglas y lo llamó inmediatamente.

–No hables con la boca llena –le advirtió él.

Efectivamente, casi no podía darle las gracias porque tenía la boca repleta de caviar.

–¡Es el mejor regalo! –exclamó ella–. Mejor que las flores.

–Para compensar el desayuno que me perdí.

–Nikolai… –sí, iba a incumplir todas las reglas–. ¿Cuándo podré verte?

–Mi chófer está fuera.

Fue prácticamente corriendo.

Era, sin duda, la semana más increíble de su vida. Mejor que cuando tuvo el papel de princesa cisne porque le hacían el amor por la noche y dormía por el día. Él le había dado un vuelco a su vida y tanta emoción le daba vértigo. Hasta le divertía dar clase a niños complicados de cuatro años cuando sabía que el chófer de Nikolai estaba esperándola fuera para llevarla a su yate.

Se dijo que no estaba enamorada de él. Intentó convencerse durante toda la semana de que solo era una diversión que necesitaba y de que todavía controlaba la situación. Era como una acompañante de lujo y, gustándole la idea, cerró la escuela de danza el viernes por la noche y el chófer le abrió la puerta, pero, esa vez, Nikolai estaba dentro.

–Tengo que pasar por casa.

Rachel sonrió con esa separación entre los dientes y le contó que el lunes tenía cita con el dentista… y otra cita con la masajista el martes. Tenía toda la semana siguiente llena de distracciones… porque él se habría marchado.

–No tardaré.

Ella se bajó del coche, pero él la siguió. Era una acompañante de lujo terrible porque, sin saber cómo, acabaron charlando en la cocina. Además, en vez de cenar, beber vino y bailar a la luz de la luna en su

yate, estaban sentados en el suelo de su sala comiendo unos espaguetis que había hecho ella.

Naturalmente, acabaron en la cama y ella no podía soportar que él fuese a marcharse muy pronto. Solo de pensar que la abandonaría en ese mundo sin él, quería zafarse de su abrazo y abofetearle su preciosa mejilla. Sin embargo, no lo hizo.

–Me iré.

Era alrededor de la una y él sabía que estaba cansada, y no quería que fingiera que dormía.

–Todavía no –ella fue a sentarse–. Tu pobre chófer…

–Está bien –la interrumpió Nikolai entre risas y tumbándola otra vez.

–No puedes dejarlo ahí abandonado.

–¿Qué propones, que venga con nosotros?

–No.

Le encantaba estar tumbada entre los brazos de él, con la cabeza apoyada en su pecho, acariciándole el abdomen y sintiendo su calidez.

–¿Has hablado con tu madre sobre el domingo?

–No –contestó ella–. Lo he intentado, pero no he podido. Está muy… –se puso tensa–. Es mejor no remover las cosas.

–¿Qué pasa si las remueves?

–Se desmorona de una forma espectacular. La verdad es que siempre ha sido así y creo que su matrimonio ha encallado, así que pronto tendremos otro drama.

–¿Cuánto tiempo lleva casada?

–¿Con este? –Rachel hizo un cálculo mental–. Tres años.

–¿Se ha casado muchas veces?

–Este es el tercero, pero ha tenido muchos novios y… –Rachel puso los ojos en blanco–. Será mejor que no le hable de ti y tus millones. Nadie está fuera de alcance en mi familia, se abalanzaría sobre ti…

–No llegaría muy lejos.

Rachel sonrió y casi se le cerraron los ojos, pero hizo un esfuerzo para abrirlos. Las luces eran deslumbrantes y sabía que a él le gustaba la oscuridad.

–Voy a marcharme –dijo él antes de que se quedara dormido.

–Quédate –replicó ella, porque era posible que tuviese menos miedo de la oscuridad con él al lado.

–¿Estás segura? No quiero que finjas que estás dormida.

–Estoy demasiado cansada para fingirlo.

Notó que él se reía levemente, pero entonces se acordó de que le daba más miedo que la tocara cuando estaba dormida que la oscuridad.

Nikolai notó las lágrimas en su pecho.

–Vete –dijo ella.

–No voy a dejarte cuando estás llorando. Voy a quedarme.

–Me da miedo que me toques cuando estoy dormida. Me desquicio.

–Entonces, no te tocaré.

Él hizo que pareciera muy sencillo. Ella se acordó de lo que le había dicho sobre compartir la carga y quizá pudiera contárselo. Casi se lo había contado al reconocer que le daba miedo que la tocara.

–¿Tuviste miedo cuando te escapaste? –le preguntó ella.

–Supongo que me daba más miedo quedarme. Hice una bolsa, escribí una nota y huí…

–Y creyeron que habías muerto.

–Corrí hasta el río. Quería llegar a la estación. Vi unos jóvenes que se peleaban. Empujaron a uno y los demás salieron corriendo. Yo fui a saltar al agua, dejé la bolsa y el chaquetón, pero alguien me detuvo, me dijo que ya era demasiado tarde y que si me lanzaba al río habría dos cadáveres. Supe que tenía razón y, además, oí unas sirenas. No quería que las autoridades me atraparan y huí otra vez. Quiero averiguar quién era él.

–Lo sabrás.

Nikolai quiso que ella se confiara a él, pero, cuando no le dijo nada, le contó algo más con la esperanza de que ella se abriera.

–Me llevé un barco que había tardado años en construir…

–Libby me contó que hacías barcos con cerillas.

–¿Libby y tú habláis de todo?

–No, de todo, no.

–¿De qué no habláis?

Rachel se quedó tumbada e intentó abrirse otra vez.

–¿Te acuerdas de ese libro erótico del que habló Daniil en la recepción? También me lo llevé.

–¿Por qué?

–Para recordarme a mí mismo que me gustaban las mujeres. Esa gente te altera la cabeza, Rachel.

–Bueno, no durante mucho tiempo. Tú encauzaste la tuya.

Él lo había conseguido y ella, no. La diferencia entre Nikolai y ella era que él había hecho algo, había tenido las agallas de escaparse y había dejado una nota para proteger a los demás. Ella, en cambio, se había quedado tumbada y había fingido que estaba dormida. No, no podía contárselo. Además, se marcharía muy pronto.

Notó su mano en el brazo y él la besó en la cabeza. Ella se quedó con la luz encendida y escuchó su respiración, que iba apaciguándose a medida que se quedaba dormido. Ella también estuvo a punto de

quedarse dormida, pero, entonces, oyó una voz del pasado en su cabeza. «Te encanta, ¿verdad?». Casi podía oír esa voz y sintió su turbación y desconcierto porque un hombre al que detestaba pudiera provocarle un orgasmo. Quiso incorporarse, pero tenía el brazo de Nikolai encima y se quedó tumbada intentando respirar hondo, sintiendo la caricia de su mano en el brazo hasta que, por primera vez en su vida, se quedó dormida con un hombre.

Capítulo 11

DOS noches más. Sin embargo, no era esa cuenta atrás emocionante de Navidad u otras fechas parecidas, era la atroz certeza de que, después de dos noches más, él se habría marchado. Él le había prometido una semana y le había parecido una buena idea en su momento.

Sin embargo, en ese momento, allí tumbada, le parecía como si estuviese a la deriva por el Mar de China y los piratas le hubiesen robado el corazón, la cabeza y un amor que nunca había llegado a saber que tenía.

Él estaba estirado a su lado. Era tan sexy que a ella le gustaba que ocupase más de la mitad de la cama.

–¿Qué hay de desayuno? –preguntó él.

Si ella se hubiese despertado alguna vez en la cama con un hombre y él le hubiese preguntado eso, ella habría contestado algo ingenioso, pero se rio.

–Caviar.

¡Ya iba por la segunda lata!

–Para mí, solo té.

Ella tuvo que trepar por encima de él para levantarse y estuvo a punto de no conseguirlo porque se dieron un beso delicioso con ella sentada en su pecho.

–Tres azucarillos.

–Eres un caradura. ¿Por qué no lo haces tú?

–Estamos en tu casa –contestó Nikolai.

–Claro y, cuando estamos en tu yate, te lo sirven.

–Si lo prefieres, puedes utilizar la cocina cuando quieras.

Sumergió la bolsita de té y decidió que no sería acuciante, pero tenía que saberlo y le preguntó sus planes mientras volvía al dormitorio.

–¿Adónde te marchas el lunes?

–A Francia –contestó él.

–Podrás ver la actuación de Anya –comentó ella haciendo todo lo posible por adoptar un tono despreocupado.

–No, no estrena hasta dentro de un mes y ya me habré marchado de Francia para entonces.

Ella le preguntó adónde y él se lo contó… y le dolió.

Nikolai se sentó, tomó la taza de té e intentó no fijarse en la decepción que se reflejaba en los ojos de ella. La interpretaba como no había interpretado a nadie más. Habían acordado una noche primero y una semana después. Había sido muy claro desde el principio, y ella también. Sin embargo, las cosas habían cambiado para Rachel.

–Voy a tener que echarte enseguida –Rachel hizo un esfuerzo para mantener el tono desenfadado–. Tengo cita en la peluquería a las nueve.

–Es verdad, hoy tienes la fiesta de despedida.

–No –replicó ella–. Voy a la peluquería todas las semanas. No soporto lavarme el pelo. Otra cosa sobre mí que no sabías.

Era una indirecta, una pequeña alusión a la noche anterior, y él supuso que estaba abochornada por haberle contado que le daba miedo que la tocaran por la noche.

Estaba equivocado.

Rachel estaba enfadada consigo misma por confiarse a un hombre que iba a hacerle añicos el corazón dentro de cuarenta y ocho horas, más o menos.

Sonó el teléfono y era su madre. Él bebió el té y escuchó la conversación, la parte de Rachel.

–Mamá, mañana van a bautizar a la hija de Libby y yo… –hubo una pausa–. No he dicho que no vaya a ir a la boda, pero estaba pensando que quizá pudiera ir solo a la celebración… –hubo una pausa muy larga y él cerró los ojos cuando Rachel cedió–. Muy bien, no te preocupes…

Era doloroso escuchar que una mujer tan firme cedía, pero no era quién para decir nada. Él no tenía familia y, naturalmente, no iba a dar consejos a Rachel sobre la suya.

Ella volvió al dormitorio cuando él estaba terminando de vestirse.

–Vaya, te largas… –comentó Rachel con cierta amargura.

Se avecinaba una discusión y él no la quería por ninguno de los dos.

–Tienes cita en la peluquería y yo tengo que organizar las cosas para marcharme el lunes…

Vaya, había mencionado lo innombrable. Sin embargo, tenía que organizar las cosas, no era un multimillonario ocioso en un superyate, se ocupaba de todo, desde las nóminas a la navegación…

Cuando fue a marcharse, los dos fingieron que no pasaba nada y se acercó a Rachel para darle un beso. Ella, sin embargo, no podía fingir ni un segundo más, ni siquiera podía darle el más leve de los besos, no podía dar otra pizca de su corazón a un hombre que no podía

corresponder a su amor. Apartó la cabeza con un brillo de rabia en los ojos de color esmeralda.

–Vete sin más.

Él se fue y hubo un momento, cuando cerró la puerta, en el que estuvo segura de que lo había perdido.

Nikolai llamó a la ventanilla con los nudillos para despertar a su chófer y volvió a su yate. Una vez allí, mientras trazaba la ruta que seguirían el lunes, se sintió desconcertado. La primera semana en Londres había sido muy larga, pero la segunda, con Rachel, había pasado volando. Estaba acostumbrado a aventuras cortas, a poner la proa, literalmente, hacia el horizonte sin mirar atrás.

Esa vez era distinto.

Sev volvía al día siguiente y, después del bautizo, los tres amigos se reencontrarían. En ese momento, estaba deseándolo en vez de temiéndolo. Además, aunque no le encantaban los bebés, le había encantado reencontrarse con Daniil, y con Libby. Incluso con Anya.

Había una historia, un pasado en común, y tomó la foto que le había dado Daniil para mirarla con detenimiento.

Le gustaba estar en contacto otra vez. Más aún, le gustaba estar allí. Siempre le había gustado visitar Londres, pero nunca tanto como esa vez. Por primera vez, había un sitio que no quería abandonar… ¿o era una persona? Una mujer que, como él, no había querido implicarse demasiado. Sin embargo, lo estaban.

Había huido una vez de lo peor que podía pasarle. En ese momento, tenía la sensación de que estaba huyendo de lo mejor. Se acordó de los labios tensos y de la rabia que había visto en sus ojos, de que, en silencio, le había dicho lo dolida que estaba. Entonces, supo que su amor había nacido.

Rachel fue a la peluquería, pero no sirvió de gran cosa. El secador era ensordecedor y la conversación irritante. Le espantaba cómo habían terminado e hizo un esfuerzo para no mandarle un mensaje.

Después de la peluquería, fue a una tienda de lujo para comprarle un regalito a Nadia. Iría a la semana siguiente con una tarta e intentaría reparar el daño a su amistad que significaría que no fuese al bautizo. Sabía perfectamente lo que quería y observó mientras guardaban en la caja una bailarina de porcelana. Dio una vuelta por la tienda mientras la envolvían para regalo. Entonces, vio un pequeño barco de cristal. Era precioso, lleno de detalles y perfecto para Nikolai.

¿Por qué iba a hacerle un regalo? Porque quería. Resopló cuando preguntó el precio. Estaba muy, muy lejos de su alcance. Entonces,

pensó en lo que había sentido entre sus brazos y que, además, él había perdido su barco. No se trataba de dinero, pensó mientras entregaba la tarjeta de crédito y se armaba de valor. Esa mañana se habían separado de mala manera, al día siguiente tenía la boda… El tiempo se agotaba y estaba perdiéndolo con escaramuzas.

Quería que las cosas acabaran con una sonrisa, él se merecía eso por lo menos.

Contenta con la adquisición, dispuesta a que las cosas salieran mejor la próxima vez que se viera con Nikolai, se dirigió a su fiesta. Los amigos y colegas se habían reunido y Libby había llevado a la pequeña Nadia. Había tarta, champán y todas las cosas prohibidas, André entre ellas. Ella fue cortés, pero no le hizo caso.

Cortó la tarta, se pronunciaron un par de discursos y luego, cuando la habitación se quedó a oscuras, se sentó al lado de Libby para ver en una pantalla un montaje de su carrera profesional. Incluso, hubo secuencias de cuando tenía quince años, cuando recibió una beca y estuvo interna. Algunas clases y mucha danza. Podía acordarse del alivio que sintió al marcharse de su casa. Era muy joven, pensó mientras se veía a sí misma, y la rabia le atenazó el corazón por lo que aquel malnacido le había hecho a aquella chiquilla.

–Déjamela un rato –le pidió a Libby.

Su amiga le pasó a Nadia y ella siguió viéndose bailar.

–¡Oh!

Salió la princesa cisne y fue un recuerdo precioso. Luego, apareció otra vez, pero esa noche el vestido le había quedado muy corto.

–Me acuerdo de que te perdieron el vestido –comentó Libby entre risas.

–Voy a tener que editarlo –replicó Rachel.

Era tan alta que aquella noche se le vieron las rodillas.

Era un recuerdo maravilloso de todos sus años de bailarina. Entonces, las luces se encendieron otra vez. Su carrera había llegado a su fin y ella no sabía adónde se dirigía, en ningún aspecto de su vida.

–Nos encantaría que estuvieses mañana –le dijo Libby mientras se marchaba–. Entiendo que tienes que ir a la boda, pero quiero que sepas que te echaremos de menos.

–Lo sé.

Le desgarraba el corazón no poder ser la madrina de Nadia. Además, estaría en una boda en la que no quería estar y todo porque no sabía negarse.

–Voy a tener que marcharme –se excusó Libby.

–Muchas gracias por haber venido.

–No iba a perderme tu fiesta de despedida…

Libby no terminó de decir lo que estaba diciendo. Al fin y al cabo, ella iba a perderse el bautizo. Había una pequeña cuña entre ellas y entendía por qué; eran amigas íntimas y le dolía que no fuese a estar allí al día siguiente.

La gente empezó a retirarse y ella decidió que también podía excusarse y marcharse.

–Te llevaré –le ofreció André.

–No hace falta –replicó Rachel intentando decirlo en un tono desenfadado.

–Vamos, Rachel… –André lo dijo intentando ser juicioso–. Tenemos que hablar y es mejor que lo hagamos ahora que en una cena de Navidad dentro de cinco años.

Ella sabía que tenía razón. Era mejor que dijera lo que tenía que decir en ese momento y no dejar que se pudriera durante cinco años, por eso se montó en el coche.

–No íbamos a llegar a ninguna parte –comentó André mientras la llevaba a su piso–. Dejaste muy claro que no querías algo serio.

–Eso ya lo sé –replicó ella–, pero vas a casarte con mi prima y no está bien.

–Shona está embarazada. Si no lo estuviese…

–No quiero oírlo. ¡No quiero saberlo!

Rachel miró fijamente al frente, le costaba ordenar el batiburrillo de sentimientos que tenía en la cabeza. André creía que estaba celosa y no podía estar más equivocado. Hizo todo lo posible para expresarlo.

–Solo quiero que el trabajo, mi vida privada y la familia estén separados, pero, ahora, cada maldita Navidad, cada boda… –ya habían parado delante de su casa y sabía que no estaba explicando bien las cosas–. No estoy enfadada solo contigo. A Shona le ha dado igual que seas mi ex. ¿Sabe que seguíamos acostándonos cuando la conociste? –entonces, como se trataba de hablar en ese momento o callarse para siempre, dijo una verdad sombría–. Os presenté en Singapur. No sabía que os veíais, pero sí sé que nos acostamos después de Singapur y que no lo habría hecho si hubiese sabido que estabas viendo a mi prima.

Estaba furiosa, abochornada y desconcertada. Se bajó del coche y se dirigió hacia su casa.

–¡Rachel! –André la siguió–. No te largues así –la alcanzó en la puerta–. Mira, tú y yo nos conocemos. Me has dicho que no quieres flores y corazones y que Shona y yo vayamos a casarnos no nos cambia.

–¿Qué?

–Entiendo que estés dolida, pero eso no cambia nada…

Algunas veces, las cosas más dolorosas no se captaban al principio. Se sintió tan atónita cuando la besó que se quedó inmóvil. Él le rodeó la cintura con el brazo justo cuando lo comprendió. Iba a casarse al día siguiente y, aun así, se acostaría con ella esa noche. Se quedó paralizada. Podía notar su boca y quería retroceder, pero se quedó ahí hasta que, de repente, André salió disparado hacia atrás. Tardó un momento en darse cuenta de que Nikolai lo había empujado y tenía a André agarrado de la nuca.

–Vete adentro –le ordenó a Rachel en un tono más que sombrío.

–Yo no…

¡La había visto con André! Nikolai había visto la lengua de André lamiéndole el cuello y… estaba furioso.

–Nosotros no…

–Vete adentro –repitió él con un bramido.

Ella entró corriendo en su casa y, poco después, Nikolai apareció por la puerta. Tenía la respiración algo entrecortada y seguía muy furioso. Sin embargo, ella, en vez de huir de él, corrió hacia él para explicarse, y se quedó perpleja cuando la recibió entre los brazos. Se movió muy despacio porque, cuando la abrazó, cuando se encontró entre sus brazos, tardó un momento en darse cuenta de que, efectivamente, estaba furioso, pero no con ella.

Capítulo 12

NO estaba enfadado con Rachel. Había visto su expresión cuando André la había estrechado contra él, había captado su miedo e impotencia porque él también había pasado por eso.

–No iba a hacer nada. No me habría acostado con él…

Rachel lo alegó, pero sabía que él no la creería, ni siquiera ella se creía a sí misma. La cabeza le daba vueltas con distintas situaciones.

Él la llevó a la sala, Rachel se sentó en la butaca y Nikolai se agachó a su lado. Ella se acordó de esa mañana y de la dolorosa separación. Que hubiese vuelto para verla debería hacer que el corazón se le disparara, pero la había encontrado entre los brazos de otro hombre.

–No sabía qué hacer –siguió ella.

–Lo sé.

–No lo sabes –replicó ella.

–Entonces, cuéntamelo.

–No puedo –ella miró esos ojos grises que la miraban con impaciencia y se preguntó si podría–. Me dominó el pánico.

–¿Y no podías moverte? –le preguntó él–. ¿Era como si no te saliera la voz y como si nadie pudiera oírte aunque te saliera?

Él podía acordarse del bocinazo del autobús del colegio, de que sabía que estaba marchándose y de que se quedaba paralizado por el desconcierto y el miedo.

–Era como cuando el novio de mi madre… –ella se miró las manos. Él las tenía entre las suyas, pero estaba segura de que se las soltaría enseguida–. Iba a mi dormitorio, se sentaba en la cama para darme las buenas noches y, al principio, jugaba con mi pelo. Algunas veces, me quedaba tumbada y oía ruidos, pero me decía a mí misma que estaba imaginándomelos, pero, entonces, empezó a tocarme.

Ella volvió a mirar los dedos de él, que le tomaban los suyos con calidez.

–¿Se lo dijiste a tu madre? –le preguntó él.

–Lo intenté. Le dije que él hacía que me sintiera incómoda, pero ella se enfadó y me dijo que estaba celosa porque ella estaba feliz por fin. Dijo que siempre montaba un drama donde no había nada y que él me había tratado mejor que mi propio padre. Me recordó que él me

pagaba el ballet y ¿sabes una cosa? –Rachel tomó aliento–. Yo, por una parte, no quería que él la dejara porque sabía que mi madre volvería a derrumbarse. No sabe vivir sin un hombre al lado y es posible que no se lo dijera con suficiente firmeza, no lo sé.

–Yo sí lo sé –replicó Nikolai–. Ella lo sabía, pero no quería saberlo.

Efectivamente, él seguía tomándole las manos, pero ella sabía que dejaría de tomárselas enseguida porque no le había contado lo peor de todo.

–No quería que ella se derrumbara y quería las clases de ballet –esa era la verdad engañosa.

–Claro, no me extraña.

–Quería que me dieran una beca y salir de esa casa para siempre. Además, eso implicaba que me diesen más clases, clases privadas. Recuerdo que llegaba la factura trimestral, que mi madre se alteraba y que él decía que era demasiado. Luego, llegó también la factura del vestuario y el presupuesto del aparato de dientes. Él dijo que necesitaba el aparato y que lo pagaría él… –Rachel volvió a tomar aliento–. Yo le dije que quería el ballet y, al decirlo, supe lo que pasaría. Esa noche, fingí que estaba dormida y él fue a mi dormitorio y me dijo que no tenía que preocuparme, que él se ocuparía de la factura. Entonces, en vez de sentarse en la cama, se metió dentro…

–Es suficiente.

–No, no lo es –Rachel sollozó–. Yo fingí que estaba dormida y fue espantoso, pero, cuando volvió a la noche siguiente, yo, al parecer, disfruté…

–¿Eso fue lo que él dijo?

Rachel se moría de vergüenza, se sentía como si quisiera salir de su piel, dejar la carcasa encima de la butaca y largarse de allí antes de revelar el desastre que era por dentro.

–*Beris druzhno ne budet gruzno* –dijo Nikolai.

Ella quiso creerlo porque la carga era muy pesada.

–Alguna vez, tuve un orgasmo.

Ella cerró los ojos con todas sus fuerzas, aunque sabía que ni siquiera eso podría protegerla de su repugnancia. Esperó un bufido de asco, una bofetada en la mejilla o el portazo de la puerta. No sucedió nada de todo eso. Abrió los ojos y Nikolai seguía agachado a su lado como antes, exactamente igual que antes.

Él lo sabía todo sobre un cuerpo que había despertado demasiado pronto, del remordimiento y aturdimiento que causaba.

Él seguía allí. La abrazó mientras ella soltaba los pensamientos contradictorios, el terror y la vergüenza de un cuerpo que había reaccionado. Entonces, ella se dirigió a él con rabia.

–Tú, al menos, hiciste algo, te escapaste. Yo me quedé y fingí que estaba dormida.

–También te escapaste –replicó él–. Conseguiste la beca –él tomó el batiburrillo de su cabeza y lo ordenó–. Si no hubiese sido el ballet, él habría utilizado otra cosa. ¿Te recordó lo mal que lo pasaría tu madre sin él?

Ella asintió con la cabeza.

–A mí me dijo que denunciaría a Sev por hacer trampas, que perdería la oportunidad de ir a un buen colegio.

Rachel tomó aliento y él siguió.

–Me escapé de aquel hombre como tú lo hiciste. Además, el día que se lo conté a Yuri fue el día más complicado, pero también fue el mejor día porque te tienen atenazados por una vergüenza que no te corresponde. Llegué a creer que mis amigos pensarían que me gustaba o que yo era gay cuando sabía que me gustaban las mujeres. Entonces no entendía ese miedo y que, además, el mero rozamiento puede hacer que tengas un orgasmo, pero eso no es placer. Ese malnacido consiguió que tuvieses miedo de la oscuridad y de que te tocaran por la noche, evidentemente, no sentiste placer de verdad.

Rachel abrió los ojos y él seguía allí. Efectivamente, se había dejado la piel, pero lo que había en la butaca no era una carcasa, era ella misma. Él estaba allí y había pasado por lo mismo. Ese hombre fuerte y sereno había sentido el mismo miedo que ella.

Se había quedado en los quince años, atrapada en un cuerpo culpable para el que cada orgasmo era un conflicto y hacía que se sintiera mal. Quería sentirse más ligera, y casi se lo sentía, no del todo.

–¿Quieres enfrentarte a él? –le preguntó Nikolai.

Lo había soñado. Había soñado que se enfrentaba a ese hombre como una mujer adulta, no como una niña, y que descargaba toda la rabia que acumulaba dentro.

–¿Lo quisiste tú?

–Lo quise, pero Yuri se ofreció a ocuparse de él. Supongo que entonces decidí que no quería. No quise volver a verlo ni a concederle nada más de mi vida. Sin embargo, lo pensé.

A ella le pasaba lo mismo todos y cada uno de los días.

–¿Quieres que me ocupe de él? –se ofreció Nikolai.

¿Quería decir…?

Rachel no se atrevía a constatar lo que él había insinuado, pero, por primera vez desde su confesión, sonrió y él miró esa boca tan hermosa y la separación entre los dientes, era perfecta para él.

–No –contestó Rachel–, pero gracias.

–¿Va a estar en la boda? –le preguntó Nikolai.

–No, no –Rachel sacudió la cabeza–. Rompieron un par de semanas después de que me marchara a la escuela de danza.

–Qué casualidad.

Ella vislumbró su furia aunque no se reflejaba en sus ojos. Quería dormir, pero todavía tenía que hacer frente al suplicio de la boda.

–No quiero ir a la boda.

–Entonces, no vayas –contestó Nikolai como si fuese así de sencillo.

–Tengo que ir –entonces, Rachel pidió ayuda cuando no la pedía nunca–. Acompáñame. No te pido que conozcas a mi familia ni que seas un acompañante oficial ni nada de eso, pero me ayudaría que estuvieses allí.

–No puedo hacerlo –él sacudió la cabeza–. No voy a ir a la iglesia para ver al novio, con un ojo morado gracias a mí, que dice los votos que los dos sabemos que son mentira…

–¿Le has puesto un ojo morado?

–Sí. Además, te diré otra cosa. También tendrá amoratada otra parte del cuerpo gracias a mi rodilla. No va a ser una noche de bodas muy buena.

Ella estuvo a punto de sonreír, pero no lo hizo. Le había pedido una cosa y él se la había negado, y era inflexible.

–Ya es hora de que te niegues a lo que no quieres y de que aceptes lo que sí quieres.

–No puedo negarme. Mi madre…

Nikolai supo que no había nada que hacer. Habían despreciado tanto su voz que ya no sabía utilizarla, aunque él sabía que eso no era así. Él creía en Rachel mucho más que ella misma.

Recordó por qué estaba allí, por qué se había detenido. Se había pasado el día no solo pensando, sino actuando conforme a lo que había pensado, pero no era el momento para que ella lo supiera. Podía ver que ella estaba conteniendo las lágrimas, como le había pasado a él cuando se lo contó a Yuri por fin. Necesitaba tiempo para aclararse las ideas, pero tenía que aclarárselas deprisa si quería descartar la idea de ir a la boda. Él podía quedarse y presionar para que fuese juiciosa, pero no actuaba así. Solo quería lo mejor para ella y eso significaba que aclarase las cosas ella sola.

Sabía cómo hacerlo. La soltó y le tomó la cara entre las manos.

–Tienes que hacer lo que te convenga –siguió ella.

–Lo sé.

–Nikolai…

Ella quería volver a pedirle que la acompañara al día siguiente, pero era demasiado orgullosa como para pedírselo dos veces. Sin

embargo, entonces, justo cuando había reunido el valor para pedirle que se lo pensara, él la besó. Estaba agachado ante ella y le introdujo la lengua en la boca con un beso sensual. Fue ligeramente posesivo y ella pensó que quizá estuviese reclamándola después de lo que había pasado con André. Además, había anhelo, siempre lo había con Nikolai, pero, cuando él fue a acercarse, cuando le separó las rodillas para acercarse más todavía, sucedió algo muy extraño. Notó que ella también introducía la lengua en su boca, hasta que, de repente, se paró.

–Nikolai…

Ella se apartó. Acababa de contarle la parte más sombría y complicada de su vida, André acababa de agredirla y era insensible, como mínimo, darse un beso. Además, él ya no tenía las manos en su cara, sino que le subían el vestido y eso indicaba que estaba pensando en algo más que un beso.

–Ahora no… –se limitó a decir ella.

–¿Cómo dices? –preguntó él.

–Es que… –Rachel notó que él dejaba de acariciarle los muslos–. Necesito algo de tiempo.

–¿Tiempo? –volvió a preguntar Nikolai con el ceño fruncido como si no hubiese entendido la respuesta.

–¡No estoy de humor para hacerlo en la butaca!

Estaba enfadada. Efectivamente, había estado encantador y todas esas cosas mientras se lo contaba, pero eso era excesivo.

–Acabo de decírtelo… –ella no quería volver al asunto de los abusos y cambió de tema–. Acabo de pedirte que me acompañaras a la boda. Me ha costado mucho pedírtelo… –¿adónde quería llegar?, se preguntó a sí misma–. Necesito un poco de tiempo para pensar.

–¿No puedes pensar conmigo?

–No si estás acariciándome –contestó ella en tono tajante–. ¿Te importaría marcharte?

–¿Quieres que me marche?

–Sí.

Ella se levantó y se bajó el vestido de esa forma que le encantaba a él.

–¿Estás segura? ¿No podríamos…?

–Estoy segura, Nikolai.

Incluso, le abrió la puerta.

–Mándame un mensaje si necesitas algo –dijo él.

–Claro.

–Lo digo en serio.

Cuando él se marchó y ella se quedó sola en el pasillo, se derrumbó

por fin y empezó a llorar. Él se quedó un momento al otro lado de la puerta y pudo oír su llanto. Dominó las ganas de volver a entrar. Él también se había hecho un ovillo en la cama cuando se lo contó a Yuri y aquella había sido la última vez que había llorado, cuando se desprendió del pasado. Entonces, a la mañana siguiente, Yuri había llamado a la puerta, había asomado la cabeza y le había dicho que estaba retrasándose, que tenía que ir a la cocina a preparar el desayuno. Era una normalidad nueva. Salió del camarote siendo un joven distinto.

Efectivamente, Rachel necesitaba tiempo para estar sola y él volvió a su yate.

Años después, Yuri le había contado que se había quedado toda la noche preguntándose si le había dicho lo acertado, queriendo comprobar que él estaba bien aunque sabía que necesitaba espacio. Había estado solo, pero alguien que lo quería había estado pensando en él.

Se sentó y bebió vodka aromatizado con jengibre con el teléfono al lado. Rachel estaba en su casa, pero no estaba sola. Ella necesitaba llorar, pero no por él, sino por la chica de quince años que había sido y por las casi dos décadas de remordimiento y vergüenza que había arrastrado.

Rachel lloró y lloró hasta que se enfadó. Entonces, empezó a buscar con el ordenador, intentó encontrar su nombre y dónde vivía, se imaginó que cruzaba Londres y… Sin embargo, ella, como Nikolai, tampoco quería concederle a él otro capítulo de su vida, no quería pasarse unas horas en la comisaría explicando por qué había atropellado a ese malnacido o había tirado su puerta de una patada. Quería empezar su vida, una vida nueva, libre del pasado. Sí, quería tener una vida plena. Entonces, se sintió más tranquila, como nunca se había sentido. Yuri tenía razón porque, además, se sentía más ligera.

Pensó en mandarle un mensaje a Nikolai para darle las gracias por haberla escuchado, pero se acordó de que estaba enfadada con él porque había querido meterle mano. Malditos hombres… Se había negado encantada de la vida. ¡Se había negado! Se había negado y podía hacerlo otra vez. En vez de buscar la dirección del hombre que había abusado de ella, tomó el teléfono.

–Hola, mamá.

–No vas a creértelo –comentó Evie–. Mary acaba de llamarme y me ha contado que han atacado al pobre André en su despedida de soltero…

Rachel puso los ojos en blanco ante el improvisado intento de André para disimular lo que Nikolai debía de haberle hecho en la cara.

–Mamá –Rachel tomó aliento–. No voy a ir a la boda.

–No empieces.

–Mamá, yo salía con André…

–Ya estás montando un drama. Eso fue hace siglos.

–Nos acostábamos justo hasta que me contaste que estaba prometido con Shona.

Rachel prefirió no contarle a su madre lo que pasó después o lo que había pasado esa misma noche, aunque su madre siguió y ella pensó que tampoco habría servido de gran cosa.

–Rachel, mi hermana se ha portado muy bien conmigo y si piensas por un instante que voy a permitir que arruines la boda de su…

–Mamá –la interrumpió Rachel–. Me han pedido que sea la madrina de Nadia y quiero serlo. Me lo tomo muy en serio. Quiero estar a su lado si me necesita y eso empieza en este momento. Quiero que pueda hablar conmigo…

–Rachel…

–No –volvió a interrumpirle Rachel–. No voy a ir a la boda. No voy a mirar a otro lado y fingir que no pasa nada. Tú puedes, pero yo no voy a hacerlo. Jamás. Voy a ser la mejor madrina que pueda…

Al contrario que ella. No lo dijo, pero Rachel hizo una pausa desafiante por si su madre quería seguir con esa conversación. Ya tenía una voz propia e iba a utilizarla.

–Muy bien, al parecer, has tomado una decisión –concedió Evie.

La había tomado, y también había tomado más decisiones sobre otras cosas.

Primero, escribió un mensaje a Libby para decirle que estaría encantada de ir al bautizo y que, si no causaba mucho problema, le emocionaría ser la madrina de Nadia. Luego, buscó el artículo que había escrito sobre la última función de *El pájaro de fuego* y lo publicó en su blog.

Sacó el vestido para el día siguiente y el regalo que había comprado para Nadia, y supo que había mentido. No solo a Nikolai cuando se lo preguntó, sino a sí misma. Sí quería tener hijos. Le había aterrado pensar que podría no ser una buena madre, pero lo sería, en ese momento lo sabía. Los dos podrían dejar la luz encendida por la noche, pensó con una sonrisa, que se disipó cuando notó otro arrebato de lágrimas. No eran lágrimas de vergüenza ni de rabia, eran lágrimas de tristeza por el hombre que echaría de menos toda su vida.

Capítulo 13

UNA normalidad nueva.

Estaba en la bañera con rulos en el pelo y bolsas de té en los ojos, pero la ansiedad que la había acompañado como una losa durante tanto tiempo se había esfumado. Ese día le apetecía mucho y también le daba miedo. Ser la madrina de Nadia y estar entre amigos en vez de estar en esa farsa familiar era el día perfecto, pero Nikolai se marchaba.

Aun así, no iba a permitir que eso le estropeara las cosas a ella o a su amiga y salió de la bañera. Se quitó los rulos calientes y se vistió con esmero para el bautizo. Había elegido el precioso vestido verde y los zapatos color carne. Esa mañana se había cambiado los zapatos por unas sandalias de tacón alto que eran un poco vulgares para la iglesia, pero que estaban muy bien para llevarlas en casa. Se maquilló, se miró los dientes y se acordó de que al día siguiente tenía que ir al dentista por el aparato. Sin embargo, en ese momento, la separación de los dientes le parecía menos importante.

Fue en taxi a la iglesia y sintió un manojo de nervios en las entrañas cuando se paró y miró por la ventanilla.

–Espere un momento –le pidió al taxista.

Iba a costarle mucho despedirse y necesitaba un momento para esbozar una sonrisa imborrable.

Vio a Sev y Naomi, que habían vuelto de la luna de miel, y a Daniil y Libby que hablaban con Anya. También estaba Nikolai. Llevaba un traje oscuro, se había afeitado y estaba hablando con Libby como si no le importara nada en el mundo. Nunca lo había visto tan relajado y contento. Le parecía injusto que pudiera estar tan sereno cuando a ella se le estaba desgarrando el corazón, pero se prometió a sí misma que esa vez lo haría bien. Las dos últimas despedidas habían sido espantosas. Pensó en cómo había eludido su beso el día anterior por la mañana y en que esa misma noche le había abierto la puerta para que se marchara.

Había sido sexo para él y eso había conseguido ella.

Él lo había sido todo para ella y la tercera vez se despediría con cariño. Le daría el regalo y le agradecería todo lo que había hecho por ella porque, efectivamente, se sentía más ligera, aunque tuviese el

corazón desgarrado.

Se bajó del taxi con la sonrisa muy firme y se acercó al grupo. Libby, con Nadia en brazos, se alegró tanto de verla que se separó un poco y casi se abalanzó sobre ella.

–Me alegro de que hayas podido venir. ¿Tienes que marcharte después?

–¡No, no! –exclamó Rachel antes de mirar al bebé.

Estaba envuelto en la manta que le había regalado ella y estaba dormido y satisfecho.

–¿Te imaginas a Anya de madrina?

Las dos se rieron en voz baja.

–Tenemos un invitado sorpresa –le contó Libby–. Nunca adivinarías…

Libby no terminó porque Anya, la Reina de Hielo, se había acercado y ¡había besado a Rachel en las dos mejillas!

–Leí tu comentario –le dijo Anya–. Es impresionante. Rachel, estaré en contacto y veremos lo que podemos hacer para que tengas unas entradas la noche del estreno…

¡Dios mío!

Entonces, Anya se dio la vuelta, como todo el mundo, cuando llegó un coche y Rachel se quedó perpleja. ¿Era Daniil quien estaba bajándose? No, él ya estaba allí. ¡Era Roman!

–Oh… ¿no es el desaparecido? –preguntó Rachel.

–Nunca ha estado desaparecido –intervino Anya con desdén–. Ha estado en París.

–Sabías dónde estaba y no se lo has dicho a Daniil… –le reprochó Libby.

–¿Has oído hablar de las novias rusas por encargo? –preguntó Anya con una sonrisa jactanciosa–. Roman era el novio por encargo de una mujer rica, de mediana edad y aburrida de París.

–No… –Rachel empezó a reírse.

–Sí –replicó Anya con desprecio–. Un *Alfonso*…

Ella se dio la vuelta cuando notó que Nikolai estaba al lado.

–¿Qué significa un *Alfonso*? –preguntó Rachel.

–Un gigoló –él sonrió, pero se puso serio enseguida–. Lo has conseguido.

–Sí –Rachel asintió con la cabeza–. Llamé a mi madre y le dije… –ella sacudió un poco la cabeza–. Da igual. ¡Estás muy guapo!

Lo estaba. En realidad, Nikolai iba vestido para una boda. A pesar de la acritud del día anterior, había decidido que vería cómo sumergían al bebé, que cruzaría toda la ciudad para ir a la boda y estar al lado de Rachel y que luego volvería corriendo para hablar con

Sev. Al fin y al cabo, para eso estaba allí. Sin embargo, los motivos habían cambiado en ese momento.

Miró a la mujer que lo había conseguido. Había leído su artículo hacia la dos de la madrugada y estaba muy, muy orgulloso de ella. Efectivamente, había pasado toda la noche pensando en ella.

–He visto que has publicado tu artículo. Anya se ha sonrojado…

–Sí, lo publiqué –Rachel asintió con la cabeza y fue valiente otra vez–. ¿Podemos hablar después de la celebración? Sé que te marchas mañana y yo…

–Voy a reunirme con Sev y los demás –la interrumpió Nikolai–. Él toma el avión a Nueva York esta noche y van a venir al yate para que podamos hablar.

–No pasa nada.

Rachel sacudió la cabeza. Había querido darle las gracias y entregarle el regalo, pero no podía hacerlo sin llorar.

–Podrías pasarte cuando se hayan marchado –le propuso Nikolai.

Qué raro…, pensó ella al acordarse de lo que había intentado la noche anterior.

–No creo.

–Como quieras.

Nikolai se encogió de hombros y se alejó. Ella resopló con rabia, pero se olvidó inmediatamente. Ese día había una protagonista especial, Nadia Rachel Zverev, y eso sí que le hacía llorar.

Fue una ceremonia preciosa y Rachel se alegró mucho del esfuerzo que había hecho para estar allí. En vez de tener que marcharse corriendo después de la ceremonia para asistir a una boda a la que no quería asistir, volvió al enorme piso de Libby y Daniil.

Hablaron, se rieron, bebieron champán y comieron pasteles rosas. En realidad, ¡todo era rosa!

Cuando la reunión empezó a disolverse, Nikolai miró por el ventanal. Era la misma vista que la semana anterior, pero con alguna diferencia. Unos nubarrones estaban formándose después de dos semanas calurosas. Estaba gestándose una tormenta y sería espectacular verla desde ese ático. Le encantaba ver las tormentas en el mar, sentirse en medio, sentir el embate de las olas y la fuerza de la desatada naturaleza.

Rachel se acercó, se quedó a su lado y él la miró con una sonrisa. Ella era la tormenta de su vida… y a él le gustaban las buenas tormentas. Vio que tenía a Nadia en brazos.

–Para ser alguien que no quiere tener hijos, no puedes soltarla –comentó Nikolai.

–Llora cuando la dejas –le explicó Rachel.

Además, ella también lloraría, pero no como antes. Derramaría lágrimas curativas, no de arrepentimiento. No se arrepentía de nada de todo el tiempo que había pasado con Nikolai. Incluso, lo que había pasado con André la había llevado a un sitio mejor.

–Creo que he cambiado de opinión sobre no tener hijos –ella captó el leve sobresalto de él–. No te preocupes, Nikolai, hemos tenido cuidado y tomo la píldora. No voy a llamarte por un teléfono vía satélite ni a mandarte un mensaje en código morse… –vio que él fruncía el ceño levísimamente–. Ni a decirte que estoy embarazada con señales de luz.

Ella consiguió que él sonriera.

–Siempre puedes mandarme un mensaje de texto –replicó él con ironía.

–Me gusta la idea de las señales de luz.

Sonrieron y volvieron a su preciosa primera noche. Él tranquilo y sereno, ella aturdida e intentando ordenar las cosas en la oscuridad de su cabeza.

–Gracias –Rachel dijo lo que había querido decir en privado–. Gracias por un par de semanas increíbles y por…

No, no pensaba llorar allí.

–Como ya te he dicho, puedes darme las gracias en persona esta noche.

–No creo.

Ella ya quería algo más que aventuras de una noche y relaciones esporádicas. Fue a rebuscar en el bolso para, con un poco de suerte, darle el regalo con discreción, pero la interrumpieron.

–Nikolai…

Se dieron la vuelta al oír su nombre y, una vez que la fiesta se había disuelto, había llegado el momento de que esos hombres hablaran de sus cosas después de tantos años. Rachel se recordó que por eso se había quedado él esas dos semanas, que ella solo había sido un entretenimiento durante ese tiempo, pero, aun así, no se lo reprochaba.

–Si no puedes ir esta noche, ¿qué te parece mañana? –le preguntó Nikolai.

–Mañana tengo que ir al dentista. Aunque, si estoy pensando en tener hijos, quizá no debería malgastar ese dinero en mis dientes… –ella parpadeó y sonrió–. Creo que es la primera vez que no tengo un pensamiento egoísta.

–Yo creo que no tienes nada de egoísta.

–Lo soy –replicó ella–. Hago y digo lo correcto, pero me corroe el resentimiento.

Se sonrieron.

–¿Desayunamos mañana? –le ofreció Nikolai.

–No lo sé –reconoció ella.

No tenía nada que ver con cancelar la visita al dentista, despedirse iba a ser un infierno. Quizá fuese mejor dejarlo zanjado en ese momento, pero quería darle el barco y también quería estar a solas con él una vez más.

–Desayunamos –Rachel asintió con la cabeza–. ¿Voy a verte?

–No, quiero conocer un sitio…

Él le dio el nombre de un sitio muy elegante en Belgravia. Era muy agradable, pero también estaba muy frecuentado y, evidentemente, tendrían las manos quietas, que era lo que ella quería, ¿no?

–Qué idea más buena –comentó ella con una sonrisa y corroyéndose por dentro, claro.

–Hasta mañana.

Nikolai se alejó y Nadia dejó escapar un alarido, que era justo lo que Rachel quería hacer.

–Voy a darle el pecho y a acostarla –le dijo Libby.

Rachel fue a entregarle a Nadia, pero cambió de opinión y la llevó ella.

Libby la cambió, le puso un pijama diminuto y, después de darle un poco el pecho y de un día agotador, se quedó dormida enseguida.

–Quiero uno –susurró Rachel mirando el bebé.

–Creía que habías dicho que nunca…

–Ya lo sé. Ahora tienes el deber de disuadirme. ¿Qué tal fue?

–¿Qué tal fue, qué?

–No hemos hablado desde la boda, al menos, como es debido. ¡No me has contado nada del parto!

Salieron del cuarto de la niña y había oscurecido, pero en vez de encender las luces, se quedaron comiendo pasteles y bebiendo champán con el fondo espectacular de la tormenta. Rachel se rio y se retorció mientras Libby le contaba los dolorosos detalles del nacimiento de Nadia. Hasta que la conversación derivó a Rachel.

–Entonces, ¿Anya te consiguió una entrada para la noche de clausura?

Rachel asintió con la cabeza en vez de corregirla. Al día siguiente, cuando él se hubiese marchado, con un bebé o sin él, ella estaría allí con su amiga y los pañuelos de papel, pero, en ese momento, no estaba preparada para contárselo. Aunque, quizá, en vez de estar llorando con Libby, fuera al muelle a ver el atraque donde había estado el yate de Nikolai. Entonces, retomó la conversación.

–¡Va a ver qué puede hacer para darme unas entradas para el

estreno en París! –exclamó Rachel.

–Vaya, podrías ver a Nikolai. Hoy le ha dicho a Anya que la vería en París. ¿Crees que hay algo entre ellos?

Rachel se encogió de hombros. Sabía que no había nada entre Anya y Nikolai, pero Libby estaba enfrascada en el mundo del bebé que acababa de tener y no se enteraba de nada.

–Supongo que solo quieren estar en contacto.

Como ella, que ya estaba pensando en el estreno de Anya y en la posibilidad de pasar una noche entre los brazos de Nikolai.

Sin embargo, tenía esa posibilidad en esos momentos.

Habían bastado solo dos semanas para que su vida cambiara, y él había tenido un papel tan importante que quería despedirse como era debido. Podría bajar al muelle, pero sabía adónde llevaría eso y había renunciado al sexo esporádico.

Fue a recoger el bolso. Su prohibición de sexo esporádico había durado menos de veinticuatro horas. ¿No era penoso? No. Quería pasar otra noche con él.

Capítulo 14

LONDRES estaba despejado y resplandeciente después de la tormenta y cuando se bajó del taxi y vio el yate el corazón le dio un vuelco. Estaba iluminado y tan bonito como la puesta de sol.

Las luces doradas se reflejaban en el agua y Rachel recordó cuando estaba en la cama y miraba esos reflejos en el techo. Entonces, tenía miedo, pero en ese momento, no.

Había un pequeño grupo de gente y ella se unió a ellos e hizo lo mismo que estaban haciendo, sacó una foto del *Svoboda*. Libertad.

Nikolai le había dado libertad para ser ella misma y para dejar atrás el pasado. No le reprochaba que pasase página, era lo que habían planeado desde el principio y después de lo que había pasado la noche anterior entre André y ella… Cerró los ojos un momento. Le gustaría que Nikolai no hubiese tenido que verlo.

Se sentó en un banco y oyó que alguien se quejaba de que no hubiesen sacado el coche.

–¿Es eso lo que está esperando?

–Sí –contestó el hombre–. El coche está diseñado como un accesorio del yate…

Ella miró al infinito mientras ese hombre no paraba de hablar sobre sistemas hidráulicos, hasta que parpadeó cuando volvió a captar su atención.

–¿Qué espera ver usted?

–Al capitán –contestó ella.

Rebuscó en el bolso y ofreció un bombón de chocolate a su nuevo amigo.

Era una espera muy larga. Los cuatro amigos tendrían que hablar de muchas cosas. Ya iba por el último bombón, y había pasado el rato aprendiendo lenguaje marítimo en el móvil, cuando hubo cierta actividad entre la multitud. Levantó la mirada y hubo un murmullo de decepción cuando no salió el coche. En cambio, tres rusos muy sexys, y algo perjudicados, desembarcaron, pero uno, tan perjudicado como los demás, se quedó.

Él no se quedó detrás de los cristales oscuros, sino que salió a cubierta para despedir a sus amigos. Se habían puesto al día, habían hablado de esos años que habían pasado separados… y, entonces, la

vio en un banco hablando con el hombre que tenía al lado. Para él, ella siempre estaba iluminada por un foco. Le mandó un mensaje y la observó mientras sacaba el móvil del bolso. Se rio cuando ella lo leyó: *¡Ven aquí!*

Ella se levantó y él siguió observándola mientras se bajaba la falda y se acercaba. Entonces, fue a recibirla.

–Ya sé que parece como si estuviese al acecho… –comentó ella mientras subía a bordo–. Es que no quería interrumpiros. ¿Ha estado bien reuniros otra vez?

–Muy bien –reconoció Nikolai–. Aun así, me alegro de que hayas venido.

–Nos merecemos una despedida grata.

Él se dio cuenta de que había ido para despedirse con una sonrisa y de que era un acto de valentía.

–Dime, ¿qué tal han estado? –le preguntó Rachel.

–No quiero hablar de ellos.

Sí quería hablar de ellos, pero Rachel se había fijado en un objeto bastante extraño para ese sitio tan lujoso. Allí, en una mesa baja, había un barquito feo y barnizado.

–¿Es el barco que hiciste? –preguntó ella.

–Sí –Nikolai asintió con la cabeza–. Sev lo ha conservado todos estos años, lo han traído a Londres por mensajería mientras él estaba fuera y me lo ha dado.

Ella se acercó, lo levantó y miró los cientos de cerillas. Se lo imaginó como un niño con un sueño, pero, en vez de decirle que era increíble, hizo una mueca.

–Maldito Sev –farfulló Rachel.

–¿Por qué? –preguntó Nikolai a la mujer que nunca decía lo que él esperaba, pero que siempre conseguía que sonriera.

–Bueno, ha sido muy considerado de su parte, pero me ha chafado mi regalo.

Rachel sacó una caja del bolso y se la dio. Él la abrió y miró fijamente el barquito de cristal entre terciopelo oscuro. Miró esa preciosidad y contuvo el impulso de decirle que era excesivo, que no debería haberlo hecho.

Ella sí debería haberlo hecho y lo había hecho. Lo que habían encontrado no tenía nada que ver con el dinero.

Nikolai puso el barquito de cristal al lado del de cerillas e intentó encontrar las palabras para agradecérselo. Durante todos aquellos años, él había soñado con un porvenir mejor, pero nunca se había imaginado ese.

–Es precioso –dijo él mirándola–. Es el regalo más bonito que he

recibido.

–¿De verdad?

–De verdad.

Las compras impulsivas tenían recompensa porque se sintió flotando al oírlo.

–Si todo se hundiese, esto sería lo único que salvaría –añadió él.

–Eres el capitán, ¿no deberías hundirte con el barco?

–Tengo que ocuparme de evacuar a todo el mundo, luego, puedo salvarme yo.

–Pero te impedirían que te llevaras tus pertenencias.

Ella quería quitarle importancia, aunque el corazón se le salía del pecho por lo que había dicho él. Además, en ese momento, Nikolai sabía lo preciado que era el regalo que acababa de recibir.

Ella estaba allí para despedirse, y era un regalo sin lazos que llegaba del corazón. Él quería corregirla, decirle que eso no podía ser una despedida, pero, por el momento, escuchó a Rachel mientras seguía hablando.

–Siento muchísimo lo que pasó anoche…

–¿Por qué lo sientes? Yo me alegro de que me contaras lo que te pasó.

–No.

Rachel sacudió la cabeza. No había querido decir eso. Ella también se alegraba de habérselo contado. Se refería a lo que había pasado antes.

–Siento que tuvieras que vernos a André y a mí. Yo… –ella resopló–. Yo me alegro de que llegaras cuando llegaste.

–Rachel, no te habrías acostado con él.

–No lo creo. En realidad, estoy segura, pero también entiendo que lo dudaras.

–No.

Él tenía más fe en ella que ella misma.

–Sé con certeza que no lo habrías hecho –siguió él–. Solo estabas desconcertada…

–Es verdad –reconoció ella–. No sabía lo que estaba pasando.

–Él sí lo sabía. Sin embargo, Rachel, ya has superado todo eso. Es posible que hubieses tardado un momento en reponerte, pero le habrías dado una bofetada y lo habrías mandado a…

–Lo habría hecho.

–Desde luego. Al fin y al cabo, me has rechazado a mí y te gusto mucho más que él.

–Lo sabes, ¿verdad? –le provocó ella.

–Lo sé, pero, aun así, me dijiste «no».

–Bueno, me pareció un poco insensible después de todo lo que te había contado y… –ella entrecerró los ojos y empezó a ver la noche anterior con un punto de vista distinto–. Me obligaste a decirte «no».

–¡Efectivamente!

–Entonces, yo me he pasado todo ese tiempo creyendo que eras un malnacido insensible y eras…

Ella le rodeó el cuello con los brazos y él habló por ella.

–Ya sabes decir «no».

–Lo sé –reconoció ella–. ¿Puede una mujer cambiar de opinión?

–Está en su mano.

Él tenía muchas cosas que decirle, pero no podía porque Rachel estaba reclamando un beso.

Iba a pasar una noche más con ese hombre y no iba a desperdiciarla. Al día siguiente se moriría, por la mañana volvería al banco para ver a los remolcadores llevándoselo, pero esa noche iba a permitirse amarlo.

Era un beso distinto a todos los que se habían dado porque ella no besaba con las entrañas. Se deleitaba con sus labios como si fuesen el vino más exclusivo o vodka aromatizado con jengibre o, sencillamente, Nikolai, un hombre que la besaba como no la había besado ningún hombre.

Él le tomó las mejillas y le devolvió los besos, sin lengua, eran besos delicados, aterciopelados, tan delicados que ella tuvo que cerrar los ojos para contener las lágrimas. Entonces, él introdujo las manos entre su pelo y la besó con más pasión. Ella separó los labios y notó su lengua, que, sin embargo, era una cariñosa caricia.

Se desvistieron lentamente el uno al otro. Ella no quería darse prisa porque quería que durara eternamente. Cuando se quedaron desnudos y abrazados, cuando los besos fueron más profundos y ardientes, cuando quería que no terminara nunca, cuando se tumbó en la cama, ella, en vez de intentar que los dos llegaran al final, dejó que él lo prolongara. Era doloroso que la besara con tanta ternura, que le hiciera el amor con una boca cariñosa. Ella nunca se había permitido conocer el cariño, pero mientras su boca le tomaba un pecho, mientras sus dedos la acariciaban íntimamente, él borró los recuerdos sombríos y los sustituyó por el éxtasis. Su boca le recorría los pechos y ella, con las manos en su cabeza, se arqueaba para recibir mejor su mano.

Nikolai fue bajando la boca hasta que acabó de rodillas en el suelo. Ella miró al techo con la boca abierta, atónita no solo del placer que sentía, sino de que estuviese permitiéndole que hiciese eso. El sexo siempre había tenido algo de remordimiento y en ese momento, mientras llegaba al orgasmo en su boca, tampoco estaba exento de ese

remordimiento. Sentía el arrebato de placer, se dejaba llevar por el olvido, y cerró los ojos… y esperó esa vocecita que le decía que hacía mal, que el placer que estaba buscando estaba prohibido, pero Nikolai se incorporó y lo que ella oyó fue su voz en la oreja.

–Significas el mundo para mí.

Rachel pensó que su mundo era un mundo complejo y lo miró a los ojos. Su mundo era un mundo inmenso por el que viajaba, pero, esa noche, él estaba allí. La besó y ella captó su sabor. Su peso no hizo que ella quisiera quitarse de debajo, le gustó. Estaba apoyado en los codos mirándola a los ojos, y eso, mirarlo a los ojos mientras la tomaba, no negar lo que estaba pasando, sino desearlo, daba un sentido distinto a todo. Se acordó de que él le apartó la mano cuando fue a acariciarlo, pero también dejó a un lado los recuerdos y permitió que acabara acariciándolo. En ese momento, ella dejó que él la amara.

–¡Oh…! –susurró ella cuando entró y la llenó.

Rachel mantuvo los ojos abiertos y clavados en los de él. Intentó besarlo en la boca, pero no lo consiguió. Su cuerpo se derrumbó por las placenteras sensaciones y luego se elevó para acoplarse al de él. La tomó lenta y profundamente, medía cada acometida, y ella empezó a gemir de placer. Lo agarró de los hombros y sintió la fuerza y tensión de sus músculos mientras intentaba que todo fuese despacio. Ella, sin embargo, estaba preparada para que la tomara sin contemplaciones. Lo rodeó con las piernas y los brazos, lo bajó y recibió el peso de su cuerpo encima de ella. Cuando ya solo pensaban el uno en el otro, él acometió con más fuerza y velocidad.

–Nikolai…

Ella dijo su nombre mientras se acercaba al clímax, pero contuvo las dos palabras que ningún playboy quería oír, que lo amaba.

Fue un clímax tan intenso que fue como una descarga eléctrica y se quedó rígida. Ese placer deslumbrante fue mayor todavía cuando él gimió, explotó y ella tuvo otro orgasmo y dejó de respirar. Entonces, cuando se disipaba y él se vaciaba hasta el final, abrió los ojos, lo miró y sonrió sin remordimiento y sin vergüenza. Sonrió solo por la belleza de lo que habían creado.

–Doble –comentó ella como si él no lo supiera.

–Un extra de regalo.

Él también sonrió, los dos se rieron y él la besó. ¿Cómo sobreviviría cuando él se hubiese marchado? Era difícil estar tumbada al lado del amor de su vida y no decirle que lo era. Se quedaron tumbados, con todas las luces encendidas, y absorta en sus pensamientos. Tenía el cuerpo inerte, pero no paraba de darle vueltas a la cabeza y de preguntarse cómo podría olvidarlo. Sabía que no

podría. Sabía que sonreiría y fingiría que lo había olvidado, pero nunca habría otro como él.

–¿Qué? –le preguntó Nikolai como si supiera que ella tenía algo que decirle.

–Nada.

Todo. Resopló y se preguntó si se atrevería a decirle una mínima parte de lo que estaba sintiendo. ¿Cómo? Quizá fuese más fácil en la oscuridad, pero eso le espantaba. Nikolai se giró hacia la mesilla, pero sacó una bolsa en vez de apagar las luces.

–¿Qué es eso? –preguntó ella.

–Yo también tengo un regalo.

–¿Qué es? –Rachel se sentó y sacó un trozo de terciopelo negro–. Un antifaz –ella dejó escapar una risa algo burlona–. Creo que soy la persona menos indicada a la que regalarle un antifaz. No se me ocurre nada peor que taparme los ojos… –miró a Nikolai con incredulidad–. Es el más desconsiderado de los regalos. No soporto la oscuridad, yo…

–Es para mí –él lo tomó de sus manos y se lo puso–. Puedes dejar las luces encendidas.

–Después de todo, no eres tan desconsiderado –comentó ella con una sonrisa de satisfacción.

–Eso creo.

Se tumbó al lado de él otra vez, que la abrazó. Ella lo miró. Por muy bonito y considerado que fuese su regalo, quería verle los ojos. Eran una parte preciosa de él aunque estuviesen cerrados, y, por eso, hizo lo más valiente que podía hacer. Apagó las luces y se quedó mirando las sombras del techo. No sintió miedo a la oscuridad con él al lado. Le quitó el antifaz de los ojos.

–No te tocaré mientras estés dormida –le prometió él.

–Gracias.

Él la abrazó y entonces, mientras ella estaba quedándose dormida, se acordó de todo lo que no le había contado y de todos los planes que había hecho. Miró el reloj y vio que casi era medianoche. Se sentó precipitadamente.

–No pasa nada –murmuró ella en tono somnoliento al suponer que él se había sobresaltado al darse cuenta de que no habían usado un preservativo–. Tomo la píldora.

Él no dijo nada y ella se sentó y parpadeó cuando se encendieron las luces. Nikolai llamó al mayordomo por el interfono y habló con él.

–¿Por qué va a preparar el coche?

–Porque quiero enseñarte algo –contestó Nikolai–. Vístete.

–Es casi medianoche.

Sin embargo, Rachel se levantó de la cama e hizo lo que él le había

pedido. Al fin y al cabo, ella no quería dormir la última noche.

–¿Sabes que todo el mundo está esperando en el muelle a que saques el coche?

–Lo sé –contestó él.

Efectivamente, el grupo se había convertido en una pequeña multitud y, por fin, se bajó la rampa. Sin embargo, el coche no lo conducía un ruso moreno y sexy, sino una pelirroja muy emocionada.

–Los frenos… –murmuró ella.

Los frenos eran muy sensibles, pero a Nikolai no parecía importarle lo más mínimo que estuviesen saliendo a trompicones.

–¿Adónde vamos? –preguntó ella.

–Sigue las indicaciones del navegador.

Era un buen paseo a través de Londres. El coche iba como la seda y ronroneaba mientras los llevaba en medio de la noche. Estaban en la avenida Northumberland y, en la rotonda, giró hacia The Mall.

–¿Vamos al palacio de Kensington? –preguntó ella.

–No.

–Entonces, al palacio de Buckingham –claro, ya lo había entendido–. Allí es donde Daniil y Sev se encontraron. Allí es…

–No vamos al palacio de Buckingham.

Giraron por Hans Place y, al parecer, el destino estaba a su izquierda. Ella aparcó de mala manera.

–¿Qué hacemos aquí?

Había un hombre esperándolos y estaba sonriendo de oreja a oreja a pesar de la hora.

–¿Quién es? –preguntó Rachel cuando el hombre abrió la puerta de una casa enorme.

–El agente inmobiliario.

–Pero no trabajan a la una de la madrugada.

–Para mí, sí.

A ella no le extrañó dado el sitio que era.

No había muebles y sus tacones retumbaron sobre el suelo de madera. Miró los techos, que eran muy altos, y se rodeó con los brazos por esa sensación tan impresionante.

–Esta es la zona del vestíbulo… –comentó el agente inmobiliario.

Rachel entró a una habitación grande con cortinas lujosas y una chimenea que a ella le encantaría ver encendida. También había una lámpara de araña inmensa, aunque no parecía tan grande en ese sitio, que daba una luz preciosa.

–¿La casa trae pendientes a juego? –preguntó ella con un suspiro.

–¿Perdón? –preguntó el agente inmobiliario. Nikolai sonrió cuando siguió hablando–. Podría entrar en los jardines Hans y en la pista de

tenis…

–Ya… –Rachel miró los jardines a través de la preciosa puerta acristalada–. No puedo imaginarte jugando al tenis, Nikolai.

Fueron a la biblioteca y a la cocina y bajaron a la bodega. Luego, subieron por una escalera maravillosa y había muchas habitaciones, muchas cosas que ver, pero a ella se le había disparado el corazón. Si él estaba pensando en comprar esa casa, eso significaba que iba a pasar tiempo en Londres. Sin embargo, no quería sacar conclusiones precipitadas.

–¿Es una inversión? –le preguntó ella con aparente despreocupación mientras miraba el dormitorio principal.

–¿Podría esperarnos en la calle? –le preguntó Nikolai al agente inmobiliario.

–Esperaré abajo –contestó él.

–No –le corrigió Nikolai–. Esperará en la calle.

Rachel fue hasta la ventana. Las vistas eran para morirse y oyó que se cerraba la puerta de la calle.

–No hace falta que seas tan brusco con la gente –le reprendió ella mientras miraba al pobre agente inmobiliario, quien hablaba por teléfono junto al coche–. ¿No podría habernos esperado en la cocina o en otro sitio?

–Rachel, no quiero público para esto.

–¿Para qué?

–Voy a comprar esta casa porque quiero vivir aquí.

–¿Vas a quedarte? –la esperanza se disparó de verdad. No habían terminado–. ¿Y el yate?

–Estará bien para las vacaciones, pero me parece que un yate no es el sitio indicado para criar a un hijo.

–Nikolai…

Rachel no podía respirar. Intentaba frenar al cerebro porque estaba sacando conclusiones imposibles. Estaban en una casa que él quería comprar y hablaba de hijos. Estaba demasiado asustada como para entrever el sueño. Sujetaba con fuerza las riendas de su cabeza, intentaba contener el súbito galope hacia el futuro, estaba segura de que se caería en cualquier momento, de que la hablaría de una supermodelo rusa que había estado viendo a escondidas o de… Se mordió el labio inferior y él pudo ver el desconcierto reflejado en sus ojos.

–Mira la repisa de la chimenea.

Rachel vio un estuche de terciopelo y frunció el ceño.

–¿Qué es?

–¿Tú qué crees?

–No lo sé.

Sí lo sabía. Le parecía un anillo de compromiso, una esmeralda enorme que resplandecía en su estuche. No quería decir nada por si acaso hubiese interpretado todo mal.

–¿Es un anillo para la supermodelo?

–¿Qué supermodelo?

–La que acabo de imaginarme –reconoció ella–. El verdadero amor de tu vida.

–Tú eres el verdadero amor de mi vida.

–No te creo.

Tenía que ser la broma más espantosa y ella le recordó la realidad.

–¡Nosotros no tenemos relaciones sentimentales!

–Nosotros vamos a casarnos –replicó Nikolai sin inmutarse.

–¿No…? ¿No deberías pedírmelo?

–No tengo que pedírtelo.

–Deberías hincar una rodilla en el suelo –insistió ella.

–Puedes hacerlo tú si quieres.

Él se acercó, se quedaron con los ojos casi al mismo nivel, y ella le rodeó el cuello con las manos y sonrió. Estaba empezando a creer que eso podía ser verdad.

–Creía que te marchabas mañana.

–No.

–Pero dijiste que te ibas a Francia.

–Nos vamos a Francia –la corrigió Nikolai–. Vamos al estreno de Anya en París. Puedes escribir tu blog…

–¿Cuándo has decidido todo esto?

Estaba sinceramente desconcertada, era una noticia totalmente inesperada. Se había preparado para que él se marchara y estaba diciéndole que iban a pasar la vida juntos.

–El sábado me dijiste que ibas a marcharte –añadió ella.

–Mientras lo decía, sabía que estaba cometiendo un error. Rachel, nunca he querido una persona o un sitio. Nunca me ha gustado la idea de despertarme y ver lo mismo. Sin embargo, ahora…

Nunca había mostrado debilidad, así había llegado a sobrevivir, pero Rachel era su verdadera debilidad, y también era su fuerza. Ella se había abierto a él y él también se abriría a ella.

–Quiero despertarme y verte todas las mañanas, quiero ver el paso de las estaciones desde un sitio. Quiero tener amigos, tener familia y tener un hogar, pero solo ahora creo que ese sueño es posible, y solo es posible contigo.

Nikolai sacó el anillo del estuche y se lo puso a ella en el dedo.

–Te amo –siguió él–. Creo que lo hago desde el día que nos

conocimos.

–¡Me abandonaste en la cama! –le recordó ella.

–Porque no quería que la mujer de la que estaba enamorándome supiera mi pasado, aunque luego resultó que ya lo sabías.

–Fue espantoso cuando me lo contaste.

Rachel se acordó del piano bar y todavía se estremeció por cómo se portó ese día.

–Por lo que te había pasado a ti.

–No llegué a tomarme el helado de regaliz…

Él, sin embargo, no sonrió, se quedó serio.

–Rachel, vamos a ir resolviendo las cosas, pero te prometo que me da igual que te quedes dormida con todas las luces encendidas si duermes a mi lado y que nunca te despertaré para tener relaciones sexuales o…

–Podemos hacer algo al respecto –le interrumpió ella.

–Lo haremos.

Podían sonreír incluso por las cosas más dolorosas y ella sabía que eso era el amor.

–¿Podemos fugarnos? –preguntó ella.

–Podemos.

–¿Podemos casarnos en el mar?

–Me encantaría.

Todo ello era mucho mejor que lo que se habían atrevido a soñar.

Epílogo

RACHEL, no consigo entenderlo.

Libby estaba atónita, pero, claro, su mejor amiga acababa de decirle que se había fugado, que estaba en el mar y que estaba a punto de casarse.

–¡Dentro de diez minutos!

–¿Nikolai y tú?

–Sí. El oficiante acaba de llegar…

–Pero ¿dónde estáis?

–En el sur de Francia –contestó Rachel.

–Quiero estar allí.

–Ya, y mi madre se ofendería y, si viniera, se empeñaría en que viniera tía Mary y Shona…

–Lo entiendo –reconoció Libby riéndose.

–Seguramente, Nikolai tiraría a André por la borda para que fuese pasto de los tiburones. Creo que es más sensato dejarlo así.

–¿Qué llevas puesto?

–Es un disparate y creo que vas a intentar disuadirme. ¿Te acuerdas de aquel vestido de *El lago de los cisnes* que me gustaba tanto?

–El que te perdieron.

–No me lo perdieron –reconoció Rachel–. ¡Apareció en mi bolsa!

Efectivamente, podía ser mala, pero lo hacía para bien.

Se levantó delante del ordenador y Libby se quedó boquiabierta cuando la vio.

Rachel llevaba su vestido favorito, pero con las piernas desnudas y el pelo suelto y rizado. Tenía los labios pintados de color coral y no llevaba el cosmético que le tapaba las pecas, pero Libby se quedó boquiabierta por su sonrisa.

Nunca había visto a su amiga contenta de verdad o tan relajada.

–Nikolai está hecho para ti.

–Desde luego.

–Me alegro mucho por ti.

–Y yo me alegro mucho por mí.

Se despidieron y Rachel salió del dormitorio principal para dirigirse a cubierta.

Nikolai la había tenido recluida todo el día y, en ese momento, entendió el motivo. No le gustaban especialmente las flores y la cubierta estaba llena de plumas blancas que ondulaban por la brisa mientras se acercaba a él acompañada por un arpa, que esa vez sonaba muy bien. Su amor era un amor íntimo y profundo y, ese día, lo celebraron entre los dos.

–Estás muy guapa –le dijo Nikolai a su cisne feliz.

–Tú también.

Él llevaba un traje oscuro, el traje *prêt-à-porter* que había llevado el día que se conocieron, pero así había ido cuando lo amó la primera vez. Aunque, en ese momento, no llevaba gafas de sol, no tenía que ocultar nada.

Fue una ceremonia corta, pero rebosante de amor.

–Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida –le dijo Nikolai mientras le ponía el anillo–. Te amaré para siempre.

Entonces, ella se acordó de Yuri, el hombre que había sido como un padre para Nikolai y que había amado tanto a su esposa incluso después de que ella muriera. Pensó en lo maravilloso que sería pasar todos los días, hasta el último, al lado de Nikolai, y conocerlo un poco más cada día. Por primera vez, se sintió como Odette.

Entonces, le tocó a ella ponerle el anillo a él, que se quedaría allí para siempre. Además, no tenía que reprimir lo que quería decir porque, en ese momento, ese playboy sí quería oír esas dos palabras.

–Te amo.

Ya estaban casados, ya eran una familia. Besó al novio y le supo a gloria.

Después, en el salón descubierto, vieron el vídeo y él, por fin, la vio bailar. Comieron langosta con un montón de caviar y bebieron vodka aromatizado con jengibre. Entonces, el mayordomo llevó la tarta. Tomaron el cuchillo entre los dos y cortaron el azúcar glaseado. No había mazapán, pero sí se derramó una masa grisácea. ¡Era helado de regaliz! Había merecido la pena esperar y se besaron bajo las estrellas con las lenguas negras. Ella miró esos ojos grises que habían derretido el más duro de los corazones.

–Mi rompehielos –susurró ella.

–Para siempre.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

